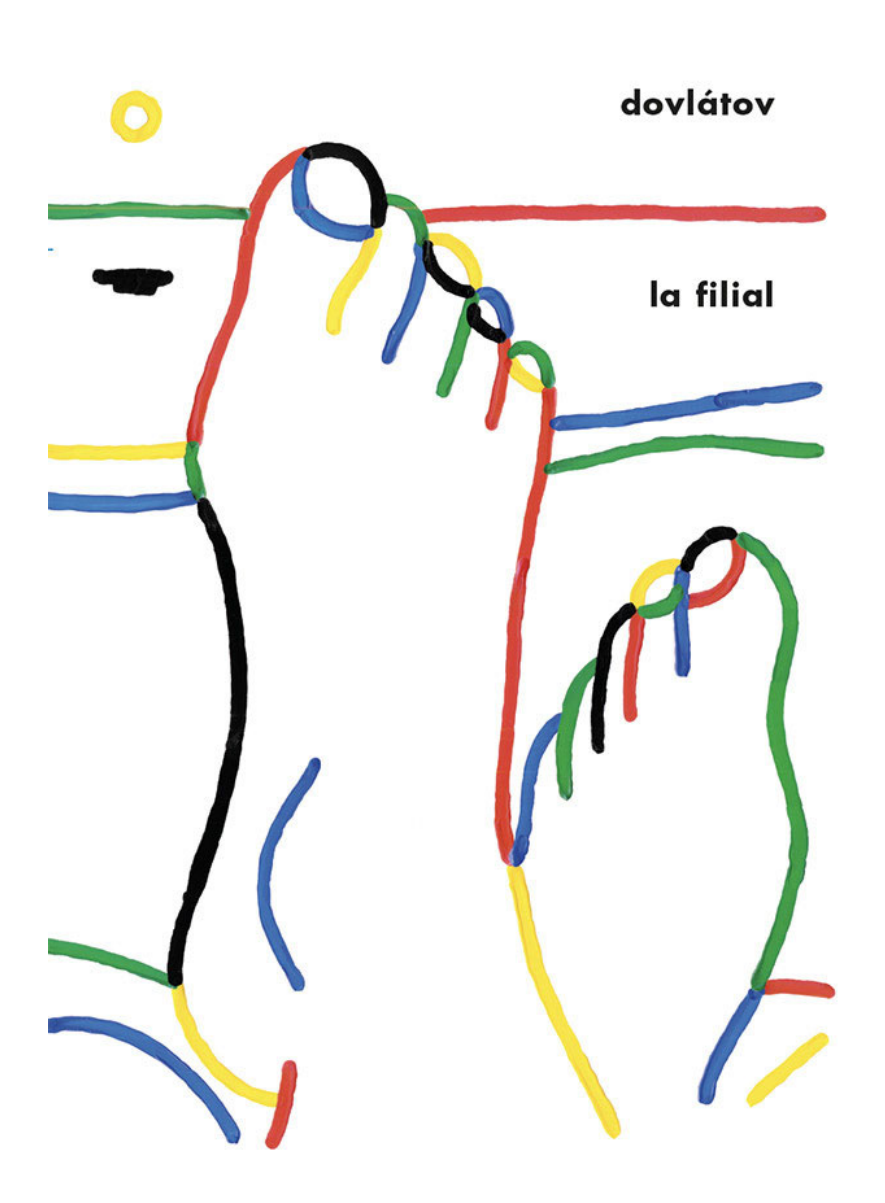
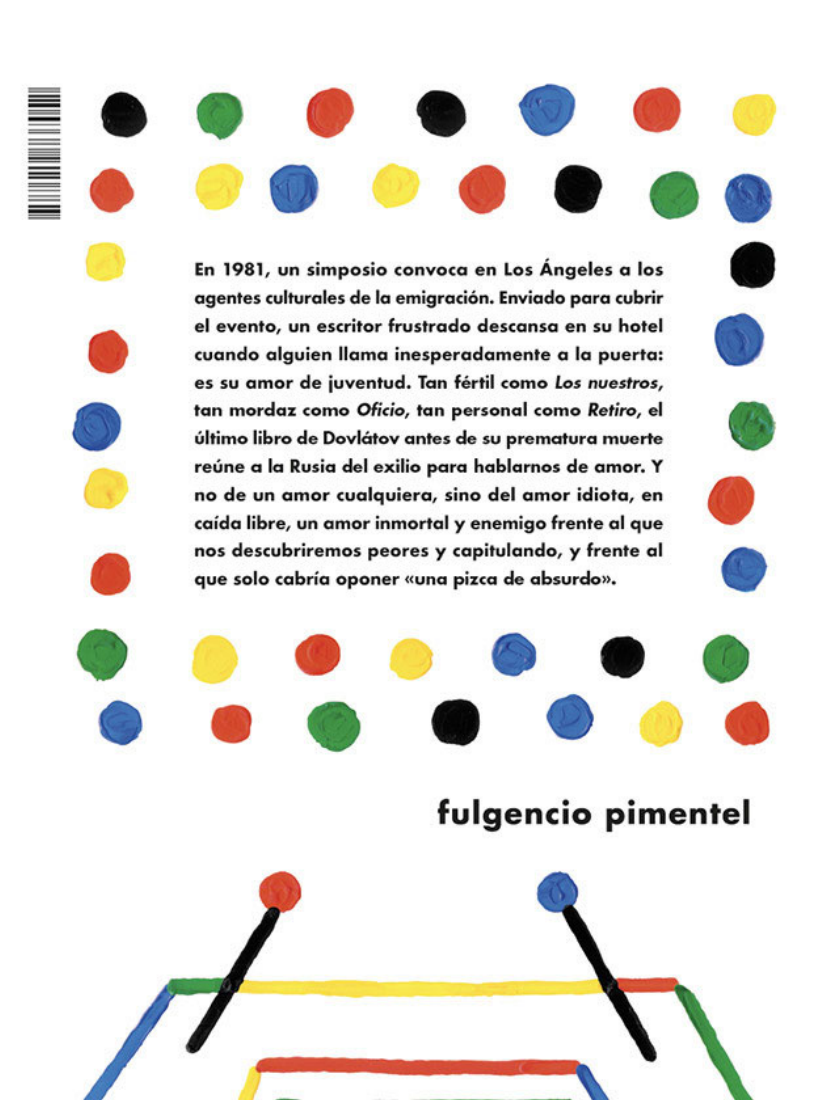
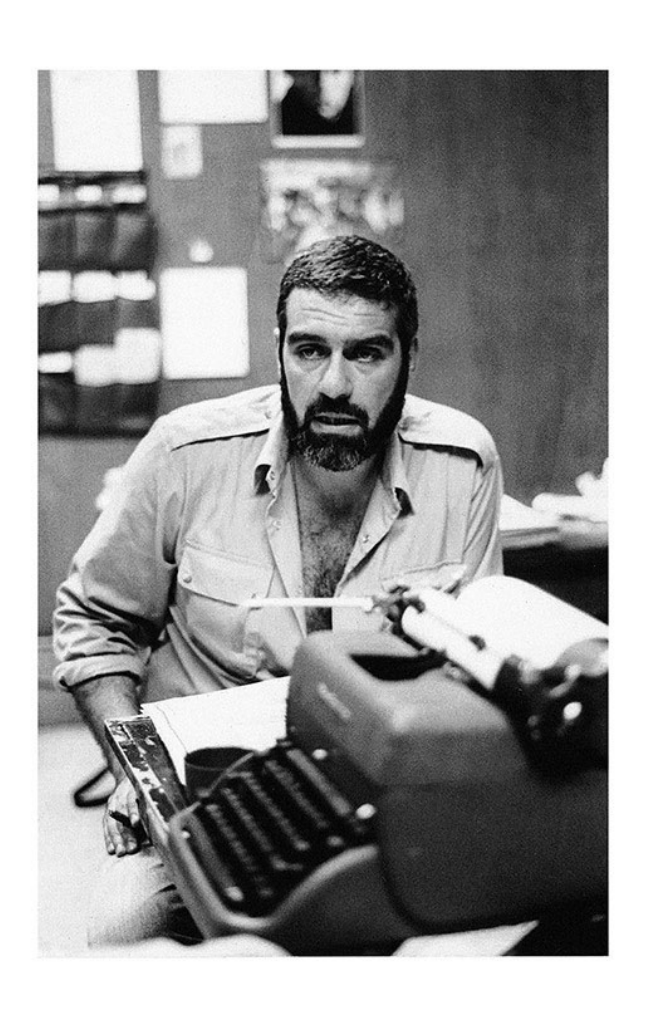

dovlátov
la filial



En 1981, un simposio convoca en Los Ángeles a los agentes culturales de la emigración. Enviado para cubrir el evento, un escritor frustrado descansa en su hotel cuando alguien llama inesperadamente a la puerta: es su amor de juventud. Tan fértil como *Los nuestros*, tan mordaz como *Oficio*, tan personal como *Retiro*, el último libro de Dovlátov antes de su prematura muerte reúne a la Rusia del exilio para hablarnos de amor. Y no de un amor cualquiera, sino del amor idiota, en caída libre, un amor inmortal y enemigo frente al que nos descubriremos peores y capitulando, y frente al que solo cabría oponer «una pizca de absurdo».

fulgencio pimentel



Serguéi Dovlátov

La filial

TRADUCCIÓN DE TANIA MIKHELSON Y
ALFONSO MARTÍNEZ GALILEA

NOTAS Y APÉNDICES DE
TANIA MIKHELSON

CUBIERTAS DE JOSÉ QUINTANAR

FULGENCIO PIMENTEL
La principal

Título original: Филиал

www.fulgenciopimentel.com

Primera edición: junio de
2023
Editor: César Sánchez
Editores adjuntos: Joana Carro y Alberto Gª Marcos

ISBN:
978-84-19737-12-0

Contenido

LA FILIAL

Mamá suele contar que hubo un tiempo en que me despertaba con una sonrisa en la cara. Supongo que sería en torno al año cuarenta y tres. Imagínense: a mi alrededor, la guerra, los bombardeos, la evacuación; y yo tumbado allí, sonriendo…

Ahora todo es distinto. Hace veinte años que me despierto con una mueca repugnante en un rostro demacrado.

Frente a mi ventana, un letrero fluorescente: «Banco Colonial». Las letras de neón parpadean antes de desvanecerse. Amanece.

Missis Bono, la dueña de la luncheonette, levanta con estrépito las verjas de hierro. De entre las tinieblas emergen nuestro pequeño puf árabe, un columpio para niños, un chifonier que se tambalea… Bonjour, monsieur Chifonier! Ciao, signore Collumpioni! Guten morgen, genosse Puf!

Tengo que irme. Soy periodista radiofónico. Mejor dicho, soy el presentador, el anchorman. Transmitimos para Rusia. La emisora se llama La Tercera Ola. El programa, Personas y acontecimientos. Nuestra oficina está ubicada en el mismísimo corazón de Manhattan.

Rusia está experimentando una perestroika y una aceleración. Ahora publican a Nabókov y a Jodasévich. Se abren cafeterías de propiedad privada. Los Dinosaurios, la banda de rock, dan conciertos en vivo. Sin embargo, nuestra emisora sigue con la señal interferida. Incluso mi débil timbre de barítono es interferido. Tengo entendido que se destinan enormes cantidades de dinero al asunto.

Y digo yo: ¿por qué no interferir nuestras emisiones con las canciones de Los Dinosaurios? «Los lobos hartos y las ovejas a buen recaudo», como dice el refrán.

Llevo prisa. Desayuno de soldado: café y Gauloises sin filtro. De propina, los titulares de la mañana:

«Otra toma de rehenes… Base terrorista tiroteada… Tim O’Connor persigue su reelección al Senado…».

De hecho, este tipo de cosas nos preocupan más bien poco. Nuestra preocupación primordial es Rusia. Su futuro, para ser exactos. Respecto a su pasado, las cosas están muy claras. Y, en cuanto al presente, está más claro todavía: vivimos en la época de los dinosaurios. Con respecto al futuro, en cambio, existen opiniones contrapuestas. Muchos creen incluso que lo tenemos a nuestras espaldas, como los cangrejos.

Una hora en el subway. Gimnasia psicológica cotidiana. Escuela de

paciencia, de humor, de democracia y de humanismo. Una especie de arca de Noé, por decirlo así.

Aquí tienen a los policías con los traseros más gordos del planeta. A los managers y los empleados más anodinos. A los sordomudos más temperamentales. A los adolescentes más escandalosos… A los delincuentes y los ladrones mejor educados.

Aquí lo pueden atracar a uno, pero nadie le dará con la puerta en las narices. Y eso, me parece a mí, es lo importante.

La Tercera Ola se encuentra ubicada en la esquina de la Cuarenta y nueve con la avenida Lexington. Ocupamos una planta entera del Corvette, el ciclópeo rascacielos. En la planta baja disponemos de un vestíbulo, una cafetería, un estanco y un laboratorio fotográfico.

A todas horas vemos pasearse a un par de guardias de seguridad, uno blanco y otro negro. Al blanco le doy los buenos días como a un igual. Con el negro me muestro mucho más obsequioso. Por lo que se ve, debo de ser demócrata…

Llevo diez años colaborando en esta emisora. Mi superior, Barry Tarasévich, se dirigió a mí uno de los primeros días:

—No voy a decirle a usted lo que debe escribir. Solo le diré qué es lo que no debe escribir bajo ningún concepto. No debemos escribir que el renacimiento religioso va ganando terreno año tras año. Ni que la economía socialista se halla inmersa en una profunda crisis. Nada de eso. Venimos repitiéndolo desde hace cuarenta años. En ese período hemos cambiado catorce veces de director. Y la economía socialista sigue viva.

—Pero inmersa en una crisis, efectivamente.

—De lo que se deduce que la crisis es un fenómeno estable. Por regla general, la decadencia es visiblemente más estable que el progreso.

—Lo tendré en cuenta.

Barry Tarasévich continuó:

—No se le ocurra escribir que Moscú está blandiendo agresivamente sus armas. Ni que los gerontócratas del Kremlin mantienen pegado su dedo esclerotizado…

Lo interrumpí:

—¿Al botón de la guerra?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Pasé diez años escribiendo eso mismo en los periódicos soviéticos.

—¿Acerca de los gerontócratas del Kremlin?

—No, acerca de los halcones del Pentágono.

A veces tengo fantasías como la que sigue. La guerra ha terminado. América ha capitulado. Los rusos están en Nueva York. Han montado aquí su cuartel general.

Finalmente han de hacer frente al problema de los emigrados. De los científicos, escritores y periodistas dedicados a actividades antisoviéticas.

El comandante nos cita en el cuartel:

—Supongo que os estaréis preparando para la pena de muerte. Y la tenéis todos bien merecida, la verdad. Si por mí fuera, os daría matarile uno a uno contra la primera tapia que tuviera a mano. Pero el capricho me saldría caro, no me lo puedo permitir. ¿A quién colocaría luego en vuestro lugar? ¿Dónde podría encontrar a unos cantamañanas semejantes? No disponemos de suficientes recursos como para producir una nueva partida de granujas impenitentes como vosotros. Exigiría una inversión excesiva de tiempo y de dinero… Así que atentos. ¡Firmes, la madre que os parió! Tú, Kuroyédov, antaño fuiste filósofo soviético. Después, filósofo antisoviético. A partir de ahora, vuelves a ser filósofo soviético. ¿Lo has entendido?

—¡A sus órdenes! —responde Kuroyédov.

—Tú, Liovin, fuiste primero escritor soviético. Luego te hiciste escritor antisoviético. Ahora serás escritor soviético nuevamente. ¿Te queda claro?

—¡A sus órdenes! —responde Liovin.

—Tú, Dalmátov, fuiste periodista soviético un día. Después, periodista antisoviético. Ahora vas a ser periodista soviético otra vez. ¿Alguna objeción?

—¡A sus órdenes! —responde Dalmátov.

—¡Ahora —vocifera— fuera de aquí! ¡Y que no se os ocurra faltar mañana al trabajo!

La Tercera Ola consta de catorce despachos, dos zonas comunes, cinco estudios, una biblioteca y un laboratorio. Hay, además, un pasillo que da acceso a la sección de mensajería, al taller técnico y a un almacén para los equipos de radio.

Los despachos están ocupados por personal de plantilla. La zona común, dividida por mamparas, es para los colaboradores ocasionales. Los secretarios y las mecanógrafas también trabajan aquí. El teletipo, el interfono y la fotocopiadora ocupan nichos propios.

Hay, incluso, un cuartito para el conserje.

En la URSS, nuestra emisora es objeto de libelos y panfletos diversos. Una decena de esas publicaciones está disponible en la biblioteca de la redacción:

Telaraña de mentiras, Tecnologías del odio, Maestros de la

desinformación, A la sombra del FBI, Más allá de la puerta de hierro. Etcétera.

Nuestra puerta, por cierto, es de cristal. Da al rellano de la escalera. Junto a la puerta se acomoda miss Phillips, afanadísima con sus labores de punto.

La bibliografía mentada describe nuestra emisora como un organismo siniestro y misterioso. Una especie de fortaleza inexpugnable. Dicen que ocupamos un búnker subterráneo. Que nos protegen poco menos que con misiles balísticos.

En realidad, es miss Phillips la que nos protege. Cada vez que asoma la cara un desconocido, miss Phillips le pregunta:

—¿En qué puedo ayudarlo?

Exactamente igual que en un restaurante. En el supuesto de que el desconocido entre pisando fuerte, sin formalidades, la vigilante suele exclamar:

—¡Bienvenido!

Podemos traer aquí a nuestros amigos y familiares. Podemos venir con los niños. Podemos quedar aquí con quienquiera que sea, lo mismo por negocios que por asuntos sentimentales.

Estoy seguro de que es pan comido meter aquí una bomba, una mina antipersona o un paquete de dinamita. Nadie te pide que enseñes tus papeles. Ignoro si los que están en nómina disponen de algún tipo de documento. Yo solo dispongo de la llave del retrete.

Alrededor de cincuenta empleados componen la plantilla de nuestra emisora. Entre ellos hay aristócratas, judíos, excombatientes del ejército de Vlásov[1]. Seis son «no retornados», todos turistas o marineros. Hay americanos, unos de origen ruso y otros de orígenes diversos. Hay un intelectual negro, Rudy, experto en la obra de la Ajmátova.

En la emisora, uno puede toparse con personalidades bastante destacadas. Con el sobrino nieto de Kérenski, por ejemplo, cuyo apellido quizá resulte algo extravagante: Bujman. O con un descendiente remoto de su majestad imperial: Vladímir Konstantínovich Tatíshchev.

Una vez, celebramos con una francachela la visita de la hija de Stalin. Me senté exactamente entre Bujman y Tatíshchev. Justo enfrente de Alilúyeva[2].

«A mi derecha —reflexioné— tengo a un familiar de Kérenski. A la izquierda, a un descendiente del emperador. Frente a mí, a la hija de Stalin. Y, en medio de todos ellos, mi persona, un representante del pueblo. De ese pueblo por el que los tres anduvieron a la gresca».

Mi jefe había estudiado Historia del Teatro. Trabajaba en la

televisión de Moscú. Allí le asignaron la realización de telefilmes. Dirigió la famosa serie Hoy comienza el futuro. Un día se planteó rodar una adaptación de Gógol. Aquelló terminó en bronca con sus superiores. Emigró, se instaló en Nueva York y se puso a trabajar en la radio.

Tarasévich aprendió inglés muy rápidamente. Se dedicó al arriendo de viviendas. Se hizo además aficionado al cultivo de setas. Sí, digo bien, de setas. Ignoro los detalles.

Durante sus primeros años aquí, solo pensaba en el teatro. Trató de formar una compañía con antiguos actores soviéticos emigrados… Incluso consiguió poner en escena una de sus creaciones. Una especie de montaje basado en los cuentos de Mírgorod, de Gógol.

El espectáculo se estrenó en Broadway. Yo estaba en viaje de trabajo y no pude asistir. Más tarde, pregunté a un amigo:

—¿Has ido? ¿Qué te ha parecido?

—En fin, normal.

—¿Había gente?

—Al principio, no mucha. Luego llegué yo y llené la sala.

Tarasévich era un director bastante profesional y una persona razonable. Me acuerdo de mis primeros guiones para la radio. Reseñas de libros recién aparecidos. Intentos desesperados de hacer patente mi erudición.

Empleaba términos como «filosofema», «extrapolación», «relevante». Al final, el director me llamó a su despacho y me dijo:

—Programas como los tuyos no haría falta ni interferirlos. Se mire por donde se mire, aparte de algún doctorando de la Universidad de Moscú, no los entiende ni Cristo.

Durante unos tres años colaboró con nosotros un enigmático activista religioso, Lemkus. Dirigía un programa fijo en la parrilla, Vislumbrar a Dios. Se trataba de demostrar que el asunto no era tan complicado.

De vez en cuando, Tarasévich observaba a Lemkus y murmuraba:

—Quizá no sea tan malo que nos interfieran. Hay veces que hasta puede ser conveniente. La gente de la URSS sale ganando.

Lemkus se ofendía:

—Usted no comprende lo que es la religión. La religión, para mí…

—Claro que lo comprendo —lo hacía callar Tarasévich con un gesto de la mano—. La religión es su fuente de ingresos.

En el pasillo me topé con el presentador Liova Asmus. Liova poseía una voz de barítono singular, profunda y agradable. Solía leer sus textos de un modo sencillo, elocuente, exento de emoción. Con el tono indiferente que suelen usar los presentadores natos.

Asmus llevaba ocho años trabajando en la radio. Durante ese

tiempo, había desarrollado una manía peculiar. Se había convertido en un fanático de la puntuación. No solo respetaba cada uno de los signos. Los articulaba en voz alta. Tampoco esta vez hizo una excepción:

—Cómo va eso, coma, viejo amigo, puntos suspensivos. Ve corriendo al despacho del director, signo de admiración.

—¿Qué ocurre?

—Se va a celebrar un simposio en Los Ángeles, punto. El tema, dos puntos, se abren comillas, «La nueva Rusia, coma, versiones y alternativas», se cierran comillas. En resumidas cuentas, dos puntos, la verborragia ataca de nuevo, punto y seguido. Y te toca cubrirlo a ti, puntos suspensivos…

Lo que me faltaba.

Debo confesar que no soy exactamente periodista. Desde muy niño sueño con la literatura. He llegado a publicar cuatro libros en Occidente.

Vivir de la literatura es complicado. Por eso me toca currar en la radio.

Ocupo un determinado lugar en la jerarquía de los escritores emigrados. Por desgracia, bastante lejos del primero. Aunque, afortunadamente, tampoco soy el último. Considero que mi posición es óptima para atisbar lo que quiere decir «la literatura de verdad».

Mi mujer es mecanógrafa cualificada. «Taipist», en el dialecto local. Ha mecanografiado para distintas editoriales todas mis obras. De modo que ya no le hace falta ni leerlas.

Reconozco que la cosa me descoloca un poco. Le pregunto:

—¿Has leído mi relato «Destino»?

—Por supuesto: fui yo quién lo compuso. Para la antología Encrucijada.

Entonces vuelvo a preguntarle:

—Vale, ¿y qué es lo que tecleas ahora?

—Bulgákov. Para la editorial Ardis.

—¿Y cómo puede ser que no te oiga reírte a carcajadas?

Mi mujer arquea las cejas, extrañada:

—¡Porque lo hago de manera mecánica!

Chóbur, nuestro columnista económico, se abalanza sobre mí. Desde hace más de ocho años, fuma de mi tabaco. Hace más de ocho años que me saluda como a un hermano: «¡Vamos a echar un cigarrito!».

Cuando saco mis Gauloises de siempre y el mechero, Chóbur puntualiza: «Tengo cerillas».

A veces, me retraso un par de horas. Al verme, Chóbur respira

aliviado:

—Llevo todo el día sin fumar. Fidelidad a la marca, tío… Le he cogido el gusto, ¿qué te parece? ¡Hala, vamos a echar un cigarrito!

Conque le pregunto a Chóbur:

—¿Cómo va eso?

—Tengo una noticia espectacular, viejo. ¡Me han ascendido! ¡Por fin! ¡Nivel catorce en la escala salarial! ¡Dos mil más al año! ¡Una nueva vida, tío! ¡Radicalmente nueva!… Anda, tira, vamos a echar un cigarrito para celebrarlo…

Polina, la mecanógrafa, tiene su puesto frente al despacho del redactor jefe. Antes, Polina trabajaba en nuestra sucursal de Fráncfort. Allí conoció a un actor alemán. Se casaron. El matrimonio se trasladó a Nueva York. Y ahora su Klaus está desempleado.

Le comenté a Polina:

—Tendría que ir a Hollywood. Podría interpretar papeles de miembro de las SS.

—¿Crees que Klaus tiene pinta de miembro de las SS?

—No lo sé, nunca lo he visto. ¿Qué pinta tiene?

—Pinta de judío.

—Bien. Pues, que haga de judío.

Polina suspiró, afligida:

—Como si no tuvieran bastantes judíos por aquí.

Tarasévich, nuestro redactor jefe, se incorporó tras el escritorio abarrotado de papeles.

—Pasa —dijo—. Siéntate.

Me senté.

—¿Has estado en California?

—Tres veces.

—¿Y qué te pareció? ¿Te gustó?

—Claro, es un lugar fabuloso. Un rincón paradisíaco.

—¿Te gustaría volver?

—No.

—¿Y eso?

—Ya sabes: la familia, las obligaciones domésticas… Ese tipo de cosas.

—Razón de más para que vayas. Vas a descansar, a divertirte. Por cierto, en California ahora es abril.

—¿Cómo?

—Quiero decir que hace calor… Yo no me lo pensaría dos veces. Sol, mar, chicas en bikini… Perdona, me voy por las ramas.

—De eso nada, continúa, ya que has empezado.

El redactor jefe prosigue:

—Una pregunta más. Dime, ¿qué opinión tienes acerca del futuro de Rusia? Pero dímelo sinceramente.

—¿Sinceramente? Ninguna.

—Eres un tío muy raro. Ni te apetece viajar a California, ni te preocupa el futuro de Rusia…

—No he superado el pasado todavía… Además, ¡¿de qué sirve opinar?! El tiempo lo dirá.

—Ya —afirmó el director—, pero solo se lo dirá a los que queden vivos para entonces.

Tarasévich siempre estaba preguntándome:

—¿Tienes algún tipo de ideal político?

—Me parece que no.

—¿Ni la más miserable concepción del mundo?

—No, ninguna concepción.

—Pero ¿algo tendrás, no?

—Tengo una visión del mundo.

—¿No viene a ser lo mismo?

—No. Son cosas tan diferentes como un colaborador y un empleado de plantilla, más o menos.

—Algo me dice que te estás pasando de listo conmigo.

—Lo intento.

—En serio, ¿qué pasa con esos ideales? Prestas tus servicios en una emisora política. No estaría de más que tuvieses ideales.

—¿Es obligatorio?

—Lo es para el personal de plantilla. Para los colaboradores, digamos que deseable.

—Está bien —le dije—, escúchame atentamente. Creo que dentro de cincuenta años el mundo estará unido. Si será para bien o será para mal es cuestión aparte. Pero estará unido. Con una economía común. Sin rastro de fronteras políticas. Todos los imperios se vendrán abajo y se establecerá un sistema económico global…

—Escúchame tu a mí —contestó el director—: será mejor que no difundas esos ideales tuyos. Son demasiado progresistas.

Hace un año, Tarasévich sacó el tema de entrar en plantilla:

—¿Sabías que Kléyner está en el hospital? En estado crítico.

(Kléyner era un empleado de plantilla).

Le pregunté:

—¿Crees que hay esperanzas?

—Un noventa y nueve por ciento: habrá una vacante.

—Quiero decir que si hay esperanzas de que sobreviva.

—Ah, bueno, eso… Lo dudo. Y es una lástima, porque el tipo es buena persona. Y un firme combatiente contra el comunismo. Todo lo contrario que tú.

Así las cosas, no tuve más remedio que explicarle al redactor jefe:

—Verás, eso de tener un empleo fijo no es para mí. No quiero convertirme en una especie de funcionario. Soy incapaz de mantener la disciplina. Un curro para ganarme la vida, eso sí que lo hago encantado. Pero mi principal oficio es la literatura.

—Pobre diablo —apostilló Tarasévich. Con franqueza, sin la menor intención de ofenderme.

A Tarasévich lo interrumpieron un par de veces. Luego corrió al estudio a atender una urgencia. Al volver contestó una llamada telefónica, pero impostando una voz femenina bastante vulgar: «¿Qué coño pasa?… ¿Por quién pregunta?… ¡No!… ¡Que no!… ¡El tal Tarasévich no está aquí!… Sí, yo también llevo todo el día buscándolo…». Luego se puso a reparar el ordenador con un abrecartas. Finalmente, cuando hubo acabado con todo, procedió a explicarme mi tarea:

—Te vas para California. Participas en el simposio «La nueva Rusia»… Grabas lo más interesante. Haces unas cuantas entrevistas a los disidentes más famosos. Las completas con tus propias reflexiones, que puedes sacar, por ejemplo, de las obras de Shraguin, de Turchín o de Bukovski[3]. Por último, preparas cuatro programas, de más o menos veinte minutos cada uno.

—Entendido.

—Aquí tienes el programa. Habrá tres módulos: uno político-social, uno cultural y uno religioso. Están previstas alrededor de veinte sesiones. Los asuntos a tratar son pura dinamita. Desde el Tratado de Brest hasta la conferencia de Yalta. Del protopapa Avvakum[4] hasta algo tan estúpido como el poeta Fet[5]. En resumen, Rusia y su futuro.

—Y… ¿qué tienen que ver Fet y Avvakum con el futuro?

—A mí qué me dices. Está en el programa. Mira: «Ecos de la conferencia de Yalta. Ponencia de Shenderóvich». Sigo leyendo: «Fet, profeta del eurocomunismo. Comentario de Fokin». Por cierto, también se hablará del futuro. «Rusia a la conquista de los espacios cósmicos». «Centros del ecumenismo en la Rusia venidera». Etcétera.

—Me pondré al día en cuanto aterrice allí.

—El evento concluirá con unas elecciones simbólicas.

—¿Qué van a elegir?

—Presidente, supongo.

—¿Presidente?

—Presidente en el exilio.

—Pero ¿presidente de qué?

—De la Rusia venidera, me temo. Elegirán al presidente y a todos sus secuaces: obispos metropolitanos, alcaldes, generalísimos, esas cosas… ¡Deja ya de tocarme los cojones! Va a tener lugar un acontecimiento público de gran relevancia. Nuestro deber es reseñarlo. ¡¿Alguna duda?! ¡Manos a la obra! ¡Que se note que eres un profesional!

Vengo observando que cada vez que se refieren a uno como un profesional es para seguidamente exigirle que se comporte como un idiota.

Aterricé en Los Ángeles a primera hora de la mañana. Esperé unos diez minutos junto a la cinta del equipaje. Me emocionó ver la parada de taxis llena de sombreros vaqueros.

Subí al coche. Circulamos un buen rato por la carretera y yo me dediqué a contemplar los cipreses. El taxista llevaba vaqueros, camisa a cuadros y una gorrita de jockey con la leyenda: «Yankees». Un puro humeaba entre sus dientes. Finalmente, pregunté:

—¿Falta mucho?

(Es una de las escasas frases que soy capaz de pronunciar sin acento).

El taxista me observó en el espejo y preguntó:

—Dime, paisano, ¿no habrás servido tú de lorito[6] en Ust-Vym, el campo, en torno al año sesenta?

—Serví, pero no de lorito, sino como inspector de la celda de aislamiento.

—¿En el segundo subcampo, a doce kilómetros del pueblo de Yóser?

—Digamos que sí.

—¡Increíble! Me tiré diez años allí. ¡Menuda sorpresa, jefe!

A lo que parece, el conductor había cumplido condena por corromper a una menor de edad. Después, se casó con una judía y emigró. Se sacó una licencia de taxista.

—A grandes rasgos —me dijo— estoy satisfecho con la vida. Tengo un trabajo, una mujer, una hija.

No sé por qué le pregunté:

—¿Menor de edad?

—Michélochka va al colegio, está en cuarto… Yo tengo el taxi, mi mujer es contable. Ganamos algo más de mil a la semana. Vamos a restaurantes un día sí y otro también. Pedimos todo lo que se nos viene en gana: sacivi, pastirma, costillas a la shashlyk[7]…

—Nadie lo diría, está usted muy delgado.

El taxista se volvió y me miró:

—Pues no vea cómo me pongo. Lo que pasa es que a mí me devoran también…

«Valiente Lejano Oeste de las pelotas… —reflexioné—. Los nuestros están por todas partes».

A las once ya me había hecho cargo de la situación. El simposio «La nueva Rusia» había sido organizado por el Instituto de Derechos Civiles de California. Al frente del proyecto se hallaba míster Higgins, famoso activista social. Había recaudado para la causa unos cuantos miles de dólares. Se contaban no menos de noventa invitados llegados de América, Europa y el Canadá. Incluso desde Australia. Entre ellos, había científicos, literatos y clérigos rusos. Por no hacer cuenta de politólogos, historiadores y eslavistas norteamericanos.

Además de los participantes en el congreso, estaba prevista la asistencia de simples espectadores. Es decir, periodistas aficionados, filólogos en paro, gandules errabundos y ambiciosos de toda especie.

La idea del simposio era «intentar abordar la imagen civil, cultural y espiritual de la Rusia futura con los métodos de la prospectiva».

El objeto en cuestión era una enigmática mancha amoratada en el mapa. Una mancha, diría yo, con las dimensiones de la piel de un oso de buen tamaño antes de ser cazado.

Nos alojaron en el hotel Hilton. A cada uno en una habitación individual. Con la excepción del prosista Beliakov, infaliblemente acompañado por su mujer. Que se preocupaba de anotar cada palabra que dejaba caer su esposo.

Recuerdo que en una ocasión Beliakov dijo al crítico literario Étkind:

—A mí esta ropa sintética me da picor por todo el cuerpo.

Y que Daria Vladímirovna abrió de inmediato el cuaderno.

Hacia la una, el habla eslava se dejaba oír por todas las plantas del Hilton. Alrededor de las dos, incluso el personal de mantenimiento había conseguido dominar el ruso. A la llegada de cada nuevo huésped, el portero repetía:

—¡Bienvendido! ¡Bienvendido!

A las tres, míster Higgins convocó a todos los invitados para proporcionarnos ciertas informaciones prácticas. Para entonces, ya me había topado con una decena de conocidos. Aguanté los abrazos de Lemkus. Soporté una grosería de Yuzovski. Le ofrecí fuego a Samsónov. Ayudé al sionista Gurfínkel a arrastrar su maleta. Di un abrazo al viejo Panáyev.

Panáyev sacó un reloj de bolsillo del tamaño de un platito de

postre. La esfera estaba adornada con un monograma barroco a duras penas descifrable. Me fijé bien y pude leer la inscripción caligráfica:

«Va siendo hora de acabar con esa resaca». Con tres signos de admiración al lado.

Panáyev explicó:

—Lo conservo desde la guerra, nada menos; me lo regaló un amigo, Murashko, soldado de la guardia. Un experto de excepción en cuestiones de bebercio. Un poeta… Un artista…

—Es algo temprano para mí —dije.

Panáyev se rió:

—Pero ¿qué le pasa a la juventud de hoy en día?

Luego añadió:

—Tengo unos doscientos gramos de vodka. Pero no aquí, en París. Escondidos detrás de la tele. Créeme, sufro físicamente al pensar que se está calentando.

Panáyev era un clásico de la literatura soviética. En el cuarenta y seis, escribió su novela Victoria. En la novela no se mencionaba ni una sola vez a Stalin. Al generalísimo aquello le pareció tan sorprendente que otorgó a Panáyev una condecoración.

Posteriormente, Panáyev afirmaría:

—El sanguinario Stalin me condecoró. El pacífico Jrushchov me echó del partido. Y el buenazo de Brézhnev casi me mete en la cárcel.

Era el aniversario de las masacres de Babi Yar. La gente se reunió en un mitin. Entre los participantes estaba Panáyev, nuestro condecorado. Se acercó al micrófono y empezó a hablar. Alguien gritó desde el público:

—No todos los fusilados allí eran judíos.

—Cierto —respondió Panáyev—. Pero solo a los judíos los fusilaron únicamente por eso, por ser judíos.

Míster Higgins nos explicó los objetivos del simposio. La parte introductoria de su disertación concluía tal que así:

—¡La historia del mundo es común para todos!…

—Fakt![8] —dijo Lemkus, el enigmático activista religioso, dando señales de vida desde un rincón de la sala.

Míster Higgins, ligeramente desconcertado, añadió:

—¡Estoy convencido de que Rusia se incorporará con prontitud a la senda de la democratización y del humanismo!

—Fakt! —insistió Lemkus, con la misma pasión.

Míster Higgins, alterado, enarcó las cejas:

—¡Y pronostico que la Rusia futura será un país libre y próspero!

—Fakt! —repitió, monótono, Lemkus.

Por fin, míster Higgins lo miró un buen rato y dijo:

—Estoy dispuesto a respetar su punto de vista, señor Lemkus. Solo le pido que lo exponga con argumentos sólidos, porque con groserías no vamos a llegar a ninguna parte…

El malentendido fue resuelto con ayuda de Samsónov, que dominaba el inglés.

Míster Higgins nos orientó en relación con toda una serie de detalles organizativos. Compartió con nosotros diversos consejos prácticos respecto al transporte, a la comida y a los servicios del hotel. Después, se ofreció a responder nuestras preguntas.

—¡Una pregunta! —gritó Panáyev—. ¿Cuándo tenéis pensado devolverme el dinero?

Samsónov tradujo.

—¿Qué dinero? —dijo, extrañado, Higgins.

—¿Qué dinero va a ser? ¡El del taxi!

Tras reflexionar un instante, Higgins le recordó con discreción:

—Yo mismo fui al aeropuerto a buscarlo. En mi coche. Lo veo ligeramente confundido.

—No, el confundido es usted.

—Está bien —cedió míster Higgins—. ¿De cuántos dólares hablamos?

Panáyev se animó:

—De ochenta. Pero nada de dólares, francos. El taxi lo pedí en París.

Míster Higgins examinó al público con la mirada:

—¿Más preguntas?

León Matejka, disidente checo, levantó la mano:

—No veo a Ruvim Kovriguin. ¿Por qué?

La gente se puso a dar voces:

—¡Kovriguin, Kovriguin!

Guliáyev, antiguo fiscal, exclamó:

—¡Caballeros! ¡Sin Kovriguin, este simposio carece completamente de representatividad!

Míster Higgins explicó:

—Todos sentimos un gran respeto por el poeta Kovriguin. Participó en todos los simposios y conferencias anteriores. Además, es buen amigo mío. Sin embargo, no lo hemos invitado. Desgraciadamente, nuestros recursos son bastante limitados. Y esa limitación afecta también al número de nuestros muy apreciados huéspedes. Cada habitación nos cuesta más de cien dólares.

—¡Tengo una idea! —gritó Matejka, el disidente checo—.

Escuchad. Me mudo con mi vecino. Así mi habitación queda libre para que la ocupe Kovriguin.

La gente se puso a gritar:

—¡Muy bien! ¡Así se hace! Que Matejka se vaya con Dalmátov. Y que Ruvímchik se aloje en la habitación de Matejka.

Matejka dijo:

—Estoy dispuesto a ese sacrificio. Me mudaré con Dalmátov.

Mi consentimiento no parecía en absoluto necesario.

Míster Higgins dijo:

—Perfecto. Me pondré en contacto con Ruvim Kovriguin de inmediato. Por cierto, ¿dónde está ahora? ¿En Chicago? ¿En Nueva York? ¿En la casa de campo de Rostropóvich, tal vez?

—Estoy aquí —dijo Ruvim Kovriguin, incorporándose con desgana.

La gente volvió a vocear:

—¡Kovriguin! ¡Kovriguin!

—Estoy aquí de paso —dijo Kovriguin—. En casa de un conocido. No necesito ningún hotel.

Matejka exclamó:

—¡Fantástico! ¡No tendré que vivir con Dalmátov!

También yo me sentí aliviado. De repente, Kovriguin alzó la voz:

—Vuestro simposio me la trae al pairo. Sois todos unos fracasados. La sociedad occidental está moralmente corrompida. Y la emigración, todavía más. ¡Únicamente en Rusia puede ocurrir algo verdaderamente trascendental!

Tras lo que Higgins observó, tratando de templar gaitas:

—De eso precisamente trata nuestro simposio.

Por la tarde nos enseñaron los lugares de interés. La verdad es que ese tipo de cosas me produce una gran indiferencia. En particular, los museos. Siempre me produjo agobio la falta de naturalidad de semejante aglomeración de curiosidades. Almacenar varios Rembrandt en un único recinto, por ejemplo, carece completamente de sentido…

Primero nos llevaron a ver un cañón, una especie de desfiladero. Al verlo, Kovriguin, que se había colado con nosotros, dijo:

—¡Tenemos una porrada de cañones parecidos en las afueras de Melitópol!

Seguimos adelante. Visitamos una granja agrícola: vimos cabañas, graneros, una cuadra.

Kovriguin manifestó su decepción:

—Nuestros caballos son tres veces más grandes.

—Son ponis —aclaró míster Higgins.

—No los envidio.

—Por supuesto —advirtió Higgins—. Sería un poco raro que lo

hiciera.

Después estuvimos en el fuerte Romper. Allí nos dedicamos a estudiar un mortero de cierta relevancia histórica. Tras echar un vistazo al frío interior del tubo, Kovriguin sentenció:

—¡No le llega ni a las suelas de los zapatos a nuestra artillería antiaérea!

Lo que más asombro nos produjo fue una máquina de café. Nos dirigíamos hacia Santa Bárbara. El horizonte era vasto y despejado. La luz recortaba las matas de espino que jalonaban la carretera. Daba la impresión de que las viviendas más cercanas distaran decenas, cientos de millas.

De pronto, vimos una cabina. Sobre ella un letrero: CAFÉ. El autobús frenó en seco. Bajamos a la calzada. El prosista Beliakov se adelantó. Leyó con cuidado las instrucciones. Sacó una moneda. La introdujo en la ranura.

Se oyó un chasquido, y un vaso de papel se irguió en el pequeño nicho.

—¡Daria! —gritó Beliakov—. ¡Un vaso!

Y volvió a meter una moneda en la ranura. Una cucharada de azúcar se derramó en el vaso desde algún ignoto orificio.

—¡Daria! —exhaló Beliakov—. ¡Azúcar!

Metió la tercera moneda. El vaso se llenó de café caliente.

—¡Daria! —dijo, nervioso, Beliakov—. ¡Café!

Daria Vladímirovna regaló a su esposo una mirada llena de amor y le dijo, con maternal ternura:

—¡Que ya no estás en Mordovia, tarambana!

Para un padre de familia, vivir en un hotel es una verdadera delicia. Más aún, en una desconocida ciudad americana. Y, por añadidura, en verano.

El teléfono permanece en silencio. La ducha fría está enteramente a tu disposición. Responsabilidades, ni una ni media.

Uno puede fumar dejando que las cenizas caigan sobre la colcha. Evitarse cerrar la puerta del baño. Y darse el gusto de andar descalzo sobre la alfombra.

Restaurantes y cafeterías están abiertos. Hay dinero para gastar. Y quién sabe si a la vuelta de la esquina no nos espera un grato encuentro.

Uno puede escuchar el noticiero. Puede bajar al bar. Puede buscar el número de Reguina Koshits, una vieja amiga que se ha instalado en Los Ángeles.

¿Y cómo procede el literato ruso? En lugar de hacer todo eso, llama por teléfono a su casa, a Nueva York. Es así como, en un

instante, se le viene encima una avalancha de percances y penalidades. La madre tiene bronquitis. El niño tose. El ordenador para componer libros necesita urgentemente pasar por el taller. Y él, mientras tanto, en un simposio. Algo llamado «La nueva Rusia»… ¡De verdad, cómo se puede ser tan frívolo!…

Me tumbé y me di a mis reflexiones. ¿Qué pasa aquí? La situación es ridícula, desconcertante. La suite, innecesariamente espaciosa. Al otro lado del cristal, un anuncio de la compañía aérea Pearl oculta por completo el horizonte. Una Biblia en un idioma extraño reposa en la cabecera de la cama. En el bolsillo de mi chaqueta hay un cuaderno y, en su interior, un único y sibilino apunte: «El humor es la razón vuelta del revés». ¡¿Qué coño significa eso?!

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Con qué objeto he llegado hasta aquí?

Tengo cuarenta y cinco años. Toda la gente normal que he conocido se pegó un tiro hace tiempo o, como mínimo, se dio al alcoholismo. Y yo he estado a punto de dejar de fumar. Menos mal que un poeta me dijo a tiempo:

—Si uno no se fuma un cigarro al despertar, ¿qué sentido tiene despertarse?…

Sonó el teléfono. Descolgué:

—¿El señor pidió cuatro brandis?

—Sí —mentí, sin apenas titubear.

—Al momento…

Muy bien, pensé. Fabuloso. Sea cual sea el contexto, una pizca de absurdo nunca está de más.

El simposio se inauguró a las nueve en punto. En tres ubicaciones simultáneas. La sección político-social se reunía en el Danover Hall. La problemática religiosa sería objeto de debate en la biblioteca de la iglesia de Saint John. El coloquio en torno a los temas culturales tendría lugar en la galería de Morris Lurie.

Había previstos seis encuentros para cada una de las tres secciones.

El día anterior ya había recibido copia de todas las ponencias principales. Además, había grabado una breve conversación con míster Higgins. Solo quedaba entrevistar a un par de famosos y, ya puestos, asistir a alguna conferencia, para mi propio provecho intelectual. De hecho, podía haberme marchado aquel mismo día.

—No sea memo —me espetó Lemkus, el enigmático activista religioso—. ¡¿No querrá perderse el banquete?!

Higgins solo llegó a enunciar una frase para mi grabación. Mejor dicho, el principio de esa primera frase. Concretamente dijo:

—*Dis iz e greyt príviledz foomi…*

No grabé más. El reportaje continuaría en ruso. Y yo mismo expresaría perfectamente todo lo que había que expresar.

Por la mañana asistí al primer encuentro de carácter político-social del Danover Hall. Allí pude registrar una gama de lo que denominamos «efectos de sonido». Léase toses, aplausos, risas, el frufrú de los papeles, los clamores del público.

Llegué incluso a grabar el silencio. De tres o cuatro variedades diferentes. Un silencio reverencial. Un silencio ligeramente reprobatorio. Un silencio interrumpido por el grito: «¡Recadero del KGB!». Un silencio con el eco de los pasos del ponente camino a la tribuna. Etcétera.

Pongamos que estoy preparando el reportaje. Y que digo que el público quiso homenajear a cierto fulano levantándose de sus asientos. Grigorenko o Amalrik[9], por ejemplo. Tras eso, anoto en el guion: «Grabación. Silencio número uno». Y así sucesivamente.

Llevo diez años adornando mis programas semanales con arabescos parecidos. En esos años, he ido acumulando una fonoteca colosal. Hay absolutamente de todo. Desde el zumbido de un taladro dental hasta los gritos de un loro parlante. Desde la sirena de un coche de policía hasta la llantina ebria del pintor Yeliséyenko.

En una ocasión, grabé nada menos que el crujido de una prótesis. El programa estaba dedicado a un valiente coreógrafo de Chernovtsi que, a pesar de haber tenido que instalarse en Occidente, se había mantenido fiel a su amada vocación.

Es más: mi fonoteca cuenta incluso con el sonido de un beso. Fue un beso histórico. Mejor dicho, prehistórico. Porque ¿a que no se imaginan quiénes se dieron ese beso? Maksímov y Siniavski. Fue grabado en 1976. Un poco antes de la histórica ruptura entre los nacionalistas eslavófilos y los liberales.

Los dos movimientos asistían ahora con fuerzas proporcionadas a los simposios de «La nueva Rusia». Pero esta vez manifestaron sus discrepancias desde el primer día.

Hasta su aspecto era dispar. Los tradicionalistas se pavoneaban con sus trajes cruzados, sus corbatas sintéticas y sus zapatos con suelas de caucho. Entre los liberales predominaban los vaqueros, los jerséis de punto y las chaquetas de ante.

Los telúricos eslavófilos se instalaban entre los demás asistentes

con la mejor disposición… Los liberales eran más bien dados a vagar por los pasillos.

Los nacionalistas se aborrecían entre ellos y, sin embargo, actuaban de consuno. A los liberales les unía una profunda simpatía, pero cada uno se movía a su aire.

Los nacionalistas aguardaban la llegada de Siniavski para expresarle su repudio delante de los americanos. Los liberales esperaban a Maksímov con un objetivo más o menos semejante.

Los tradicionalistas usaban expresiones de corte antediluviano. Del estilo de «so pena de» o «maguer». U otras como «con empeño digno de mejor causa». Aparte de los «a Solzhenitsyn eso que dice no le va a parecer de recibo». Los liberales, en cambio, se inclinaban por las fórmulas contemporáneas, como «se están rifando un par de hostias» o «a Sajarov se le están riendo los cojones». Sin olvidar, por supuesto, algún buen «anda y vete a comerle la boca a Ribbentrop».

Los eslavófilos reservaban las bebidas para el ocaso. En lugar de meterlas en la nevera, las colocaban en el alféizar de la ventana. Los liberales empezaban a empinar el codo desde el mismo punto de la mañana.

Los nacionalistas no hablaban inglés y presumían de no hacerlo. Los liberales tampoco lo hablaban, pero eso los avergonzaba.

Y lo cierto es que tradicionalistas y liberales tenían mucho en común. En la URSS, los unos habían sido «chovinistas irrecuperables» y los otros «cosmopolitas sin raíces». Fueron uña y carne.

Compartieron felices las estrechas celdas de la prisión. Pero la libertad resultó demasiado ancha para la convivencia.

A pesar de todo, eslavófilos y liberales se parecen. Ambos creen que los americanos son una especie de chiquillos, ingenuos, bobalicones y despreocupados. Unos niños a los que tienen el deber de educar. Tanto los eslavófilos como los liberales tienden a expresarse en alta voz. El principal objetivo de ambos es desacreditar la calidad humana del oponente. Eslavófilos y liberales comparten un mismo dolor cuando evocan la patria. Aunque incluso en ese aspecto mantienen una discrepancia fundamental. Los patrioteros eslavófilos están convencidos de que Rusia todavía tiene que dar que hablar. Los liberales opinan que, lamentablemente, ha dado demasiado ya que hablar.

En la biblioteca de la iglesia se celebraban los seminarios dedicados a la religión. Se reunían allí ortodoxos, judíos, musulmanes y católicos. Cada grupo disponía de su propio local.

Durante el intermedio empezaron a circular unos papeles entre los participantes. Los devotos del judaísmo recogían firmas en favor de

Anatoli Scharanski. Los ortodoxos exigían la liberación de Gleb Yakunin. Los hijos del islam intercedían por Mustafá Dzhemílev. Los católicos trataban de salvar a Juozas Boleslauskas[10].

Contra todo pronóstico, la colecta de firmas resultó una tarea complicada. Los judíos se negaron a defender al ortodoxo Yakunin. Los ortodoxos, a exigir la excarcelación del judío Scharanski. Los musulmanes alegaron tener bastante ya con sus propios asuntos. En cuanto a los católicos, simplemente se pusieron a hablar en lituano entre ellos.

En aquel momento, por los pasillos del lugar hicieron su aparición Litvinski y Shaguin. Tiempo atrás, los dos habían sido famosos disidentes. Ahora fumaban y conversaban en voz alta. Ligeramente achispados, por lo que parecía.

—¿Qué pasa? —preguntaron Litvinski y Shaguin. Les explicaron lo que estaba pasando.

—Está muy claro —zanjaron Litvinski y Shaguin—. Traed esos papeles vuestros.

Primero firmaron la carta por la liberación de Scharanski. Luego, el memorando en defensa de Yakunin. Después, la solicitud en relación con Dzhemílev. Y, finalmente, la petición en favor de Boleslauskas.

El padre Aristarco de Filadelfia se aproximó a Litvinski y a Shaguin diciendo:

—¡Habéis demostrado verdadera misericordia! ¡¿Cómo habéis alcanzado una tan alta perfección moral?! ¿Qué es lo que sois? ¿Ortodoxos, judíos, musulmanes, católicos?

—Ateos es lo que somos… —contestaron Litvinski y Shaguin.

—Y… ¿cómo habéis venido a parar aquí?

—Por casualidad, francamente… Íbamos de paseo y se nos ocurrió echar un vistazo…

Durante el almuerzo hubo un altercado. Bolshakov, director de la revista mensual Kompliment, insultó al sionista Gurfínkel. Naturalmente, el motivo de su discusión fue la nueva Rusia. Es decir, el desarrollo de la economía socialista y la democratización del régimen.

Bolshakov dijo:

—Rusia se halla ante una encrucijada.

Gurfínkel lo interrumpió:

—Una de dos: o bien el régimen se democratiza y, consecuentemente, la economía socialista se va al carajo, o bien la economía socialista crece, en cuyo caso no podría darse democratización alguna.

En ese momento, Bolshakov gritó:

—¡A Rusia ni la toques, apátrida!

La gente se puso a vocear. Sofocada la algarabía, Gurfínkel preguntó:

—¿Tiene usted idea, señor Bolshakov, de cómo murió el poeta Terpandro?

—¿Qué Terpandro ni qué gaitas?

—Terpandro fue un poeta griego que vivió en el siglo sexto antes de nuestra era.

—Sí, dígame, ¿cómo murió? —Bolshakov sintió repentinamente curiosidad.

Gurfínkel hizo una pausa y luego arrancó:

—Escuchen. Terpandro tenía una lira de cuatro cuerdas. Y un día se le ocurrió modificarla. En concreto, quiso agregarle otra cuerda[11]. De modo que el diapasón de la lira subiese nada menos que una quinta. ¿Sabe usted qué quiere decir «una quinta»?

—¡Continúe! —gritó Bolshakov, molesto.

—Pues, como digo, agregó esa cuerda, la quinta. Y seguidamente se dispuso a dar un concierto ante los altos mandos. Observen, por favor, que lo que tocaba era esa lira recién modificada, de diapasón subido. Entonó, pues, una de las canciones dionisíacas. Y coincidió que andaba por allí Medonte, soldado de muy escasa educación. Y que el tal Medonte recogió del suelo una higa todavía verde. Higa que arrojó al punto sobre Terpandro. Acertándole exactamente en la boca. En menos de un minuto, Terpandro murió asfixiado. Y lo hizo —permítanme el subrayado— tras una espeluznante agonía.

—¿Y qué quiere decir con todo eso? —preguntó un desconcertado Bolshakov.

Gurfínkel dio tiempo a que se estableciera absoluto silencio. Solo entonces aclaró:

—¿Desea conocer la moraleja? La moraleja es simple. No suba el tono, míster Bolshakov. ¿Me oye? ¡Ni se le ocurra subir el tono! Se lo pido por favor, esto es lo más importante: no suba el tono. No cometa el error de Terpandro.

Más tarde me dirigí a la galería de Morris Lurie. Se reunía allí la división cultural. Ruvim Kovriguin iba a dar una charla. Al principio, Kovriguin se negaba a participar en el simposio. Pero se lo pensó mejor.

Apenas abrí la puerta me vinieron a advertir:

—Lo más importante es que no ofenda usted a Kovriguin.

—¿Y por qué iba yo a ofenderlo?

—Podría insultarlo si se enfada usted. No lo haga.

—Pero ¿por qué voy a tener yo que enfadarme?

—Porque Kovriguin le insultará primero. Pero usted no se enfade,

por el amor de Dios, no ofenda a Kovriguin. Ni se le ocurra.

—No entiendo nada. ¿Por qué iba a tener que insultarme Kovriguin?

—Porque se dedica a insultar a todo el mundo. No pretenda usted ser una excepción. En resumidas cuentas: no le replique. Kovriguin es muy sensible y extremadamente vulnerable.

—¿Y si resulta que también yo soy sensible y vulnerable?

—Kovriguin lo es mucho más que usted. Usted no lo ofenda. Incluso si llega a mentarle a su madre. Es por pura timidez…

Comenzó la reunión. Tomó la palabra Kovriguin. En primer término, insultó a todos los eslavistas occidentales. Dijo:

—Yo no escribo para eslavistas. Escribo para gente normal…

Seguidamente, Kovriguin insultó a toda una ciudad. Dijo:

—Pese a ser de Leningrado, Iósif Brodski tiene, como poeta, cierto talento…

Finalmente, Kovriguin me insultó a mí. Dijo:

—Hay entre nosotros ciertos periodistas carentes de escrúpulos. Ahí, ahí, ¿a quién tenemos por ahí? ¡Haced salir a ese caballero! ¡O voy a tener que echarlo yo!

—Inténtalo —respondí.

La gente se puso a manotear:

—¡No reaccione! ¡No ofenda a Kovriguin! ¡Estese quieto! O, mejor aún, salga de aquí ahora mismo…

Solo Panáyev intervino en mi defensa:

—Ruvim tiene que pedir disculpas. Pero que lo haga como Dios manda. Que nos conocemos. Y Ruña suele disculparse así: «Ya puedes perdonarme, querido. Pero que quede claro que no eres más que un mierda»…

Al cabo, por fin, empezaron los debates. Cada ponente disponía de siete minutos. Llegó el turno de Kovriguin, que dedicó su intervención a la obra de Eduard Limónov. Durante los siete minutos, Kovriguin lo acusó de granuja, de pornógrafo y de haber abandonado las tradiciones del humanismo ruso. Al final, le señalaron:

—Ha agotado usted su tiempo.

—¡No he acabado todavía!

En ese instante intervino el amoral Limónov:

—En la cama, estimado Ruvim Isáyevich, acabe usted cuando le parezca; aquí, debe atenerse a las reglas.

La gente gritó:

—¡No ofenda a Kovriguin! ¿No ve que es muy sensible?

—Su tiempo ha terminado —repitió el moderador.

Pero Kovriguin no se iba.

Limónov preguntó entonces:
—¿Dispongo yo también de siete minutos?
—Así es —confirmó el moderador.
—¿Puedo cedérselos a Ruvim Kovriguin?
—Por supuesto, está usted en su derecho.
De modo que Kovriguin siguió maldiciendo a Limónov siete minutos más; esta vez, por cuenta del propio Limónov.

A las seis estaba de vuelta en el hotel. Me cambié y tomé un té que pedí al servicio de habitaciones.
Las perspectivas se presentaban nebulosas. Panáyev proponía ir a Glamp, a una reunión de antiguos combatientes. Por otra parte, todos habíamos sido oficialmente invitados a la recepción de la vicealcaldesa. Es más, corrían rumores acerca de un viaje a Hollywood.
Podía irme a cenar con el susodicho Limónov. O, mejor aún, solo. Con la esperanza de que sucediese algo emocionante. De verme metido en algún enredo romántico…

Pongamos que entro en un restorán. El vestíbulo está copado por una compañía hollywoodiense de parranda. Julie Andrews, semidesnuda, exclama al verme:
—¡Descúbranse, caballeros! ¡Nos hallamos ante un genio!…

Otra modalidad. Camino por la acera. Delante de mí, unos gamberros se dedican a zurrar a un anciano. Me acuerdo de lo que me enseñó el entrenador Gafiatulin y me adelanto. Los gamberros se desploman uno a uno, noqueados. El viejo balbucea:
—Mi apellido es Getty[12]. ¿Cómo podría demostrarle mi gratitud? ¿Qué tal un par de pozos petrolíferos?

Ese tipo de cosas. Y eso que, de iure, soy un intelectual. Pero, si lo soy, ¿por qué tengo aspiraciones tan mezquinas? ¿Por qué me invaden estas fantasías cada vez que me veo en un lugar desconocido?
Pensándolo bien, he atravesado un continente. He recorrido cuatro mil kilómetros. ¿Y todo para qué? ¿Para discutir con Kovriguin?
Es una tontería esperar nada. Pero quedarse aquí leyendo el último Armalinski[13] en el sofá es una tontería aún mayor.

De repente me di cuenta de que las manos me daban sacudidas. No digo temblores, no, porque eran verdaderas sacudidas. Al punto de que la cuchara metida en el té tintineaba contra el vaso.
Pero ¿qué me pasa cada vez que estoy en una ciudad nueva?
En ese instante, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dije—. Kam in!

Retrospectivamente, repasé cada detalle. Decenas de síntomas elocuentes de lo que iba a suceder se habían grabado en mi mente. El mugido largo, interminable, de la sirena de una ambulancia. El zumbido intermitente de la nevera. El galimatías azul pálido que componían las aerolíneas Pearl con la palabra «perla». Aquellos visillos inflados sin presencia de viento alguno. El extraño olor a cieno que me retrotraía a mi infancia de pionero en Yukki. El pesado amargor de aquel té, bastante decente para el gusto norteamericano. Presagios todos de algo inefable.

Lo único que no acabo de explicarme es qué tipo de relación se establece entre inquietud y acontecimiento. ¿Es la inquietud un síntoma del acontecimiento? ¿O el acontecimiento un fruto de la inquietud?…

Sea como fuese, me encontraba a la espera de que sucediese algo imprevisto. No en vano sentía ese temor. No por nada experimentaba aquella inquietud. No me había quedado en el hotel por casualidad. Estaba a la espera de algo. Y sucedió…

En la puerta estaba mi mujer. Mi exmujer, quiero decir. En realidad, ni siquiera era mi exmujer, era mi primer amor, por decirlo de algún modo.

En resumen, que allí estaba Tasia, con un inconcebible atuendo amarillo.

En fin, es una larga historia…

* * *

Me había matriculado en la Facultad de Letras en agosto de 1960. En aquella época no sentía inclinación alguna por la literatura. Pero las ciencias exactas se me figuraban todavía más inhóspitas. Al mismo tiempo, estoy persuadido de que la filología gobierna sobre las otras ciencias, las llamadas «inexactas». De modo que decidí sumergirme en las humanidades. Más teniendo en cuenta que, como deportista, disfrutaba de ciertos privilegios.

Pronto empecé a sentirme un extraño en la universidad. Los estudiantes no dejaban de perorar sobre cosas que no me interesaban lo más mínimo. Todos eran capaces de armar una trifulca por cualquier minucia. Recuerdo ahora cómo un joven apático de Tijvin llamado Liova Baránov le propinó una patada al estudiante de

doctorado Rylenko solo porque este último osó comentar que encontraba a Dostoyevski «cercano al expresionismo».

Los profesores me despertaban curiosidad, pero no me infundían el debido respeto. Es improbable que alguno conserve un recuerdo de mí. Aunque, para ser justos, en una ocasión el latinista Bobóvich[14] preguntó antes de empezar la clase:

—¿Dónde está Dalmátov?

—Participa en un certamen —respondió mi amigo Elia Baskin (una hora antes, nos habíamos despedido frente a una cervecería).

—¿Y qué deporte ha elegido ese joven sinsustancia?

—Dalmátov es un reconocido pugilista.

—Vaya… —exclamó Bobóvich, lentamente y con gesto reflexivo—. Qué cosa tan rara. Rara de veras. Si no tiene ni la menor idea de latín…

En resumen, que me saltaba una clase tras otra. A falta de otra ocupación, me dediqué a estudiar los pasillos de la facultad. Me acuerdo perfectamente del hacinamiento frente al tablero con los horarios. Del olor de la nieve que se derretía en el guardarropa. Del periódico mural frente a la entrada. De los rastros de las innumerables chinchetas en sus esquinas torcidas. De los bancos junto al laboratorio fotográfico, resplandecientemente pulidos.

Es allí donde, a eso de las doce, nos congregamos todos los holgazanes del edificio. Hablamos de literatura y observamos a las chicas que pasan.

Disponemos de libertad y juventud. Y, cuando a la libertad se suma la juventud, el resultado, por lo que parece, viene siendo eso que llamamos amor.

Me acuerdo de aquella expectación ante el amor. Cada segundo a la espera de que sucediera algo. Como en el aeropuerto, donde andas buscando a esa persona desconocida. Procuras permanecer bien a la vista, pensando que en cualquier momento te abordará diciendo: «Soy yo».

Sabía que yo también tendría pronto una chica con falda de cuero…

Ese que viene por allí es Gaga Smirnov[15]. Se casará con una francesa diez años más tarde. Este es Misha Zajárov, que, si mal no recuerdo, se ha convertido nada menos que en director de una editorial. Árik Batist, todavía en sus años de poeta romántico. Liova Balíyev, al que en la época ni siquiera se le habría pasado por la cabeza que ingresaría en la carrera diplomática. Aquel futuro

corrupto, reo e individuo marginalizado es Klein. Y ese es Zhenia Riabov, con una chica guapa y su eterna lámpara de magnesio en las manos. (Estoy totalmente convencido de que se puede conquistar a una mujer con una cámara, simplemente estando disponible para hacerle fotos a cualquier hora).

Comprendo que Riabov está de más. Demasiado estridente para ser un ganador. Y la chica, demasiado alta. No le conviene la compañía de un hombre que lo hace todavía más evidente.

Es alta y muy esbelta. La blusa azul de importación se abre para dejar a la vista el cuello. Dos sombras yacen sobre sus frágiles clavículas.

Tendí la mano y me presenté. Respondió: «Tasia».

En ese instante lanzó su disparo el famoso cañón de Leningrado. Como si detonara un invisible signo de exclamación. Como si se pusiera en marcha un cronómetro místico.

Así vino a dar comienzo mi perdición.

El cenador flotante del Delfín se bamboleaba suavemente junto al embarcadero de granito. En las ventanas se destacaban los visillos a cuadros.

Doblamos hacia el embarcadero. Avanzamos a través de la pasarela, suspendida sobre el agua temblorosa. Unos cuantos pasos huecos nos condujeron hasta las puertas del local.

El portero las despejó sin entusiasmo. Nuestra aparición no presagiaba mucho rendimiento.

El salón era espacioso. Inseguro, el linóleo parecía querer salir huyendo bajo nuestros pies. En un rincón, el sombrío escenario, donde se amontonaban unos cuantos atriles decorados con liras de hojalata.

El piano de cola apuntaba a la pared. El contrabajo descansaba de costado. Parecía un gigantesco rábano desarraigado.

Pedimos cerveza y bocadillos. Seguíamos con nuestra conversación de siempre: Hemingway, Gillespie, Freud, Antonioni, Stalin…

Por entonces yo ya había adoptado mi pose de joven filólogo. Es decir, me aplicaba en criticar a Dostoyevski, ensalzando al mismo tiempo a Sharkov y a Golts. Prueba evidente de una sensibilidad particularmente aguda. (A propósito, no hará un año que Sharkov publicó un relato infantil protagonizado por cucarachas. Golts, si no me equivoco, se dedica a escribir entremeses para el circo).

Me envanecía de tener un talento natural, si bien poco trabajado. Mi prototipo imaginario era un atleta algo bruto, aunque provisto de una poderosa intuición. Además, mis éxitos en el cuadrilátero eran notorios. Lo que me dotaba de un atractivo adicional.

Esperaba que Tasia se fijara en mí. Y eso fue lo que sucedió…

En aquellos días, llevaba zapatillas y pantalones de chándal con trabillas. Los bolsillos se destacaban en una chaqueta informe. Al cabo de un año, tendría ya un aspecto diferente. Pero entonces era objeto de mofas y escarnios. Tasia se interesó:

—Dígame, ¿quién le hace los trajes? ¿Malkin? ¿Leontóvich, tal vez?

(Eran los dos sastres más modernos de Leningrado. Algún tiempo después llegué a conocer a Leontóvich. Era un judío zarrapastroso que llevaba bombachos).

Enmudecí. Mis amigos soltaron unas risitas. En cambio, cuando Gaga Smirnov derramó la copa sobre su pantalón, el que rompió en carcajadas fui yo. En presencia de Tasia, nos volvíamos crueles.

De repente me dijo:

—¿Quiere saber lo que parece? Parece un gorila parapléjico al que dejan vivir en el zoo por compasión.

Fue demasiado. Sospecho que me puse colorado. Me llevé la mano a la cabeza en un gesto mecánico.

—La cabeza no se rasca, se lava —sentenció Tasia, desatando la risa general.

No había comprendido aún que algunas apostillas mordaces suelen contener una promesa de afecto. Y, si ya lo sabía, fingí ingenuidad al respecto. Supongo que en el fondo me complacía el papel de hombretón apocado al que resulta fácil humillar.

Me dirigí hacia la puerta. Es aconsejable marcharse antes de que a uno lo inviten a hacerlo de manera inequívoca.

Salí a la calle. Poco después oí un repicar de tacones en los tablones de la escalera.

—¿Adónde va? ¡Es usted insoportable!

Me detuve. En realidad, no tenía ninguna intención de huir.

Caminábamos junto al parapeto de piedra. Fue allí, por algún sitio, donde más tarde haría el pino ante ella. Y donde ella repetiría, indiferente:

—La locura no demuestra nada…

Me preguntó:

—¿De verdad es usted boxeador?

Lo confirmé con una mueca flemática.

Estaba tan orgulloso de mis logros como pugilista que iba por ahí quitándoles importancia.

—¿Le gusta pelear?

—La verdad —comencé— es que el boxeo, a su manera, es un arte…

Al instante cerré la boca y me maldije por haberme dejado arrastrar. Tenía la profunda convicción de que un boxeador no debía hablar nunca en exceso acerca de su disciplina.

De improviso, Tasia ralentizó el paso:

—He olvidado el bolso…

Dimos media vuelta. Mejor. Me sentiría más tranquilo entre la gente. Sobre todo, envuelto en la música que llegaba desde el restaurante. Prefería con mucho el barullo y el estruendo.

Nos acercamos a la mesa, todavía ocupada por nuestros amigos. Se encendieron los candiles con forma de concha. La orquesta volvió a tocar. Cada vez que se disponía a dar inicio a un solo, el trompetista se limpiaba las manos en el jersey.

Y, de pronto, todo cambió. Como si hubiésemos quedado aislados de los demás, mi chica y yo. Parecíamos dos conjurados. Dos compatriotas rodeados de extranjeros. Por alguna razón, nuestros amigos empezaron a hablar a media voz.

Más tarde, pagamos la cuenta y nos fuimos. El sonido de la trompeta nos persiguió hasta el mismo puente. Llevaba a Tasia del brazo. Todavía recuerdo el roce de aquella tela satinada de importación.

Un tranvía tambaleante apareció por la esquina. Todos echaron a correr hacia la parada.

—¡Daos prisa! —gritó Zhenia Riabov. Pero la muchacha se despidió de todos con la mano. No sé por qué, enfilamos hacia el zoológico.

—Y recuerde —dijo Tasia— que para un hombre es un gran honor que lo califiquen de animal y de bruto.

El otoño se dejaba notar, el aire del zoo estaba cargado de humedad. Compramos las entradas y estudiamos juntos el plano del lugar. Al lado se vendían helados y empanadillas. La hierba estaba salpicada de envoltorios de bombones. De las profundidades del parque brotaba la algarabía del tiovivo.

Caminamos junto a las jaulas. Pasamos un buen rato contemplando a los lobos, tan diminutos que daban pena. Admiramos a la garduña, que recorría la verja de finos barrotes de hierro con acompasada elegancia. Llamamos a la llama, que hacía coquetas sentadillas al andar. Dimos de comer a los osos, que pisaban sin ruido las calcáreas baldosas.

El camello me recordó a mi profesor de química de secundaria. Con su plumaje salpicado de color, las gallinas de Guinea parecían viejitas de aldea. El tigre del Amur podía pasar por una versión de Stalin ligeramente embellecida. El orangután hacía pensar en un actor añoso de biografía turbulenta.

El genio de Walt Disney consiste precisamente en eso. Fue el primero que se percató de la semejanza entre humanos y animales.

—¡Un pavo real! —exclamó Tasia.

El misterioso pájaro caminaba a paso lento y estudiado sobre sus finas patas. Desplegó la cola como un firmamento cubierto de estrellas.

Nos detuvimos ante un terrario de vidrio en cuyo interior remoloneaba un caimán. Aquel depredador parecía pequeño e inofensivo, una especie de pepino en salmuera. Me entraron ganas de llevarlo al dermatólogo.

La cafetería del zoológico estaba a rebosar. El linóleo que cubría las mesas conservaba las huellas circulares de un trapo mojado. Hicimos cola y nos sentamos junto a las puertas.

Pensé: tengo novia al fin. La llamaré por teléfono. Le pasaré la mano por encima del hombro. Estemos con quien estemos, seremos siempre los primeros en despedirnos.

Nos dirigimos hacia un parque infantil rodeado por una valla azul. Dos caballos diminutos giraban tirando de una carretita. Los niños, sentados en la carreta, sonreían.

Tasia preguntó si también ella se podía montar en la carretita. El empleado, que llevaba un impermeable de lona, asintió inclinando la cabeza:

—Así cuidará de los pequeños.

—He cambiado de idea —dijo Tasia—, me da pena el caballo.

—El caballo —dije— tiene cuatro patas.

—Impresiona lo observador que es usted…

Ella estaba a mi lado. Con su cara de chiquilla, llena de emoción. Como si fuera montada en la carretita cuidando de los más pequeños.

Dimos con el elefante. Parecía una enorme pila de heno. Varias vallas concéntricas de hierro rodeaban el cercado, que la bestia recorría con desgana. El suelo entre las barras se veía cubierto de rosquillas secas, caramelos y pedazos de pan. El elefante recibía los obsequios cortésmente y se los llevaba a la boca ayudándose con la trompa. Tenía la piel gris y arrugada de rigor.

—Qué horror ser tan grande —murmuró Tasia.

—Tampoco es para tanto —dije, tratando de quitar hierro al asunto.

Seguimos paseando un rato. Había pedacitos de entradas amarillas selladas entre la hierba. Palitos de helado flotaban en los charcos. El sol se fue apagando y desapareció tras los árboles. Llegamos a la parada y subimos al tranvía. Al llegar a cada cruce de calles, envolvía el vagón una músiquilla rítmica.

Luego volvimos caminando por la orilla. El río era apenas visible en el crepúsculo, cada vez más cerrado. Aun así, se percibía su cercanía.

Los neones volvían las caras de los transeúntes más graves, castas y misteriosas.

Acompañé a Tasia hasta la entrada del patio de su casa. Intenté despedirme. Pero me di cuenta de que estábamos atravesando el patio juntos.

El portal estaba silencioso y húmedo. Los buzones de contrachapado centelleaban en la pared. Un cochecito de bebé de resortes altos estaba parado detrás del ascensor.

Brillaban los azulejos de una estufa.

Tras los turbios cristales se adivinaba el malecón de granito. En la orilla opuesta, se alzaba la silueta de una grúa. Recordaba a la jirafa del zoo.

—Fíjese… —intenté decir algo. Pero lo que sucedió fue que nos besamos. Arriba, en alguna parte, se oyó un portazo y un taconeo.

—Cariño… —dijo Tasia.

Y luego, aparentemente imitando a alguien:

—No has acertado eligiendo hotel.

Después dio media vuelta y se fue.

Me quedé allí, esperando que reapareciera. Miré hacia arriba. Vi el triángulo de la falda negra y el borde azul de la ropa interior. La llamé: «Tasia». Pero la telilla azul desapareció y se cerró la puerta.

El tiempo había empeorado. Al doblar la esquina, noté el zarpazo de un viento helado. Alguien arreglaba una moto al fondo del patio. Las piezas cromadas brillaban sobre una plancha de contrachapado. Por un ventanuco abierto se dejaban oír los versos de una canción:

Regálame una piedra de la luna[16]*,*
Y será talismán de nuestro amor…

Ya en casa, me tiré una hora sentado en la cama. No paraba de darle vueltas a lo que acababa de ocurrir. ¡Con qué facilidad había

conseguido entristecerme aquella chica! Se había marchado sin despedirse, eso era todo. Y estaba prácticamente a punto de echarme a llorar.

Porque, ¿se puede saber qué esperaba yo? ¿Una declaración de amor el día mismo en que nos habíamos conocido? ¿Una escena de pasión salvaje en aquel gélido portal? ¿Una petición de mano?

Por supuesto que no. Y, sin embargo, la angustia me martirizaba. Porque somos exactamente lo que sentimos que somos. Nada más. Y yo me sentía profunda e irreparablemente infeliz.

A la mañana siguiente, tomé la decisión de cambiar de actitud. Y lo razoné de la siguiente manera:

«Las mujeres desprecian a los pedigüeños. Y humillan a los preguntones. Por consiguiente, nada de pedir. Y procura no preguntar nada tampoco. Arrampla con lo que pilles. Y si no pillas nada, finge indiferencia».

Así fue como dio comienzo la historia.

* * *

Y ahora la tenía allí, en la puerta. Tan alta y tan guapa como siempre, por cierto.

¿Cuántos años llevábamos sin vernos? ¿Quince?… Oí que decía:

—Pero ¡cómo has envejecido!… ¡Estás hecho un carcamal!… ¡Tienes una pinta desastrosa!

Sin recurrir a una lógica particularmente consistente, continuó:

—Eres mi única esperanza. Se acabó lo que se daba. Iván se ha casado. Estoy sin blanca. Y, para colmo de males, embarazada… ¿Me vas a invitar a pasar, o qué?

Un minuto más tarde, la oí decir desde el baño:

—He venido por Vanka Samsónov. Pero a Vanka no se le ha ocurrido otra cosa que casarse. Con esa… ¿cómo se llama?…

—¿De dónde? —pregunté.

—¿Cómo que de dónde?

—Que de dónde vienes.

—De Cleveland. Es decir, de Milwaukee. Estaba allí de paso dando un curso sobre Dostoyevski. Circularon rumores acerca de vuestro maldito congreso. Así que agarré y me vine a ver a Samsónov. Y ahora dicen que se ha casado. Y yo, ya ves, embarazada.

—¿De Vanka?

—¿Por qué iba a ser de Vanka? Estoy embarazada de Liova. ¿Conoces a Liova?

—¿A Liova? Claro… Conozco a tres Liovas como mínimo.

—Da lo mismo. Son tal para cual… En resumen: adoro a Vanka. Vanka me ha dicho que me conseguiría curro. Se ha casado. ¿Por

cierto, conoces a esa tía? Debe de tener unos doscientos años, por lo que se cuenta.

—Lamento sacarte de tu error, pero Rachel es dos años más joven que tú.

—Bueno, entonces andará por los cien. ¿Qué más da? Liova me dice que tenga el bebé. Hace poco le quitaron un riñón a su mujer. Me he quedado sin blanca. No me quieren renovar el contrato. Vanka ha prometido colocarme en algún sitio. Eres mi última esperanza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Necesito cambiarme de ropa. Déjame tu bata, o tu pijama.

—No tengo ni bata ni pijama. Como probablemente recuerdes, suelo dormir desnudo.

—Qué asco —observa—. Vale, cojo una sábana. Y tú podrías bajar a comprarme un cepillo de dientes. ¿Tienes dinero?

—Para un cepillo de dientes es posible que me alcance…

En el vestíbulo descubro a Samsónov, el popular novelista. Camina junto a Rachel, su mujer, en dirección al bar. Bastante despreocupados ambos, debería añadir.

Háganse una composición de lugar. Soy anchorman, presentador de radio. Estoy en viaje de trabajo. Alojado en un hotel decente. No hago otra cosa que añorar a mi mujer y a mis hijos. Y, de repente, en un abrir y cerrar los ojos, esta acumulación de absurdos. Una mujer embarazada, envuelta en una sábana, sentada en mi sofá. ¿De quién será el niño que espera? Quién coño lo sabe. Ahí la tenéis, loca por Vanka. Por ese mismo Vanka que se dirige al bar acompañado de su guapa mujer. Y yo, empuñando un cepillo de dientes para esa fantástica individua. Sin que nada haga presagiar que semejante lío pueda tener fácil arreglo.

Entro en mi habitación. Tasia me exhorta:

—¡A ver!

Le tiendo el cepillo.

—Lo sabía. El más barato.

—He comprado lo que había. ¿También entre los cepillos de dientes los hay buenos y malos?

—Por supuesto que sí. Yo prefiero los daneses.

—¿No querrás —le digo— que vaya a por uno a Copenhague?

Hace un aspaviento.

—No importa. Acabo de pedir una cosita. A propósito, ¿tienes dinero?

—Depende de lo que hayas pedido. ¿No habrá sido un cubo de caviar negro?

(Sabía con quién estaba tratando).

—¿A qué viene eso de un cubo? Un par de porciones nada más. Y champán, por supuesto. ¿Te gusta el champán?

—Sí, me gusta.

—De joven solías beber cosas horribles.

—Alguna vez…

Apareció el camarero, empujando una elegante mesita con ruedas. Tasia coqueteó con él, envuelta en la sábana. Ceñida, por cierto, con mi corbata francesa.

Después bebimos. Y después de eso, llamamos a Cleveland, al enigmático Liova. Tasia le explicó:

—Estoy en Los Ángeles… ¿Con quién? ¿Cómo que con quién? Estoy sola… En casa de una amiga, digamos. No la conoces, es una famosa escritora.

Luego me miró a mí y dijo:

—Jessica, jani, sey gut nait tu mai frend.

Yo gorjeé:

—Gut nait.

Tasia habló con Liova alrededor de veinte minutos. Hasta se estiró en la cama.

En un momento dado, se oyeron voces en el pasillo. Eran mis colegas, volviendo de alguna parte. Reconocí al ronco Yuzovski:

—¡La lengua rusa es nuestra única riqueza, hostias!

Tasia dijo entonces:

—Me encantaría bañarme.

—Solo hay ducha.

—En teoría, debería de haber mar aquí.

—Océano, para ser precisos.

Luego oí:

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a Sólnechnoye?

* * *

Estaba en la biblioteca de la universidad cuando Tasia vino hacia mí.

Llevaba una blusa con botones de madera. La gente que nos conocía lanzaba miraditas en nuestra dirección.

Me soltó:

—Vamos a la playa.

—¿Ahora?

—Mejor mañana. Si hace buen tiempo.

Pensé: ¿y hoy? ¿Qué planes tienes hoy?

De manera que me tiré otra vez toda la tarde pensando en Tasia.

Tratando de consolarme a mí mismo: «Tendrá que prepararse para los exámenes, ¿no? Además, la gente no necesita verse a diario…». Aunque, personalmente, tenía la profunda convicción de que la gente tenía que verse, a ser posible, todos los días, y de que prepararse para los exámenes era una memez.

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue abrir la ventana. El cielo estaba despejado y azul.

Me puse el pantalón y un polo de tenis. Metí en el maletín unas gafas de sol, una toalla y una colección de relatos de Bábel. Luego cambié a Bábel por Chesterton[17] y me dirigí hacia la estación.

Tasia ya estaba allí, frente a un quiosco de periódicos. Las portadas de las revistas carecían de brillo frente al colorido de su vestido con tirantes.

Compramos los billetes en la máquina expendedora[18]. Subimos a un tren de cercanías y nos sentamos junto a la ventana.

Hacía calor. Fui a buscar un helado. Cuando volví, Tasia dijo:

—Quedan cuatro minutos.

Nos quedamos callados. De hecho, permanecer en silencio cuando el tren va a arrancar es bastante fácil. Y, por otra parte, comer y hablar al mismo tiempo es un asunto muy delicado. Los únicos que llegan a dominarlo, por lo que tengo observado, son los ancianos del Cáucaso.

Tasia se estaba arreglando el pelo. Seguramente, convencida de que la estaba mirando. Y eso es lo que hacía yo, en realidad.

El calor empezaba a resultar insoportable. Tiré de los pestillos de metal y abrí la ventana. Los cabellos de Tasia revolotearon, delicados y gráciles.

En el banco de enfrente se sentó un hombre acompañado por un sabueso. El individuo trataba de consolar al perro, explicándole Dios sabe qué.

Unas muchachas susurraban detrás de mí. Una preguntaba en voz alta a la otra: «¿Verdad, Lida?». Y las dos se echaban a reír.

Plúmbeas palomas merodeaban bajo las ventanas del vagón.

Al tren subía cada vez más gente. Y no me apetecía mucho cederle el asiento a nadie. Pero entró un teniente con un niño y me puse en pie. Mi chica también se levantó.

Nos abrimos paso hasta la plataforma del vagón. Por el camino, agarré el pegajoso vasito de papel del helado de Tasia y lo arrojé a la vía.

En la plataforma hacía más fresco. Alguien se las había ingeniado para subir hasta allí el sidecar de una moto. A un lado se acomodaban unos muchachos con una guitarra. Uno de ellos canturreaba, imitando a un delincuente habitual:

Da igual que me ahogue en el Dviná del Norte,
o que la palme de cualquier otra forma:
la patria no ha de llorar por mí,
pero los amigos me echarán de menos… [19]

Nos metimos en un rincón. Tasia sacó un paquete de cigarrillos americanos. Dije que no con la cabeza, tal y como exigían mis recatados principios. Ella se puso a fumar, y tuve la sensación de que tenía ante mí a una mujer acometiendo una penosa labor, mientras que yo no daba palo al agua.

Llegó el momento de hacer un repaso de nuestros compañeros de aula. La mayoría, según Tasia, seres egoístas y envidiosos. Sobre todo, los que escribían versos.

Yo intervine:

—¿No será que están cabreados porque nadie los publica? Sus motivos tendrán, ¿no cree? Y eso que suelen llamar «egoísmo» ¿no será solo amor propio?

—¿Usted también escribe poesía?

En la voz de Tasia se apreciaba cierto desencanto. Aparentemente, hasta ese momento yo le había parecido un dechado de salud y de sencillez. Y la primera parrafada más o menos sensata que articulé le molestó. Como si yo fuese un actor que hubiese olvidado su papel. Hasta el punto de que se puso a mirar hacia otro lado.

Atravesamos el límite del área de balnearios. Ya podíamos bajarnos en cualquier parada. En todas ellas dispondríamos de una buena playa y un lugar aseado para comer.

Cogí a Tasia de la mano y saltamos al andén. El tren arrancó, ganando velocidad rápidamente. Un oleaje de gente se desplazaba por la calle principal, en dirección al golfo de Finlandia.

Balnearios y campamentos de pioneros bordeaban el camino. Los oriundos de las dachas, vestidos al estilo de los arrabales, venían hacia nosotros. Las llantas de las bicicletas brillaban al pasar. Se estaba a gusto allí, caminando por la firme vereda de tierra surcada por las raíces de los pinos.

Cruzamos la carretera, dejando nuestras huellas en el asfalto recalentado. Al otro lado, se distinguía un arenal grisáceo.

El paisaje que nos rodeaba parecía una foto de aficionado de antes

de la guerra. Todo se veía desteñido por el mar, por el sol y por la arena. Hasta los envoltorios de los bombones lucían desdibujados bajo los rayos de sol.

Pasando por encima de los cuerpos tendidos, nos dirigimos hacia el agua. La arena estaba allí fresca y compacta.

Le propuse que nos alejásemos de la gente. Con toda seguridad, Tania interpretó ese deseo mío de privacidad como una invitación al amor. Como un buen rival en el ring, me contestó con una completa serie de miradas escrutadoras. Su voz adoptó un tono de chica prudente. Al final, determinó cambiarse en la cabina destinada al efecto. Semejantes a biombos, los vestuarios estaban instalados a unos diez metros del agua.

Las paredes de contrachapado no llegaban al suelo, y permitían ver los tobillos de las mujeres. Pese a que aquello era un hervidero de gente, identifiqué los inconfundibles talones amarillentos de Tasia pasando a través de algo rosado e ingrávido.

Resultaba embarazoso andar con mis pantalones oscuros entre gente medio desnuda. Me acerqué a la orilla y me puse a escrutar la distante silueta de Kronstadt. La arena cobró de nuevo consistencia y frescura.

Tasia se acercó por detrás. Llevaba unas sandalias de goma y un bañador a la moda. Producía el mismo efecto que un mecanismo perfecto y bien engrasado.

Tasia atrapó mi mirada y apartó la suya con timidez. Se puso a caminar por la orilla y yo fui tras ella.

La contemplaba con admiración. Intuía que no me había adelantado por casualidad. Era una oportunidad de contemplarla lo que me ofrecía.

Tenía unas pantorrillas fuertes que se perfilaban al andar. La cintura estaba ceñida con un bañador tupido.

Una hendidura abrupta separaba los omóplatos.

Me dije: «Mírate, pareces su guardaespaldas».

Me di cuenta de que Tasia llamaba la atención a todo el mundo. La situación me halagaba, pero al mismo tiempo me producía cierta desazón. Varios tipos con calzoncillos de satén interrumpieron incluso su partida de cartas.

«Ya estamos» —pensé.

Uno de ellos dijo algo que provocó una carcajada colectiva. El semicírculo que formaba la compañía era lo suficientemente ancho como para alcanzarlos a todos con una serie corta. Los imaginé derribados en la arena, todos con la misma gorrita de jockey. Y la

baraja, tirada a un lado.

En ese momento, Tasia volvió la cabeza y me dijo:

—No replique. Estoy acostumbrada.

Avanzamos por la orilla hasta penetrar en la umbría. Poco después atravesamos un arroyo que resplandecía entre la hierba.

No estaba muy seguro de que a ella el sitio le gustase. Posiblemente, hubiera preferido estar allá detrás, donde sonaban canciones populares. O donde se escuchaba el tenaz golpeteo de una pelota de voleibol. Por donde husmeaban despacio, como leopardos en la jungla, los muchachos de carnes fofas. Metiendo barriga, con los brazos en jarras. Abrumados, en resumidas cuentas, por su propio esplendor físico.

Se sucedieron varios segundos de ligera confusión. Aparentemente, haberle dado a entender que me habría gustado que nos quedásemos a solas había sido un error. Tasia podía concluir que estaba tratando de darle caza. Pero ese no era mi estilo. No en vano había decidido actuar con reserva e indolencia. Hasta me sentía orgulloso de haber tomado aquella decisión.

Me quité el polo y el pantalón. A las personas poco informadas en materia de pugilismo, mi físico puede resultarles algo decepcionante. Tienen la convicción de que todo deportista debe exhibir una poderosa musculatura. Suelen desestimar un factor tan importante como el relativo al volumen pectoral. En cambio, unos bíceps desmesurados les infunden un sagrado temor.

Mientras tanto, la chica se arrellanó cómodamente en la esterilla. Para evitar una intimidad excesiva, incompatible con mis principios espartanos, no me quedaba otra que sentarme en la arena caliente.

Se hizo un silencio. Y luego Tasia comentó, indecisa:

—Un día tan maravilloso como el de hoy puede terminar con una tormenta.

Me incorporé para averiguar si el cielo se iba a encapotar. No se veían nubes, dato que expuse con satisfacción.

Se hizo el silencio nuevamente. Yo permanecía callado porque había nacido en una familia pobre. Circunstancia que me obligaba a ser cauto y precavido. Antes de tomar cualquier iniciativa, tenía que informarme de cuánto me costaría.

Tasia extrajo del bolso una pequeña radio sin funda. El sonido del jazz nos ayudó a recobrar la naturalidad. Como si una mano invisible hubiera ido apagando las luces con mucho tacto.

Me levanté y me dirigí hacia el mar. Imagino que Tasia interpretó aquello como un intento de apaciguar mis ardores. Interpretación que, a grandes rasgos, se correspondía con los hechos.

Di varios pasos por el fondo sembrado de piedras y me zambullí. Me planté rápidamente junto a la primera boya. Su costado, candente y carmesí, se balanceaba por encima del agua.

Apenas me había puesto a bracear cuando descubrí que mis rodillas rozaban el suelo.

Me incorporé. Rodaba por el banco de arena un ligero oleaje que acabó propinándome algún que otro golpe bajo. Para ser sincero, estuve a punto de descalificar al golfo de Finlandia en su integridad.

Es difícil hacerse idea de cuán ridículos resultaban mis intentos por dominar aquel elemento feroz. Elemento que se expandía a la altura de mis caderas, relativamente flacas.

Miré atrás. No me quedó claro por qué Tasia tenía los ojos entornados, si para ver mejor o porque se estaba partiendo de risa.

Seguí hacia adelante. Al rato, el nivel del agua me llegó a la barbilla. El fondo arenoso se precipitó repentinamente hacia abajo. Empecé a nadar, orientado por la silueta nítida de Kronstadt. Pasaron algunas gaviotas con gran escándalo. Sus sombras trémulas flotaban y lanzaban chispas desde la superficie del agua.

Combatir el cansancio me animaba a nadar cada vez más lejos. Me sentía tranquilo y jubiloso. Los barcos pesqueros, que se dibujaban en el horizonte, parecían bidimensionales. Daba gusto escudriñarlos, poniendo en ello empeño e interés.

Me alejé mucho de la playa. Súbitamente, la sensación del grosor infinito del agua por debajo de mí me asaltó. Me di la vuelta y, bocarriba, elegí como norte una ligera nubecilla de color tirando a rosa.

Salí a la orilla lleno de un cansancio y de una indiferencia muy agradables. Tasia me saludó con la mano. El agua había oscurecido su traje de baño. Seguramente se había dado un chapuzón cerca de la orilla.

Tasia parecía orgullosa, pero también preocupada. Como la mujer que espera junto a la valla al marido que vuelve de la guerra.

Cuando me estiré a su lado, dijo:

—¡Está usted congelado!…

Sin maquillaje, su cara parecía más joven. La tez se le había vuelto brillante y sonrosada.

Pasamos una eternidad tumbados allí, sin intercambiar palabra.

Finalmente, saqué el reloj del bolsillo de mis pantalones. Eran cerca de las cuatro.

Enrollamos la manta y caminamos, descalzos, hacia la carretera. Los transeúntes examinaban a mi chica con indisimulada curiosidad. Al darse cuenta, Tasia se puso el vestido por encima del bañador. La tela del vestido se oscureció al instante en torno a sus caderas.

Después, entramos en una cafetería al aire libre. Tasia se tomó un riesling y sacó los cigarrillos. Me sentía el progenitor de una chiquilla malcriada.

A veces percibía el reproche en los ojos de Tasia. Y trataba de explicármelo. ¿Qué habría pasado? ¿Qué había hecho mal? ¿Es que no podía limitarme a mirarla? ¿Estirarme a su lado sin intentar nada? ¿Tomar algo en una terraza, simplemente? ¿Qué culpa tenía yo de ser tan comedido?…

—Es tarde —anunció, con tono de desencanto, Tasia. Subimos al tren. Sacó del bolso un libro en inglés y me dijo:

—Camus, El mito de Sísifo. Un relato. Mejor dicho, un ensayo. ¿Conoce el significado de la palabra «ensayo»?

¿Por qué ese empeño en tomarme por analfabeto?

—Fíjese que conozco incluso el significado de la palabra «Camus» —dije—. Por no mencionar a Sísifo.

Me contestó así:

—¿Y puede saberse entonces qué opina usted de la literatura?

(Se trataba de una pregunta totalmente convencional para la época).

—Creo —dije— que nadie debe confiarle su vida a la literatura. Porque, en la literatura, el bien y el mal son inseparables. Como en la naturaleza…

Tasia me interrumpió con un gesto sardónico:

—Sé dónde ha leído eso: en Maugham.

No quise tenérselo en cuenta. Estaba claro que era lo que de bruto había en mí lo que le parecía atractivo. En cambio, los tenues destellos de mi intelecto le provocaban disgusto.

Con seguridad, Tasia ambicionaba ser mi mentora espiritual. Es decir, que tenía la esperanza de que fuese un perfecto idiota. Y yo le había arruinado el plan. Sin querer, dicho sea de paso.

Volvimos a la plataforma del vagón. Delante de mí, un par de pilotos civiles trataron de entablar conversación con Tasia. No me importó en absoluto. Y me dediqué a mirar por la ventana.

El tren estaba llegando a Leningrado. Fuera, el paisaje se hacía cada vez más tedioso. Leñeras ennegrecidas por la lluvia, vallas inclinadas, hojas descoloridas. Los atildados chalés, los pinos, los yates: todo había quedado atrás. La arena en las sandalias era el único recuerdo que nos quedaba del mar.

Descendimos al andén. Adelantamos a los dos pilotos que, con las gorras en la mano, parecían estar esperando a Tasia. Tasia pasó sin prestarles atención alguna.

Cruzamos la sala, presidida por un descomunal reloj, y salimos a la calle inundada de luz. Tasia parecía inquieta. Se sentía una víctima, quizá. Una presa que había adelantado demasiado a su perseguidor.

Me preguntó:

—Y ahora ¿cuál es el plan?

—Esta tarde —le contesté— tengo que ir al Estadio de Invierno. Estamos preparando para la Espartaquiada a un peso pesado del club deportivo Albatros.

—¡No sabe el respeto que me infunde un tan acrisolado sentido del deber! —apostilló, decepcionada, Tasia.

Yo disfrutaba con mi sangre fría.

En la parada de taxis, amontonadas, aguardaban unas quince personas. Cada dos por tres aparecía un coche libre. Finalmente, nos llegó el turno.

—Muy buenas —dije.

—Salud. Espero que esta noche lo noqueen.

—Lamento desilusionarla. Eso les sucede muy rara vez a los asistentes. Como mucho, les puede caer encima, del techo, una lámpara de araña.

—Lástima —respondió la chica.

Y añadió, con inquietud apenas perceptible:

—¿Me llamará usted?

—Por supuesto.

La señal verde del taxi apenas se distinguía a la luz del día. El chófer, impasible, ojeaba un periódico. Oí:

—¿Le ocurre algo a usted?

Evidentemente, Tasia estaba dispuesta a ceder. Como si me hubiera encontrado en una tienda de artículos rebajados. Con un par de etiquetas a cada lado, una con la cifra tachada, y otra, con una mucho más asequible, al lado de la primera.

—¡Menudo individuo! —dijo la chica.

Subió y dio un portazo. Y yo me dirigí a la parada del bus, absolutamente satisfecho conmigo mismo.

* * *

El champán se había acabado. El reloj marcaba las tres.

Tasia:

—Menos mal que hay dos camas.

—¿A qué te refieres?

—A que, si solo hubiera una, te tocaría dormir en el suelo. Mejor dicho, en la alfombra. Aunque, por fortuna, hay dos camas a aceptable distancia.

—Tonterías —dije—, están a dos pasos una de la otra. Y volando en alas del amor…

—Calla —dijo Tasia.

—Tranquila. Todo en orden. Te garantizo que saldrás intacta de aquí.

—Eso también te lo podías haber ahorrado. Es una grosería, y de las gordas. Dicha para humillarme.

—¿Cómo?

—¿Qué es eso de que saldré «intacta»? ¿Es que no eres un hombre? ¿Qué te pasa? Deberías desearme. ¿O no? Deberías tener ganas. Muchas ganas.

—De qué estás hablando, Tasia… Nos conocemos desde hace treinta años. Nos separamos hace veinte. No nos hemos visto en los últimos quince. Estás loquita por Vania. Embarazada de un tal Liova. Y yo, casado y con tres hijos. (No sé por qué lo hice, pero me atribuí uno de más). Y ahora vas y me sales con esas… No deseo «tener ganas». Prefiero no desearte. Recuerda que me arruinaste la vida.

—No corres ningún riesgo. Te rechazaré te pongas como te pongas.

—Precisamente por eso.

—Pero ¿tú qué quieres?

—Nada. Nada en absoluto.

—Además, ¿por qué has dicho que estoy embarazada?

—Lo has dicho tú.

—¿Se nota ya?

—Que se note o no se note, ¿qué más da? A lo que me refiero es a que… Pero… ¿se puede saber de qué estamos hablando?

—¿No te habrás vuelto impotente?

—Pierde cuidado —contesté—. Tengo tres hijos.

(Me sentí obligado a repetir la misma cifra).

—Que tienes tres hijos. Y qué. Una cosa no quita la otra. Por cierto, me han contado un chisme de tu mujer.

—Oye… no. Ya he tenido bastante por hoy. Voy a dormir. ¿Te importa salir un momento?

—No te estoy mirando.

Me quité la ropa a toda prisa. La oí decir:

—Que sepas que lo de esas piernas esmirriadas tuyas roza lo patológico.

—Bueno —respondí—. Ya sé que no soy un dandi…

Tasia siguió vagando por la habitación un buen rato. Tiró por el suelo algunos botes. Fumaba, se peinaba. Hizo una llamada, incluso. Afortunadamente, el abonado no estaba en casa. Se indignó:

—¿Dónde andará ese animal a las tres de la madrugada?

—¿Adónde llamabas?

—A Maryland.

—En Maryland son las nueve de la mañana.

Tasia rompió a reír:

—¿No querrás insinuar que está trabajando?

—¿Por qué no? ¿De quién demonios se trata?

—De Maxi. Quería hablar con Maxi.

—¿Quién es Maxi?

—Un dóberman.

—Un apellido muy apropiado para un viejo verde.

—¡No es un apellido! ¡Es una raza! Son tres hermanos. Uno se llama Mini. Otro, Midi. Y el tercero, Maxi. El dueño es un antiguo admirador mío.

—Buenas noches —dije.

Tasia se quedó dormida de repente, en un instante, como una niña pequeña. Murmurando algo entre sueños, susurrando y gimoteando.

Yo, por supuesto, me entregué a la tarea de recordar.

* * *

Esa vez tardamos cinco días en volver a vernos. Aquellos cinco días me convirtieron en un neurasténico. Sin Tasia, fui del todo incapaz de actuar con mesura. Para comportarme con naturalidad e indolencia, necesitaba verla.

Tropecé con ella en la cafetería. Por desgracia, yo estaba comiendo.

—Trague tranquilo, le espero —dijo Tasia con frialdad. Luego preguntó:

—¿Va a ir al baile?

Se trataba de una celebración anual, organizada para los estudiantes en el palacio de Pávlovsk.

«Por supuesto que iré», pensé. Pero una voz extraña y desagradable, emitida contra mi voluntad, dictaminó:

—No lo sé.
—Me gustaría saberlo —insistió Tasia—. Es muy importante.
Miré a Tasia y comprendí que no lo decía en broma. Y que, por tanto, las cosas irían tal y como me apeteciese. Sentí alegría y agradecimiento por sus palabras, pero no llegué a expresarlo en voz alta. En cambio, mencioné a unos familiares, insinuando al mismo tiempo que lo de familiares no era más que un pretexto. Que en realidad se trataba de una historia romántica. De un antiguo vínculo amoroso… De un corazón partido…
Tasia me interrumpió:
—Me gustaría ir con usted.
—Estupendo.
Por fin dije algo con un tono que me pareció sincero. Recuerdo que aquello me hizo ilusión. Pero inmediatamente comprendí que no era cierto. Una persona sincera no puede prestar oído a su propia voz. Es imposible ser uno mismo y estar, al mismo tiempo, al lado de uno mismo…
—Entonces, ¿irá?
—Iré —dije—, claro…
Nos encontramos de nuevo a eso de las seis. Por el andén se deslizaban larguísimas las sombras de color púrpura.
Al entrar en la estación me topé con los amigos. Decidimos pasar por un almacén de bebidas. Al salir, teníamos los bolsillos visiblemente abultados.

Vi a Tasia varias veces. Pero no me acerqué a ella, solo la saludé con la mano desde lejos.
A su vera zascandileaba un joven poeta del que empezaba a oírse hablar. En su delicado rostro parecía percibirse un leve desasosiego. Tenía visos de aristócrata. El prólogo a su poemario, sin embargo, afirmaba que trabajaba de fresador en una fábrica.

Al final, desaparecieron los dos. Se esfumaron entre la multitud. O puede que, simplemente, subieran al tren como nosotros.
No podía largarme sin más a la caza de Tasia. El suave chapoteo de aquel oporto comunitario sonaba en el interior de mi bolsillo.
Y eso que habría podido acercarme a ella en cuanto la vi. Ahora estaríamos sentados uno al lado del otro. Habría resultado tan natural, tan sencillo. Pero a mí no me ha ido nunca lo natural ni lo sencillo.
Nos repartimos por los vagones. Los chavales de la Dixieland[20] iban con nosotros. Llevaban vaqueros norteamericanos y camisas rosadas. Me gustaban sus cinturones anchos; en cambio, los sombreros de paja resultaban, a mi modo de ver, demasiado teatrales.
El trompetista sacó un instrumento resplandeciente. Dio dos

patadas en el suelo y se puso a tocar allí mismo, en mitad del vagón. El guitarrista desabrochó una funda de lona y se sumó al primero. Al minuto, los seis miembros al completo estaban tocando.

Se entregaban a la música plenamente, ahogando el traqueteo de las ruedas. Alguien me pasó una botella de vermú. Di algunos tragos. Esperé a que terminaran el tema y le ofrecí la botella al guitarrista. Me dirigió una sonrisa, pero la rechazó moviendo la cabeza.

Crucé a la plataforma del vagón. Al instante, el fragor de las ruedas volvió inaudible la melodía de jazz.

Llegamos cuando oscurecía. De las tinieblas emergía tan solo el triángulo gris del andén. También la brillante esfera del reloj de la estación.

Fuimos aproximándonos al palacio de Pávlovsk en varios grupos. La Dixieland atacó entonces Stormy River. Luego fue el turno de St James Infirmary. De pronto, en medio de aquella oscuridad, la música se volvía sugerente y extraña.

La silueta del palacio era apenas visible. Solo los anchos ventanales amarillos permitían intuir las respetables dimensiones del edificio.

El decano abrió el baile con un breve discurso, al que puso final con estas palabras:

—¡Amigos, los mejores años de nuestra vida están por llegar!

Luego trepó a su coche particular y se largó.

Fuimos a la cafetería y pedimos una caja de cervezas. Nuestra intención era ocultarla debajo de la mesa e ir dando cuenta de las botellas una a una.

Tasia estaba bastante cerca. Parecía feliz. Yo procuraba mirar hacia otro lado.

El joven poeta le hablaba al oído. Su chaqueta de tejido caro parecía ligeramente desgastada. Adiviné unas gafas de repuesto que asomaban de su bolsillo. Aquel rostro delicado expresaba energía e inseguridad a un tiempo. Del brazo de su sillón pendía el bolso de Tasia.

En ese preciso instante sonaron unos aplausos. Miré hacia el sitio donde se destacaba un escenario circular. Pero estaba vacío.

—Humor de la edad de hielo —dijo Zhenia Riabov, retirando su lámpara de magnesio. Se refería a la ovacionada intervención.

Apareció después una arpista algo rolliza. Tocaba con las piernas muy abiertas y expresión ceñuda.

Súbitamente, el poeta desapareció. Me lancé a ocupar su puesto con total descaro. Luego me di cuenta de que se había dejado las gafas en el asiento. Y, apenas un segundo después, de que se había encaramado al escenario. Y que, para colmo, se había puesto a recitar, entre muecas de dolor:

De todas las desgracias, solo el nombre conservo,
de la herida, el suspiro. Y las ascuas, del fuego.
Y errar también, toda la noche, en compañía de la lluvia,
al pie de tus ventanas…[21]

Tasia se volvió hacia mí y dijo algo inesperado:

—Páseme las cerillas.

Yo no llevaba cerillas. Entonces lancé un grito, dirigido a toda aquella desconocida gente de buena voluntad:

—¡Cerillas!

Tasia me miraba, y yo repetía:

—Un momento… Espere un momento…

Mis amigos me tendían ya sus mecheros y cajas de cerillas.

—Querido —sonrió Tasia—, ¿qué le ocurre? Si estoy aquí, es por usted.

Y yo murmuré, metiéndome los fósforos en los bolsillos:

—¿Es eso cierto? ¿De verdad? Entonces, ¿podría sentarme a su lado?

Tasia asintió con la cabeza.

—¿Y este? —pregunté, señalando las olvidadas gafas.

—Es un amigo.

—¿Quién es? —volví a preguntar.

—Un amigo.

Aquel «amigo» sonaba casi como un insulto.

El poeta terminó su recital. Me arranqué a aplaudir como un loco. Hubo incluso quien volvió la cabeza para mirarme.

Después regresó a la mesa. Su cara, metamorfoseada por completo, irradiaba ahora alegría. Hizo una reverencia ante Tasia y se acomodó encima de sus propias gafas. Luego entabló una vehemente discusión con un estudiante de doctorado, que se había presentado con dos copas de vino:

—Verá, lo que pasa con Blok es que nunca tuvo ni pizca de sentido del humor —vociferaba el doctorando.

A lo que el poeta replicaba:

—Lo realmente significativo es que el señorito era todo un pedante…

Tasia miraba, sonriente, al poeta. Era obvio que sus versos le gustaban. A él se lo veía emocionado, pero también, y al mismo tiempo, indiferente.

Su falta de interés por Tasia me molestó. Por lo que fuera, aquello hería mi amor propio. Pese a lo cual, continué observándolo, con algo parecido al cariño.

En esas, el poeta se incorporó. Sin mirar, rescató las gafas sobre las que había tomado asiento. Se aseguró de que los cristales hubieran salido indemnes. Volvió a sentarse. Extrajo de su bolsillo unas arrugadas hojas de papel y se puso a escribir con una sonrisa débil y perpleja.

Un zumbido monótono flotaba sobre los comensales. A ratos, podía identificarse con claridad alguna voz en concreto. Se oía el incesante movimiento de las sillas. El ruido de algún cuchillo, caído de la mesa.

De pronto, el alboroto se intensificó. Había dado comienzo una discusión generalizada en torno a las máquinas de escribir.

—Yo recomiendo los modelos americanos de antes de la guerra — opinó un gordinflón al que nunca había visto, pescando al mismo tiempo un tomate encurtido que se le escurría de vuelta al bote una y otra vez. Seguramente, el tipo había venido de la ciudad con sus conservas a cuestas. Cosa que me extrañó un poco.

Intervino Zhenia Riabov:

—Mi ideal es la Olympia de los cuarenta. Puro hierro. Ni un gramo de fibra sintética.

—La fibra sintética está muy pasada de moda —confirmó Tasia distraídamente.

—¿Qué es lo que menos te convence de la Optima? —Gaga Smirnov se dirigió a Riabov.

—¡El precio! —respondieron todos, casi al unísono.

—Por un aparato así soltaría doscientos cincuenta rublos sin dudarlo un segundo.

—Yo también los soltaría —convino Riabov—, si pudiera pescarlos primero.

—Me inclino por la Olivetti —opinó Klein.

—La Olivetti tiene palanca horizontal.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada, que aquí ni Dios podría repארártela…

Había una chica con un vestido rojo burdeos a unos metros de mí. Me fijé en sus dedos, amarillos por la nicotina, sobre uno de los brazos del sillón. Un cilindro de ceniza cayó en sus rodillas. Me costó dejar de mirarla.

—¡Hola, Tarzán! —dijo la muchacha.

No le contesté.

—¡Hola, hijo de la selva!

Comprendí que estaba completamente borracha.

—¿Cómo te va, Tarzán? ¿De qué pampa se supone que sales? ¿Por qué la abandonaste?

De repente, Tasia la corrigió en voz alta:

—Será «de qué jungla».

Por lo visto, la conversación no le había pasado desapercibida. La muchacha miró a Tasia con hostilidad y volvió la cabeza.

A continuación, oí:

—Hemingway, sin ir más lejos…

—Un escritor mediocre —apostilló Golts.

—Pero, bueno… ¡qué mezquindad! —se indignó el poeta—. Ahora que ha muerto dices eso. Antes, a todo el mundo le gustaban sus novelas, pero ahora resulta que las novelas de Hemingway se han se vuelto demasiado ingenuas para nosotros. Sin embargo, sus novelas siguen siendo las mismas. El que ha cambiado eres tú. Responsabilizas a Hemingway de tu propia transformación. Y eso es una mezquindad…

—¿Qué pasa? Ahora va a resultar que también Remarque es un buen escritor…

—Por supuesto.

—Vaya por Dios…¿Y Julio Verne, también?

—Naturalmente.

—Y el otro… ¿cómo se llamaba? ¿Mayne-Reid?

—También.

—Algún escritor malo habrá, ¿o no?

—Alguno hay. Tú, por ejemplo.

—Dejad de discutir… —suplicó Tasia, y me agarró la mano.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada. Vamos a bailar.

Lástima que, al punto, cesó la música. Pero nos fuimos de todas formas.

Paseábamos por las galerías del palacio. Nos arrellanábamos en los muelles sofás tapizados de raso. Palpábamos las cortinas de terciopelo y las molduras doradas. Nuestra vida carecía de toda aquella opulencia, que se nos antojaba teatral, como si su único objeto fuera servir de marco a momentos felices.

Algunas puertas estaban cerradas con llave, y también eso producía una sensación de felicidad.

Comenzó a oírse una música invisible. La muchacha dio un paso

hacia mí y yo coloqué la mano en su cintura.

—Vamos, abráceme como Dios manda —ordenó—. Así está mejor. No debemos quitar importancia a la naturaleza sexual del baile.

Me ruboricé.

—Por supuesto que no —dije.

¿Por qué no habría nadie allí, Dios, que tropezara conmigo o me empujara? Yo le habría sacudido y la milicia popular me habría detenido y me habría conducido al puesto sanitario, donde tenían montado su improvisado cuartel. Allí, habría declarado con la mayor tranquilidad del mundo, y no me habría ruborizado de una forma tan lamentable.

Por desgracia, la gente parecía haberse confabulado para no rozarme siquiera. A decir verdad, estábamos completamente solos en aquella sala.

Tasia estaba cerca. Luego, nos acercamos más todavía. Yo no me veía ya capaz de hablar. Ella, en cambio, continuó:

—Imagine que está usted bailando con una mujer. Eso no significa que vaya usted a convertirse en su amante. Al menos, no necesariamente. Sin embargo, la idea en sí no debería causarle rechazo. ¿O acaso le resulta repugnante?

—No. Qué va. Para nada —dije, mortificado por la vergüenza.

Por fin, alguien me rozó. Mejor dicho, fue mi hombro lo que tropezó con una especie de biombo de bambú.

La música se detuvo. Me vi en mitad de la sala, bajo una lámpara de araña. Tasia estaba esperándome en la puerta. Llevaba un vestido resplandeciente.

Me interrogué: ¿sería posible que se hubiera cambiado de ropa allí, delante de todo el mundo? ¿O tal vez había llevado puesto ese mismo vestido toda la tarde y sencillamente yo no me había dado cuenta?

Recuerdo que después bajamos juntos por la escalera. En el guardarropa, tardé un rato en encontrar la ficha de aluminio. Tras el mostrador de madera, había unas mujeres con batas azules y termos, bebiendo té. Todas tenían un gesto arisco. La música apenas llegaba hasta allí.

Ya abrigada, Tasia me preguntó:

—¿Dónde está su gabardina?

—No sé —le dije—, ha desaparecido…

Tras descender por unos peldaños desconchados, nos encontramos en un parque rociado y tibio. Los ventanales del palacio, abiertos de par en par, iluminaban la noche. Allí afuera, la música sonaba con

claridad y potencia. Parecía que aquella noche la luz y la música se habían aliado contra la frialdad del silencio.

Bordeamos el estanque. Nos acercamos a la valla de hierro fundido. Nos detuvimos al borde del parque. En medio de la verde tiniebla, la oí decir:

—Di, ¿qué te pasa? ¿Tan torpe eres? ¿Quieres que todo sea muy, muy fácil? Tenías una chaqueta, ¿verdad? Trata, simplemente, de no ser tan bruto…

Fuimos hacia la parada del autobús y nos detuvimos al pie de una farola. Noté manchas de hierba húmeda en mis rodillas. La chaqueta estaba cubierta de barro. Quise enrollarla, pero al final preferí arrojarla por ahí.

Tasia preguntó:

—¿Crees que soy una amoral? ¿Te parece mal que lo sea?

—¡No! ¿Qué dices? —respondí—. Todo lo contrario: ¡me parece muy bien!

Llegó el autocar. Un hombre con papeles en las manos descendió y desapareció en la garita de contrachapado.

Una mujer entrada en años, de uniforme, cubierta con un capote, dormitaba apoyada en la ventanilla. Bobinas de tiques rosas y amarillos le colgaban del cuello.

Recuerdo el reflejo de Tasia en la negra ventana de enfrente.

Fue el mejor día de mi vida. Quizá, para ser más exactos, la mejor noche. Regresamos a la ciudad cuando empezaba a amanecer.

La amiga de Tasia vivía en la calle Krónwerkskaya, en un palacete con balcones de la época prerrevolucionaria. Tenía allí un piso individual repleto de estampas letonas, jojlomá[22] de imitación, vinilos extranjeros y libros de arte. Hasta en el retrete había expuesta una Nefertiti de yeso pintado.

La amiga me echó un vistazo y se fue a preparar el café. Su manera de chancletear revelaba cierta antipatía. Pude apreciar que la había impresionado más bien poco.

Después dispuso unas tazas. Apenas un segundo más tarde reapareció con una blusa de lana y zapatos blancos. Luego se puso una ligera gabardina gris. Antes de marcharse, me sorprendió con una pregunta:

—¿Le ocurre algo?

—Todo en orden —respondí con viveza.

Y hasta me entraron ganas de pegar un brinco.

Como el boxeador que, tras haber sido noqueado, intenta convencer al árbitro de que sigue vivo.

Nos quedamos a solas.

Lo primero que oí fue el tictac del despertador en su soporte de mármol. Luego escuché el goteo del agua, y enseguida se oyeron las voces de la calle. Por último, al otro lado de la pared, gimió tímidamente el cable del ascensor.

El perfil de las cosas brotó desde la oscuridad, como en un papel fotográfico. Vi la ropa tirada en la alfombra, mis vulgares sandalias, los finos zapatos escotados de Tasia.

De repente noté una presencia extraña. Alarmado, miré a mi alrededor y observé una jaula encima del armario. Un pajarillo rosa inclinaba la cabeza y se dedicaba a observarme con arrogancia.

Apagué el cigarrillo. Un cenicero con forma de neumático yacía sobre mi vientre. El fondo estaba frío.

No sé por qué me dio por anunciar:

—Tienes que contármelo todo.

Se hizo el silencio. En la escalera, alguien arrastraba un cubo de basura. Tasia entrecerró los ojos. Susurró, casi con miedo:

—No te entiendo.

—Tienes que contármelo todo. Absolutamente todo.

Tasia dijo:

—No hagas preguntas.

Qué más hubiera querido yo que no hacer preguntas. Pero tenía muy claro que iba a estar haciendo preguntas hasta el final. Y que todas serían, en resumidas cuentas, variaciones sobre un único tema:

—O sea, que no he sido el primero.

En aquella época, el aspecto cuantitativo poseía cierta relevancia. Hasta cumplidos los treinta, siempre me habían respondido lo mismo:

—Has sido el segundo.

Más tarde, tuve relación con una chica que trató de persuadirme de que había sido el tercero. Me dejó tan estupefacto que estuve a un pelo de pedirle que se casara conmigo.

Ocurre a menudo que, con solo mencionar ciertas cosas, pierde uno el sosiego para siempre. Todos conocemos el dolor de las palabras no dichas. Pero la palabra dicha, pronunciada, puede no solo herir sino determinar nuestro destino. A mí me ha pasado unas cuantas veces: le dices a una persona lo que piensas realmente de ella y el

resultado es que le tomas inquina para los restos.

—¡Tienes que contármelo todo!
—¿Para qué?… De acuerdo, está bien. Tuve una relación. Duró tres años.
—Y, entonces, ¿qué estás haciendo aquí?
—Bueno, si quieres, nos vamos.
—Quiero saber la verdad.
—¿La verdad? ¿Qué verdad? La verdad es que estamos juntos… La verdad es que lo estamos pasando bien… Esto es todo… ¿Qué otra verdad buscas tú? Hubo un hombre. Pasó el invierno, la primavera, un verano, un otoño… Después, otro invierno. Y otro verano. Y un día nos separamos. ¿De qué sirve ojear un calendario antiguo?…
Tasia se echó a reír, y en aquel momento pensé que podría abofetearla. Susurré, con rabia:
—Tengo que saber quién te ha enseñado todos esos trucos.
—¿Qué? —dijo con voz desdibujada.
Se me quitó de encima y se puso a vestirse, sin parar de repetir:
—Estás loco… Totalmente loco…

* * *

Mi mujer llamó al hotel a primera hora. Yo estaba en la ducha. Tasia fumaba, diseminando las cenizas sobre la manta. Fue ella quién contestó. Menos mal que lo hizo en inglés:
—Speaking.
Salí de un salto de la ducha tapándome con el rollo de papel higiénico. Le arrebaté el teléfono. Mi mujer preguntó:
—¿Quién era?
—La señora de la limpieza —dije.
Luego añadí, para quitarle hierro al asunto:
—Una dama de color, de unos sesenta y cinco.
—Qué hijo de puta —rezongó Tasia, aunque moderando el tono de voz.
Mi mujer preguntó:
—¿Va todo bien?
—¡Perfectamente!
—¿Cuándo vuelves?
—El miércoles.
—Cuando estés de vuelta, compra agua mineral.
—Hecho —y colgué el teléfono a toda prisa, no sabría decir por qué.

—¿Era tu mujer? —preguntó Tasia—. No la había reconocido. Dile

que me disculpe. Me cae bien… Siempre tan discreta, casi imperceptible…

Tomamos un café. Yo me tenía que ir al simposio. Los planes de Tasia eran otros. Me preguntó:

—Por cierto, ¿tienes dinero?

—Es la segunda vez que lo preguntas… Algo tengo. Aunque tampoco es que me sobre, naturalmente.

—Necesito hacer unas compras.

—¿Qué necesitas, en concreto?

—Salvo cepillo de dientes, necesito de todo.

Mi gesto puso de manifiesto una cierta perplejidad.

—No te asustes. Puedo usar mi American Express.

—Buena idea —contesté.

Llamaron de la oficina. La secretaria me leyó un télex de nuestra sede principal, en Colonia. Entre las varias instrucciones, destacaba una bastante enigmática:

«Reducir al doce por ciento los materiales de autor».

Reflexioné: ¿qué podía significar una orden semejante? Ni siquiera disponíamos de una cantidad fija asignada a materiales de autor. La cifra dependía de una amplia variedad de factores. ¿A cuánto equivaldría el doce por ciento de un total incuantificable?

La historia me hizo recordar los tiempos remotos de la mili. Cuando estuve de celador en una colonia penitenciaria. Cierta vez, un capataz de la colonia le dijo a uno de los reclusos:

—¡Tú, agarra la pala y a cavar!

—¿A cavar qué?

—¡Te lo voy a decir en cristiano: que agarres la pala y a cavar!

—¿Pero a cavar qué? ¿Qué tengo que cavar, y dónde?

—Ah, ¿que no entiendes? ¿Quieres un traslado a primer grado? ¡Que agarres esa pala ahora mismo y te pongas a cavar!…

Lo más sorprendente fue que el preso acabó tomando una pala y se puso a cavar…

Yo actué de forma parecida. Dicté a la secretaria el télex con la respuesta:

«Los materiales de autor han sido reducidos en un once coma ocho por ciento».

Y añadí: «Lo que ha venido aparejado con una notable mejoría en la calidad del material».

Esa es la mejor manera de combatir contra el absurdo. Con

reacciones igualmente absurdas. A ser posible, con sigilosa demencia.

Tenía que ir a una reunión. Tasia se quedó en el hotel. Mientras salía de la habitación, vi que se estaba enrollando un turbante en la cabeza, sirviéndose de una camisa hawaiana mía.

Aquel día conseguí asistir a tres sesiones. En las tres, fui testigo de otros tantos reencuentros estelares. El primero tuvo lugar en el Danover Hall.

Uno de los ponentes de la sección político-social era el redactor jefe de la revista mensual Nuestros Días, Arkady Foguelsón. A grandes rasgos, sus posiciones coincidían con las de los demás congresistas. Foguelsón aseguraba, por ejemplo, que los sóviets se hallaban «en una profunda crisis». Que la emigración era «un «laboratorio de la libertad» y «una filial de la Rusia venidera». Nos sermoneó un poco en relación con «nuestra misión». Hizo hincapié en «el papel de Rusia en la historia»…

Una voz poderosa y nítida se alzó desde el público:

—Arkasha, polla de morsa… ¿Qué te pasa? ¿Ya no reconoces a los viejos amigos?

Un hombre delgado y de enorme estatura se dirigió hacia la tribuna desde las filas traseras. Foguelsón pareció alarmarse. Hizo un movimiento apenas perceptible para echarse a un lado, pero se quedó en donde estaba. Por fin, logró pronunciar, casi afónico del susto:

—Hombre… Borís Petróvich… ¿Cómo no voy a reconocerlo?… Claro que lo reconozco…

—Baruj Pinjúsovich —corrigió el hombre acercándose a la tribuna —. ¿Estamos? Borís Petróvich Lisitsyn ya no existe. Este que ve aquí es Baruj Pinjúsovich Fuks.

El hombre asestó a Foguelsón un dilatado abrazo. Luego se dirigió al público:

—Hace treinta años me convertí en corresponsal obrero. Por entonces, el señor Foguelsón era redactor en El Pionero de Narym. Le envié unos cuantos reportajes sobre las gentes del mundo del trabajo. Todos fueron rechazados, sin excepción. Yo preguntaba: ¿no ha de haber quien publique a un pobre currante? Nadie respondía.

»Más tarde, míster Foguelsón se ocupó de un periódico de provincias, El Uraliano. Conque me divorcié de mi mujer y me instalé en Kémerovo. Y continué enviando mis reportajes a míster Foguelsón de forma regular. Míster Foguelsón siguió rechazándolos sistemáticamente. Yo preguntaba: ¿pero es que nadie va a publicar a un pobre currante? Nada, no obtuve respuesta.

»Posteriormente, míster Foguelsón fue nombrado director de la revista Sindicatos Soviéticos. Yo me divorcié de mi nueva mujer y me trasladé a Moscú. Pero no dejé de enviar mis materiales a míster Foguelsón. Ya podréis suponer que el individuo los rechazaba, como siempre. Y yo, en mis trece, preguntando: ¿no va a querer nadie publicar a un pobre currante? Ni una palabra.

»Un día me enteré de que míster Foguelsón había emigrado a Israel. Me divorcié de mi tercera mujer y solicité el permiso de repatriación. Pasado un año, me establecí en Haifa. Volví a enviarle a míster Foguelsón mis reportajes sobre gente trabajadora. Míster Foguelsón, por su parte, insistió en rechazarlos. Yo preguntaba: ¿será posible que nadie aquí vaya a publicar a un currante? Por toda respuesta, el silencio.

»Finalmente, míster Foguelsón se ha instalado en América. Yo me he divorciado de mi cuarta mujer. Y heme aquí, en Los Ángeles. Y ahora, insisto, a usted se lo pregunto… ¿Qué demonios pasa, hijo de la gran puta? ¿Que no va a haber nadie dispuesto a publicar a este pobre currante?».

Hasta ese momento, Foguelsón había permanecido callado. De pronto, palideció, se tambaleó, hizo un elegante movimiento de bailarín y se desplomó en el suelo.

Cundió cierto pánico. Aprovechando el momento, hui de la sala. Salí al porche y fumé con alivio. Luego me dirigí a la biblioteca parroquial. Allí comenzaba el almuerzo, que sería el escenario de otro sensacional reencuentro.

El bufé había sido instalado en una de las salas. Armados de platitos desechables, los invitados navegaban entre las mesas. Los americanos preferían las frutas y verduras. Los rusos se inclinaban por los embutidos y, sobre todo, por el vino blanco. Tras servirse los platos, los americanos se ponían a charlar. Mis paisanos, en cambio, se dispersaban de uno en uno por los rincones más aislados para ocuparse de la pitanza.

Me serví el vino y caminé hacia una ventana abierta. Allí, en la estrecha veranda, se había reunido un grupo en torno al poeta Abrikósov, que explicaba, lleno de emoción:

—La opinión de los lectores ya no tiene importancia para mí. No me interesa nada lo que puedan decir los críticos. Me importa un rábano cómo se enfrentarán a mis versos las generaciones futuras. Lo único que me importa es que le gusten a mi papito… ¡Padre mío!…

Observé a un tipo rechoncho sentado junto a Abrikósov. Una montaña de huesos de pavo se elevaba sobre el plato de papel que tenía delante. En su actitud se percibían ternura y desconcierto.

—¡Papá! —gritó Abrikósov—. ¡Tú eres mi único lector! ¡Mi único

crítico literario! ¡Mi único juez!

En ese momento, Lemkus, el enigmático activista religioso, me susurró al oído:

—Conviene recordar que el sujeto conocido como «papá» hizo su aparición hará menos de una hora.

—¿Y…?

—Es la primera vez que se ven. Papá dejó preñada a mamá y desapareció del mapa. Se ha pasado la vida vagabundeando. Perseguido, allá donde fuera, por una sentencia de pago de pensión. Mejor dicho, por varias sentencias, en relación con distintas mujeres. Por fin, consiguió emigrar a Israel. Allí se permitió respirar tranquilo… Pero justamente entonces Abrikósov se convirtió en disidente. Al cabo de un mes lo expulsaron de la URRS. Y fue así como se conocieron.

Embaucador experimentado, di al momento con el titular de mi futuro guion radiofónico: «Encuentro en libertad».

A continuación, apuntaría algo como:

«Tras treinta y seis años separados, los Abrikósov, padre e hijo, pasaron la noche entera conversando…».

El tono de Lemkus se hizo aún más íntimo:

—Es solo una de las leyendas. Otra dice que, en realidad… son amantes.

—¡Dios mío!

—Se rumorea que mantienen una relación. Que se conocieron en Israel. Pero que allí el asunto ese está muy mal visto. Así que se vinieron a América. Se presentan como padre e hijo para no levantar sospechas. En realidad, no tienen parentesco alguno. Hasta sus apellidos son diferentes. Por no mencionar el hecho de que Abrikósov es un seudónimo. El verdadero apellido del sujeto es Katsenelenboguen…

De repente me asaltó un tremendo dolor de cabeza. Me despedí del activista religioso y me dirigí a la galería de Morris Lurie.

Allí, el discurso del escritor y editor Bolshakov estaba llegando a su fin. Se había referido a las atrocidades de la censura soviética. Al fusilamiento de Gumiliov. Al acoso a Pasternak y a Bulgákov. Al suicidio de Leonid Dobychin[23]. A las novelas que habían tardado cuarenta años en ser publicadas.

Para terminar, Bolshakov dijo:

—En Rusia, la imprenta y la censura surgieron a la vez. Pushkin, Herzen, Dostoyevski y Schedrín sufrieron a manos de los censores. Sin embargo, en aquella época los límites impuestos a la libertad dejaban margen para una infatigable lucha por la ampliación de esos mismos

límites. Nekrásov se pasó la vida combatiendo contra la censura, y en algunas ocasiones salió victorioso. Solo en nuestra época —continuó Bolshakov— la censura ha alcanzado una dimensión omnímoda. Solo en nuestra época la censura se ha dotado de un mecanismo punitivo que nunca falla. Solo en nuestra época la lucha contra la censura se equipara a la conspiración…

Apenas Bolshakov hizo mutis, una americana de mediana edad salió al pasillo que separaba las filas.

—¡Acabemos con la censura —gritó—, en Rusia y en Occidente!… Ha mencionado usted a Pasternak y a Bulgákov —prosiguió—, pero lo que ocurre conmigo es exactamente lo mismo. La censura se ensañó con mi mejor novela, Come back, espermatozoide. Dos escuelas, en Connecticut y en Alaska, se negaron a adquirirla para sus bibliotecas. ¡Propongo que creemos una asociación internacional de víctimas de la censura!

—Ese ya no vuelve… —murmuró, en el asiento de atrás, Gurfínkel.

—¿Quién?

—El espermatozoide —aclaró Gurfínkel—. Yo, al menos, no volvería… A mí ya no me veían más el pelo.

Erdman, teórico de la literatura, presentó una ponencia titulada «La libertad del mañana». Se refería a lo que podríamos denominar «libertad interior», propia de naturalezas auténticamente artísticas. Después Erdman respondió las preguntas de los asistentes. Un joven americano con pinta de estudiante de Derecho o de Odontología pidió la palabra:

—En Rusia no existe verdadera libertad. Tampoco en América. ¿Cuál es la diferencia, entonces?

—Existe, efectivamente, una diferencia importante —contestó Erdman, algo molesto—. Aquí dices eso y luego te marchas conduciendo tu propio vehículo en dirección a tu casa. Tranquilamente. En cambio, hasta hace poco, el habitante de Moscú o de Leningrado que dijera algo parecido habría sido conducido en un vehículo oficial no a su casa, sino a prisión preventiva.

A continuación, otro sensacional reencuentro tuvo lugar. El tercero.

Guliáyev, en otro tiempo abogado del Estado, disertaba sobre la «Constitución de la nueva Rusia».

El informe tenía como subtítulo: «Los fundamentos jurídicos del futuro Estado democrático».

Se hacía referencia a una especie de federación territorial. A un enigmático consejo de ancianos. A un sistema jurídico que instauraría como pena capital la deportación del país.

En los pasillos, una multitud de partidarios y de admiradores rodeó a Guliáyev. Él prosiguió, dando explicaciones, comentando una cosa y refutando la otra. Según Guliáyev, el futuro se adivinaba diáfano como un arcoíris.

En ese preciso instante, un emisario del pasado hizo irrupción. Primero se oyó un escándalo procedente de las filas de atrás. Gritos entrecortados llegaban desde allí:

—¡A ese pasma le voy a hacer un traje de madera!… ¡Se va a tragar sus putas botas de hule!…

Era Karaváyev, acreditado defensor de los derechos humanos. Shaguin y Litvinski lo sujetaban. Karaváyev no conseguía zafarse, pero se las apañó para propinar a Guliáyev una patada en el bajo vientre.

—¿Te acuerdas de mí ahora, esbirro de los cojones?

Escudándose con un maletín y cerrando las piernas en un gesto de dolor, Guliáyev exclamó:

—Lo que no recuerdo es que nos tratásemos de tú…

El luchador por los derechos humanos trató de lanzarse sobre él de nuevo. Pero Shaguin y Litvinski lo asían firmemente de los brazos.

Karaváyev no quería calmarse:

—¿Recuerdas la comisaría del distrito Oktiabrski? ¿El juzgado de la calle Kaluguin, nueve? ¿Te acuerdas de los veinticinco años que me echaste?

Guliáyev trató de explicarse, vacilante:

—Es cierto. Así fue. No lo niego. Pero tomen nota: ocurrió antes de tener mi revelación. Antes de mi épica transformación de raíz ética.

—¡Voy a matar a esta rata! —anunció, ávido de pelea, Karaváyev.

Shaguin trató de apaciguarlo:

—Es cierto, no estaría de más partirle la cara a ese individuo. Pero hágalo en cualquier otro sitio. No vaya a ser que los americanos consideren que todavía no somos lo suficientemente tolerantes.

Salí al balcón. El paisaje de Los Ángeles se desplegaba ante mí. Abajo, amontonados en el cruce, pitaban con vehemencia los coches. Sin prestar la más mínima atención al nerviosismo de los conductores, una mujer atravesaba la calle. Vestía una especie de calzones de gasa transparente y un turbante violeta.

Comprendí que los conductores se habían detenido aposta. Y que dejaban constancia de su viril caballerosidad utilizando el claxon. Era Tasia, claro.

Me vio y se acercó a la acera. Miró hacia arriba protegiéndose los ojos con la mano y me inquirió:

—¿Tienes leche? ¿O crema agria?

—No, lo lamento —respondí—. Tenía, pero se me han acabado.

Tasia sonrió enigmáticamente, como si me estuviera preparando alguna agradable sorpresa:

—Verás: he comprado un cachorro. Un basset hound de dos meses. No tengo dinero. Lo he pagado con la tarjeta de crédito. Pero la lechería no acepta tarjetas…

—Veamos —pregunté—, ¿dónde está ese pobre cachorro?

—En el hotel, naturalmente. Le he fabricado un nidito muy acogedor.

—¿Con mi traje de gala?

—¿Cómo que con tu traje? Solo me ha hecho falta el pantalón.

—Un perro era lo único que te faltaba —dije.

Tasia me miró con extrañeza:

—No es para mí. Es para ti. Es un regalo, por el Día de la Independencia. ¿A que siempre has soñado con tener un perrito?

Desmoralizado, pasé un minuto estudiando los contornos de las casas en el horizonte. Luego oí: «La leche podrás comprarla por el camino. Pero ¿y los cigarrillos?».

Desperté de mi ensueño.

—¿No crees que es muy joven para fumar?

—No te hagas el gracioso. ¡Y baja de una vez! Menuda escenita, con balcón y todo… Es hora de comer. Eso si llevas dinero encima, naturalmente…

* * *

Tasia y yo nos veíamos casi a diario. A menudo despertábamos juntos en casa de alguna amiga suya. Antes de despedirnos, nos citábamos para volver a vernos.

Poco a poco, nuestro estilo de vida se fue apartando de las vetustas tradiciones universitarias. Se acabaron las fiestas ruidosas y las conversaciones sobre Hemingway, Joyce y la medicina tibetana. Atrás quedaron los resecos bocadillos de paté de calabacín. Las miserables caricias en el rellano de la escalera cayeron en el olvido.

Por fin se iban cumpliendo mis expectativas acerca de la vida adulta. Acerca de las peligrosas tentaciones. Acerca del escepticismo genuino de los treintañeros, hombres y mujeres. Acerca de placeres que, por aquel entonces, aún no me inspiraban temor.

El círculo de amistades de Tasia estaba compuesto por abogados, médicos, artistas y otras gentes del mundillo. Personas tranquilas, imperturbables y, por lo que me parecía a mí, bastante adineradas.

En los restaurantes, con bastante frecuencia, se ocupaban de pagar mi parte. Nunca se olvidaban de mí a la hora de conseguir pases para

el teatro. Siempre me reservaban un asiento en el coche cuando la compañía ponía rumbo al sur.

Me trataban con amabilidad y corrección. A pesar de todo lo cual, yo era consciente de que, por mí mismo, sin Tasia, no habría podido considerarme su amigo.

Me fijaba mucho en aquellos hombres y trataba de averiguar cuál de ellos, en secreto, andaba detrás de mi novia. Debo precisar que todos se comportaban con gran educación y naturalidad al mismo tiempo. Único modo aceptable, entre ellos, de expresar los sentimientos.

Tardé bastante en descubrir los rasgos que compartían aquellas personas tan diferentes. Finalmente, di con los tres fundamentos de su espontánea hermandad: el bienestar económico, una cierta elegancia y una actitud irónica ante la vida.

Todavía no había caído en la cuenta de que el dinero suele ser una carga. De que la elegancia no es sino una forma pedestre de la belleza. De que la ironía constante es el arma preferida de los indefensos, si no la única.

Por supuesto, todos ellos atraían a las mujeres. Los envidiosos creen que la causa de la atracción que los ricos ejercen sobre las mujeres es el dinero. El dinero o lo que se paga con él.

Yo también pensaba así, pero tengo comprobado que es mentira. No es el dinero lo que atrae a las mujeres. Tampoco los coches, ni las joyas. Ni los restaurantes, ni la ropa cara. Ni el prestigio, la riqueza o la elegancia. Lo que atrae a las mujeres es el poder que confieren el prestigio, la riqueza y la elegancia. Ese poder que unos poseen y del que otros se hallan absolutamente desposeídos.

Tasia fue como si amaneciera sobre mi vida, como si hubiera inundado de luz todos sus recovecos. Y fue así como perdí mi sosiego. Me convertí en un país en guerra, sorprendido por el enemigo en un segundo frente.

Hasta ese momento, me había dedicado al egocentrismo. Ahora me tocaba cuidar de otro. Y, lo que es peor aún, amar a otro. Como habría dicho León Tolstói, una zona de vulnerabilidad añadida había hecho aparición en mí.

Lástima que no recuerde cuándo fue la primera vez que lo sentí. Porque lo cierto es que ese fue el día en que nací de verdad.

Nuestro estilo de vida llevaba aparejados dispendios considerables. Los amigos de Tasia se hacían cargo de ellos las más de las veces.

Naturalmente, nunca me lo echaban en cara. Y, por regla general, obraban en ese aspecto con un tacto admirable. (Puede ser que lo hiciesen por el desprecio que me tenían). En resumen, que todo aquello me resultaba muy doloroso.

Recuerdo que el doctor Logovinski me puso en la mano cuatro rublos sin que lo viera Tasia, mientras ella pedía un taxi. Seguramente, mi gesto dubitativo se lo habría sugerido.

Recuerdo que fue la cantidad en sí, cuatro rublos, lo que me conmocionó. Era de una ultrajante exactitud. Aquellos cuatro rublos fueron, como dicen los matemáticos, tan necesarios como suficientes. ¿Puede alguien concebir un insulto mayor?

Primero vendí mi exigua biblioteca, que cabía casi entera sobre mi mesita de la residencia de estudiantes. Después, dejé el reloj y mi chándal de lana en la casa de empeños. Entré en relaciones con esa institución y con sus correspondientes colas y recibos, con su ambiente de miseria y melancolía.

Mientras Tasia estuviera conmigo, conseguía no pensar en el asunto. Pero, en cuanto nos despedíamos, la quimera de las deudas me envolvía como un denso nubarrón.

Despertaba sintiéndome un desgraciado. Pasaba horas sin ser capaz de vestirme. Planifiqué, con absoluta seriedad, el robo de una joyería.

Comprobé que las ideas de un amante falto de recursos siempre apuntan al delito.

Pedía prestado dinero sin tener ni remota idea de cómo podría devolverlo. Pronto las deudas se convirtieron en mi más cotidiana pesadilla.

El bolsillo de mi chaqueta estaba medio arrancado. Mi pantalón, no el mejor, sino, a decir verdad, el único de que disponía, necesitaba un arreglo.

Por supuesto, hubiera podido ganarme la vida como todo el mundo, descargando vagones en la estación de mercancías. Pero eso me habría obligado a dejar desatendida a Tasia. Cinco o seis horas como mínimo. En resumen, esa posibilidad resultaba inadmisible.

La especie humana se divide en dos categorías. En dos grupos. Los del primero, hacen preguntas. A los del segundo les toca contestar. Los unos se dedican a interrogar. Los otros callan y fruncen el ceño a modo de respuesta.

Se dice que los niños de cinco años son capaces de atormentar a

sus allegados con una asombrosa cantidad de preguntas. Con una batería de hasta cuatrocientas preguntas diarias.

A medida que nos vamos haciendo mayores, cada vez preguntamos menos. La gente de cierta edad deja de hacerlo del todo. Salvo que sean profesores o académicos y que tengan que examinar a los estudiantes. Si bien es cierto que dichos académicos conocen de antemano las respuestas.

Soy capaz de reconocer a un inquisidor a un kilómetro de distancia. Distingo a los individuos que encajan en esa categoría por la aureola de fracaso que los rodea.

Los amigos de Tasia nunca hacían preguntas. Y yo no hacía más que preguntar:

—¿Por qué no llamaste ayer?

—No me fue posible.

—¿No será que no te dio la gana?

—No pude. Tuvimos invitados: mi tía y mi primo.

—Y no pudiste llamar…

—Sí que te he llamado… Hoy.

—Hoy no hacía falta.

—Basta ya.

—Está bien. No me importa que no me llames. Lo que me importa es que no te vino en gana llamarme. Podías haberlo hecho, pero no te vino en gana…

Y así sucesivamente.

En aquel período, mi rendimiento académico disminuyó de manera notoria. En cuanto a Tasia, siempre había sido una alumna poco aplicada. Nuestra integridad moral fue puesta en cuestión por el decanato.

Tengo comprobado que, por regla general, la integridad moral es lo primero que se suele poner en cuestión cuando uno tiene deudas y está enamorado.

El examen que más me agobiaba era el de Gramática Alemana. Al principio, mi postura consistió en no pensar en ello en absoluto. Después cambié de táctica e intenté tomar la Gramática de marras al asalto. De resultas, mi muy transparente ignorancia acabó por ceder ante unos tan desasosegantes como tentadores conocimientos dispersos.

Todas las palabras alemanas me sonaban igual. Salvo, tal vez, los nombres de los líderes del proletariado mundial.

Me rondaban extraños ensueños. Fantásticas apariciones brotaban en mi imaginación.

El caso era que Inna Kleméntievna Gauk, mi profesora de alemán, tenía un hijo de dieciséis años. De manera que, digamos, voy por la calle. Veo a unos tipos enormes agrediendo al muchacho indefenso. Me enzarzo en una riña contra los pandilleros. Sus gritos de socorro atraen a todos los hampones del barrio. Alguien me mete un navajazo en la espalda.

—Corre —le susurro al imberbe Gauk.

Lo último que llego a ver son las grietas en el asfalto. Lo último que llego a oír, el aullido de la ambulancia. Luego, oscuridad…

Inna Kleméntievna viene a visitarme al hospital:

—Ha salvado la vida a mi Arturka.

—No tiene importancia —digo yo.

—Pero tuvo que jugársela.

—Naturalmente.

—Tengo una deuda impagable con usted.

—Olvídelo.

—No, no, dígame, ¿hay algo que pueda hacer por usted?

Lívido, anémico, desnutrido, me incorporo para responderle:

—Apruébeme.

La frau menea el dedo con gesto de reproche:

—Voy a hacer una excepción, aun quebrantando mis principios. Solo espero que domine la lengua de Schiller y Goethe en el futuro…

—En cuanto me quiten los puntos.

—A propósito, ambos elogiaban la valentía en un hombre.

Le doy a entender lo próximo que siento el asunto con una débil sonrisa.

— Auf Wiedersehen —dice Inna Kleméntievna.

—Ciao! —contesto yo.

La realidad fue bien distinta. Tardé en superar los titubeos, pero al final me dirigí al maldito examen.

Inna Kleméntievna y yo nos recluimos en un aula pequeña. La profesora me entregó una hoja, fina como papel de fumar, con un texto en alemán. Lo estudié durante unos cuatro minutos. Sentía animadversión hasta por la tipografía. Los puntitos de los cojones encima de la «u» me parecían lo más repulsivo de todo.

De pronto, las impenetrables tinieblas se iluminaron con el fulgor de un nombre reconocible: Engels. Lo leí casi a gritos y volví a callarme.

—¿Qué es lo que no entiende?… —preguntó Inna Kleméntievna.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, usted.

Señalé algo al azar.

—Mein Gott! Pero si esto es pan comido. Hätte gegangen, el pluscuamperfecto de gehen.

Claro y conciso, pensé. Oí la voz de Inna Kleméntievna:

—Entonces, ¿cuál es la dificultad? Empiece a traducir. ¡Vamos, hágalo!

—¿Sin leerlo?

—Léaselo, pero no hace falta que sea en voz alta.

—Verá usted…

—¿Qué?

—Si debo serle sincero…

—¿Qué pasa?

—Esto no está en cristiano… Usted disculpe…

—¡Fuera! —gritó la frau con una voz inesperadamente aguda—. ¡Lárguese de aquí!

Llamé al jefe del aula de Educación Física. Le rogué que me consiguiera unas prórrogas. Martirosián se limitó a repetir:

—Prometías mucho, tú. Pero eso era antes. Ahora no estás en forma, ni mucho menos. Buscaré una solución para todo, pero solo si te pones a trabajar. Dentro de un mes tenemos torneo en Kishinev…

Por supuesto, le di mi palabra de que iría a Kishinev. Aunque, en realidad, la idea misma de semejante viaje era inadmisible. Separarme de Tasia, siquiera unos días, me habría resultado insoportable.

Se diría que todo se había vuelto en mi contra. Sin embargo, vivía prácticamente sin preocupaciones. En aquella época, conseguía apañármelas para interpretar los hechos de la manera más favorable posible para mí. Tarde o temprano, a todo aquel que se pasa la vida haciendo preguntas le llega la hora de aprender a dar respuestas.

Como ya he dicho, vivíamos con desahogo y alegría. Frecuentábamos varios restaurantes. Casi a diario acabábamos de visita en casa de alguien.

En general, todos los amigos de Tasia me caían mal. Aun así, procuraba ganarme su simpatía. Me partía ruidosamente de risa con sus chistes. Ofrecía mis servicios cuando había que ir a por coñac.

A Tasia aquello la sacaba de quicio. Si alguien me decía:

—Ya que está en la cocina, traiga una silla.

Tasia ordenaba, con voz apenas audible:

—Ni caso.

Era así como peleaba por mi dignidad.

Tasia me adoctrinaba en materia de modales. La regla número uno dictaba: nada de nervios. No debía revelar mi desbordante temperamento. Solo sonreír con aire distraído, como corresponde a un verdadero gentleman.

Para hacer justicia a los amigos de Tasia, hay que admitir que, si bien sus opiniones carecían de gracia o de profundidad, actuaban por lo general con benevolencia y con calma, al contrario que yo. Sus juicios adquirían de ese modo una admirable monumentalidad.

En resumen, que cuanto peor me caían, más me esforzaba en congraciarme con ellos.

Cuando yo volvía a casa a la hora prevista, Tasia no siempre estaba allí. En ocasiones me llegaban rumores de que la habían visto con alguien en la calle, o en un restaurante. En un par de ocasiones, noté que se sentía atraída por algún otro.

Solía comportarse con rudeza con aquellos que despertaban su interés. Exactamente igual que había hecho conmigo cuando nos conocimos. Recuerdo que una vez le dijo a un estraperlista:

—¿Quiere saber lo que parece usted? Parece una pitón parapléjica a la que dejan vivir en el zoo simplemente por compasión…

Lo sentí como una traición. Porque a mí me había dicho algo parecido. Una tontería, en suma, que me tuvo humillado y mortificado por los celos una semana entera.

El sufrimiento me obligaba a hacerle infinitas preguntas. Empleaba una ridícula entonación interrogativa incluso a la hora de poner verdes a sus conocidos:

—¿No te parece que Árik Shulman es simplemente imbécil?…

Mi intención era desacreditar a Árik a ojos de Tasia, y lo que lograba era, naturalmente, todo lo contrario.

Todos los hombres que yo conocía trataban a Tasia con amabilidad y corrección. Todos le manifestaban aprecio y amistad. Únicamente eso. Sin embargo, mi vida estaba llena de miedo. Sospechaba que todos eran secretos perseguidores de mi amada.

Me encontraba dispuesto a pelear por mi amor y me dolía que mi actitud no fuera bien vista en aquel ambiente. Que no fuera una conducta admisible en aquella compañía.

Pero si me preguntaran si sentía odio hacia aquella vida, contestaría que en absoluto. Me odiaba y me maldecía únicamente a mí.

Arrostraba todas las desgracias como castigo por mis pecados. Tenía cualquier agravio por fruto de mis propios errores. De manera que Tasia siempre era inocente. Y yo no dejaba de preguntarme: «Si

ella tiene razón, ¿quién tiene aquí la culpa?».

El sentimiento de culpa que sentía iba adquiriendo las hechuras de una auténtica enfermedad mental. Había veces en que ni siquiera tenía que ver con Tasia.

Un día vi por la calle a un muchacho minusválido cojeando junto a una verja. Seguramente habría padecido la polio de niño. Ahora cada paso que daba le costaba un esfuerzo enorme. Caminaba sacudiendo los brazos y torciendo el gesto.

Luego se dirigió a una chica con zapatos rojos. Supuse que quería que lo ayudara a subir a un peldaño de hormigón…

—¡No puede solo! ¡No puede solo!

La chica gritó estas palabras con el tipo de voz falsa y deliberadamente animosa que adoptan esas escuálidas alumnas de primaria que no han conseguido ganar peso durante las vacaciones de verano.

El chico dio otro pasito torpe y dijo, con feroz amargura:

—Tengo enfermas las piernas.

Me derrumbé en un banco. Tasia siguió adelante sin apresurar el paso. Tampoco miró atrás. Permanecí en el banco. Como si el que tuviera las piernas enfermas fuera yo. Tratando de escapar así del chico y de su desgracia. ¿Era yo acaso el responsable de sus lesiones?

Otra vez me fijé en una mujer vestida con ropa oscura y ajada. Escrutaba el interior de un cubo de basura. Sacó de allí una pelota de tenis. Limpió la pelota con la manga y se la metió en el bolso.

—Es para Lionka —dijo, como tratando de justificarse.

Seguí a la mujer hasta la avenida Lígovski. ¡Con qué gusto le habría regalado yo a su Lionka un montón de juguetes de los caros! Y no porque tuviera buen corazón. Nada de eso. Pero tenía una culpa que pagar, y trataba de negociar el precio.

Era consciente de que me iban a expulsar de la universidad. Pero solo me alarmé cuando supe que no todo estaba perdido. Por lo visto, nuestra célula del Komsomol se había reunido para debatir mi caso. Habían elaborado ciertas «recomendaciones» para orientarme. Mis camaradas me hicieron objeto de su amistoso apoyo. Se volvieron más atentos que nunca conmigo. Deseaban sinceramente lo mejor para mí. Incluso hoy recuerdo sus desvelos lleno de gratitud.

Me aconsejaron unos cuantos libros de los que extraería de forma natural los conocimientos necesarios. Se mostraron dispuestos a darme clases particulares. Liova Gurálnik llegó incluso a regalarme sus chuletas, fruto de una ardua labor de singular virtuosismo.

Todo fue en vano. Tasia y yo pasábamos las tardes en blanco, sin

hacer nada de provecho. Por las mañanas, ella preparaba los exámenes y yo me entregaba otra vez a mi obsesiva vagancia. Cosa que, por cierto, me hacía consumir muchísimo tiempo.

Me pasaba las horas estirado en la cama, analizando los pormenores del comportamiento de Tasia. Devanándome los sesos acerca de qué habría querido decir con, por ejemplo: «Da la impresión de que careces totalmente de piel…».

Desde que nos conocimos, nuestra relación había ido adquiriendo un cariz de afectación, casi expresionista. Parecía que estuviésemos interpretando los ficticios papeles que los demás nos imponían.

La belleza de Tasia y, sobre todo, su estilazo vistiendo solían deslumbrar a la gente. Yo, por mi parte, llamaba la atención por mi fama como boxeador y mis dimensiones fuera de lo común. Por añadidura, trataba de conducirme como el típico escolta bruto y circunspecto. Expresión de la trasnochada idea de masculinidad por la que me guiaba en aquella época.

Me encantaba llevarle sus cosas, la polvera, el peine, el perfume. Hacerle de porteador. Siempre andaba agarrando su bolso o su paraguas. Y si notaba alguna mirada burlona, no me daba por aludido. Me hacía hasta ilusión. «El amor todo lo soporta», me repetía. Frase que no sabría a quién atribuir.

En enero, frente al decanato, publicaron la lista de los expulsados. Mi apellido, que empezaba por la letra «d», aparecía en tercer lugar.

Ni siquiera acusé el golpe. Para empezar, estaba preparado para la llegada de aquel día. Además, me había matriculado en Letras casi por casualidad, de modo que no veía ningún problema en abandonarlas. Pero la causa principal era que me había vuelto incapaz de reaccionar ante nada. Nada que no fueran las palabras de Tasia, por supuesto.

Al día siguiente, había un chiste en el periódico de la universidad. El título rezaba: «Ocho, nueve… ¡K. O.!». La ilustración mostraba a un tipo adusto abrazando por la cintura a una nota académica, concretamente un dos, cuyo aspecto, gracias a la imaginación del artista, recordaba al de una mujer joven y licenciosa.

Averigüé quiénes eran los autores, el cronista y el caricato. El segundo logró esconderse en la oficina de Lingüística Comparada. Al primero le metí dos trompazos con las botas de importación de Tasia.

Seguí durante algunos días en la residencia de estudiantes. Debía devolver libros y manuales a la biblioteca, pero me producía una pereza insuperable. A lo largo de los años siguientes me perseguirían las notificaciones y las amenazas de multa multiplicadas por diez.

A veces, en los momentos más inesperados, el miedo me paralizaba. De repente se me revelaba la total incertidumbre de mi existencia.

Hice la maleta. Luego me despedí de los compañeros de la facultad. Todos me aconsejaban mantener firme el ánimo. Sonreían y aseguraban que todo iría bien.

Había algo en su forma de actuar que me ponía nervioso. Recordé algo. Unos quince años atrás, mi padre había caído enfermo. Fui enviado a buscar una bolsa de oxígeno para él. Iba llorando por la calle cuando me tropecé con el profesor de Trigonometría, Butkis.

—No te agobies —dijo Butkis—, los médicos siempre se equivocan. Todo saldrá bien.

Lo odié. Desde ese momento. Los médicos no se equivocan. Y los padres enferman y mueren.

¿Qué podía salir bien a partir de entonces?

La gente suele intentar mantenerse al margen de las desgracias ajenas. Trata de conservar intacta la quimera del propio bienestar. Teme lo que pueda aguardarle a la vuelta de la esquina.

Va uno por la calle lleno de optimismo y de felicidad. Entra en el patio de su casa. Junto a una de las puertas espera aparcado un minibús azul con un crespón de luto pegado a la parrilla del radiador. Y, sin más ni más, el ánimo se le viene a uno abajo. Empieza a pensar en la muerte. Se da cuenta de que la muerte ronda por todas partes. Ronda hasta por el vecindario.

Tras abandonar la residencia de estudiantes, alquilé un cuarto de seis metros cuadrados en la zona del ensanche. Las ventanas del habitáculo daban a un solar lleno de chatarra. Tras la pared, un niño de dos meses se desgañitaba llorando. Tasia y yo nos referíamos a él como «ese discípulo aventajado de Louis Armstrong».

A mí la cosa no me molestaba ni poco ni mucho, estaba acostumbrado. En la residencia había compartido habitación con Rafa Abduláyev, trombón en la banda de jazz de la uni.

Lo importante era tener un cuarto propio. Ahora Tasia y yo podíamos estar a solas. Fue entonces cuando intimamos de verdad. Era como si hubiésemos ascendido a una cima desde la que podíamos distinguirlo todo. Lo bueno. Lo malo.

Comencé a pensar en ella a todas horas. En mi vida no existía un solo minuto de indiferencia. Y, por lo tanto, no había un solo minuto de paz. A cambio, sentía pavor a perderla.

Pero tampoco cuando las cosas iban bien me sentía feliz del todo.

Me volví brusco y altanero. Encontraba humillante la alegría que le inspiraba a Tasia. Creía que aquello me convertía en una buena compra. Me sentía agraviado y me volví también grosero. Todo me ofendía. Todo me hacía temer las secuelas de cada minuto de felicidad.

Utilizaba cualquier infortunio como expiación por mis pecados. Las cosas buenas, a su vez, me parecían un presagio de que se acercaba el momento de pagar.

No creía tener derecho al goce. Y no debía revelar mis sentimientos. Ni demostrarle a Tasia lo mucho que significaba para mí.

Me hacía pasar por persona reservada. Aunque siempre intuí que disimular el amor es mucho más difícil que simularlo.

Las primeras horas de la mañana eran mis preferidas. Salíamos de casa. Caminábamos por la calle iluminada por las farolas. Desayunábamos en una cafetería, en la plaza de la Paz.

Habíamos pasado juntos la noche entera. Y ahora, después de esa insoportable intimidad, el desinterés de la gente y la infinita variedad de aquellas vidas ajenas nos devolvían el sosiego.

En aquellos momentos me sentía casi seguro. En una ocasión, estuve a punto de echarme a llorar, porque Tasia, sin apenas mover los labios, musitó:

—Soy tan feliz…

Una mañana tras otra, salía de casa a buscar trabajo. Me movía en torno a las estaciones de mercancías, descifrando anuncios e interrogando a conocidos.

A veces me ofrecían algún empleo. Me proponían incluso ponerme a la tarea de inmediato. Pero, por alguna razón, rechazaba cualquier oferta. Pensaba: ¿mi vida va a cambiar por eso? Solo comportaría una cierta ilusión de normalidad, condenada a difuminarse en la venidera tormenta. Comprendía, o tal vez intuía, que, en el fondo, mis problemas no tenían solución.

Me preguntaba por qué no le había hablado aún de matrimonio, ni siquiera en broma. Por qué me empecinaba de manera incomprensible en rehuir el tema.

La respuesta era que en mi interior anidaban instintos de propietario. Sentía terror ante la idea de que Tasia fuera mía. Eso haría insoportable el dolor si llegara a dejarme.

Una vez convertido en su legítimo esposo, habría perdido para siempre la serenidad. Sería como el buscador de oro que ha dado con

una fortuna y que ahora pasa los días pistola en mano, custodiándola.

Seguía haciéndole preguntas. Curiosamente, la fórmula que más solía utilizar arrancaba siempre con alguna negación:

—¿No vas a venir?… ¿No te apetece verme?… ¿Es que ya no me quieres?…

Habría sido mucho mejor gritarle:

—¡Ven a casa! ¡Quiero verte! ¡Quiéreme!

Un día se lo dije: «Está bien, ¿quieres que nos casemos?».

Tasia me miró con extrañeza. Con gesto triunfante y despiadado. Y con algo de resentimiento también:

—Ni hablar.

A partir de aquel día, intenté persuadirla a diario. Le expuse mis motivos y desarrollé argumentos de toda índole. Durante un año entero había evitado cualquier comentario al respecto, y ahora, en cambio, no hacía otra cosa que repetir:

—Deberíamos casarnos… ¿Qué van a pensar tus padres?… ¡¿De qué nos sirve esta quimérica libertad?! Y cosas por el estilo.

Discurría para mis adentros:

«Haré lo que sea necesario con tal de que no se vaya. Trabajaré. Le regalaré ropa buena. Robaré si hace falta. Dejaré de acosarla. De intentar vengarme por el amor que le profeso…».

Al mismo tiempo, me juraba:

«En cuanto hagamos las paces, me iré… Me iré yo. Yo seré el primero en irse…».

Recuerdo un paseo. El viento recorría las calles oscuras, las luces de los coches hendían la cortina de nieve húmeda. Caminaba en silencio por miedo de enfadar a Tasia, de provocar su disgusto.

Iba pensando: «Ahora mirará el reloj. Se detendrá junto a la parada del trolebús. Se irá y yo me quedaré aquí. En esta franja iluminada de acera. Bajo la nieve».

Cualquier otro en mi lugar habría encontrado palabras claras y persuasivas que decirse a sí mismo:

«Tu situación no tiene arreglo. Debes irte. El mundo está repleto de mujeres dispuestas a consolarte. Lárgate ahora mismo. Y no mires atrás…

»Has aborrecido la humillación desde siempre. No te conviertas en un lacayo a estas alturas…

»Dices que es cruel contigo y que te habría gustado hablar con ella de todo esto por las buenas…

»Pero ¿qué hay de bueno en tu situación? Hasta hace nada, te

pertenecía plenamente. Y ahora solo exiges las migajas de su clemencia…

»Te dices: "Así que nunca hubo amor". Sí lo hubo. Pero el amor siguió su camino y tú te quedaste atrás. Mira aquella placa oxidada. Un trozo de hojalata verde con el número del trolebús… Del trolebús que acaba de partir…

»Te lamentas, alegando no tener culpa de nada. Has dejado de ser el hombre que necesita. ¿En serio no te consideras responsable?…

»Te desconcierta lo mucho que ha cambiado esta chica. ¡Y lo mucho que ha cambiado el mundo a vuestro alrededor!

»Hazme caso: el mundo no ha cambiado. La chica sigue siendo la misma: buena y atenta y algo coqueta. Pero solo el hombre que la haga suya lo descubrirá…

»Y tú te irás».

Una caravana de edificios nos acompañó hasta la valla del jardín.

Pasamos más de una hora sentados bajo los árboles. Cada ramita, con su blanca carga invernal, destacaba nítidamente sobre el fondo oscuro.

Me mantuve callado. El silencio saturado de miedo era lo único que me sostenía.

Mientras no hable, hay esperanza. La catástrofe se desencadenará en cuanto diga una palabra. No es casual que, ante el peligro, los hombres pierdan el habla. Luego emiten un grito postrero. Y les llega el final…

De donde se deduce que el silencio es garantía de vida. Y que el grito, en cambio, aniquila la última esperanza… Dónde habré leído yo estos versos:

Tal vez antes que los labios nacieron los susurros
Y en el orbe sin árboles giraban ya las hojas…[24]

Quise deshacerme de aquellos pensamientos a toda costa. Atraje a Tasia, tomándola de la mano. Le apreté los dedos, tan frágiles en el interior de la manopla. La llevé a mi casa.

Creo que aquel fue mi primer gesto sincero en toda nuestra relación.

Llegamos a casa; encendí la luz. Tasia dejó caer los brazos. No se quitó el vestido. Se liberó, lo dejó deslizarse. Como si de una pesada carga se tratara.

Empecé a quitarme la ropa, echando pestes de cada detalle de dicha ropa en particular, de los cordones de los zapatos, de la

cremallera. La cremallera se atascó, pero logré romper los cordones.

Finalmente, Tasia se tapó con la sábana. Sacó los cigarrillos y yo me fui a preparar el café.

Pero el café se enfrió… Apenas tomamos unos sorbos cada uno…

Era muy temprano. Metí los pies en mis chanclas, que se habían enfriado durante la noche. Tasia abrió los ojos.

Le dije:

—Incluso la mañana te favorece. Buenos días.

Me fijé en mis toscos zapatos y en los elegantes botines de Tasia. Parecían seres vivos. Su presencia casi me avergonzaba. Al lado, en el respaldo de una silla, colgaba mi pantalón de chándal, plano como una lámina.

Tasia se vistió muy aprisa a la débil luz de la lámpara. Se ocultó bajo aquellos trapos de colores que inmediatamente aborrecí. Se pasó un pincel rosado alrededor de los ojos. Se hizo algo en el pelo. Luego se inclinó y me dio un beso:

—Diviértete.

Oí el portazo y sentí una soledad que nunca había experimentado antes. El mundo se desplegaba ante mí en su plenitud, inundado de luz y libre de piedad. Durante un instante, lo percibí como un todo.

Busqué un cigarrillo. Mejor dicho, una colilla del cenicero. Había muchas, largas, casi enteras, calcinadas en sus extremos. Tampoco habíamos tenido tiempo de fumar.

Me fijé en una huella de polvos faciales. Un semicírculo rosa que silueteaba un estuche imaginario. Pensar en Tasia me llevaba a descubrir rastros de su presencia por todas partes. Incluso palpé la toalla húmeda.

Aquella tarde Tasia se vino a vivir conmigo.

Pronto empecé a trabajar como mantenedor de fachadas. Era un oficio extraño. Mi tarea consistía en vigilar monumentos históricos al cuidado del Estado. En realidad, se trataba de borrar con un trapo húmedo todo género de groserías, además de un número infinito de «Zina x Kostia».

Pasaba los días callejeando por la ciudad. Empecé a sospechar que había sido mantenedor de fachadas desde siempre y que, simplemente, no me había enterado. Por no mencionar que nunca me habían pagado por ello.

En ocasiones me interrogaba: y ahora, ¿qué? Y, al no encontrar respuesta alguna, procuraba no pensar en el futuro.

Marzo nos sorprendió con lluvia en vez de con nieve y con el presagio de un verano caluroso. El aguanieve se adhería al césped y a los tejados. Tasia trajo sus cosas y se vino a vivir conmigo definitivamente. Mi salario y su asignación mensual nos daban para vivir, más o menos.

Alguna que otra tarde Tasia salía sola. A veces regresaba muy tarde a casa. Aseguraba haber estado estudiando con amigas que disponían de los libros necesarios.

Fingí que la creía. Aparentando que la retenía a mi lado con el único fin de no aburrirme.

En el fondo sospechaba —incluso tenía la certidumbre— que Tasia me estaba engañando. Fantaseaba con escenas de infidelidad llenas de detalles humillantes.

Me volví astuto y desconfiado. Empecé a revisar secretamente la agenda de Tasia. La esperaba en la puerta, procurando olfatear el vino cuando volvía por la noche. Solo me faltaba espiarla, pero vivíamos en la zona nueva. Los extensos espacios que separaban los bloques de viviendas me habrían dificultado pasar desapercibido.

Cuando me quedaba a solas con Tasia, ponía a parir a sus amigos. Cuando nos reuníamos con ellos, los trataba con notoria cortesía. Como es sabido, hay algo en los hombres que los obliga a ser especialmente atentos con los presuntos amantes de sus mujeres.

Mis celos se agudizaban día a día. No precisaban ya fundamento real alguno. Como si funcionaran por su cuenta.

Es decir, que mis especulaciones me producían un sufrimiento que me arrastraba a especular cada vez más.

Una noche tras otra me levantaba sin hacer ruido y buscaba el maletín de Tasia. Después, sentado en el borde de la bañera del aseo comunal, me ponía a hojear sus cuadernos. No era un interés filológico la causa de mis pesquisas. Calculaba el volumen de los últimos apuntes. Luego dividía la cifra por el tiempo que Tasia pasaba fuera. Deducía así cuán productivo había sido su trabajo. Y, en conclusión, de cuántos minutos de ocio había disfrutado. Finalmente valoraba si la suma de esos minutos habría sido suficiente para engañar al amado.

Los celos me dominaron por completo. Era incapaz de respirar fuera de aquella atmósfera de sospechas. Tampoco buscaba pruebas concretas de la vileza de Tasia. La imaginación me surtía ya de todo lo necesario como para llevar al suicidio a cualquier tipo sensato.

Resumiendo: mi sufrimiento tenía una causa única y fundamental. Era consciente de que mi mujer se estaba alejando de mí. Siempre, día tras día, noche tras noche, hasta en aquellos momentos en que… (mejor no seguir).

Le hacía preguntas, pero ya no esperaba sus respuestas. Le ofrecía soluciones que nadie aceptaría. Me consolaba hallar testimonios de sus despilfarros, de su pereza, de su egoísmo.

No percibía coherencia alguna en aquel asunto tan intrincado. ¿Qué había ocurrido antes? ¿La había perdido primero y solo después se había marchado? ¿O al revés, como hubiera sido lo correcto?

Cuando se sigue el rastro de un fugitivo, ¿qué relación guardan ambos hechos? ¿Cuál es el efecto? ¿Cuál la causa?

Y, por otra parte, ¿dónde habré leído yo estos versos?

Tal vez antes que los labios nacieron los susurros
Y en el orbe sin árboles giraban ya las hojas…
Y aquellos a quienes ofrendamos lo aprendido
Fueron formados sin mediar aprendizaje alguno.

Lo peor fue que Tasia dejó de rechazar mis acusaciones. Le imputaba pecados mortales a diario. Pero, en lugar de responder, cabeceaba, aburrida de todo. La interrogaba:

—¿Dónde te habías metido?

—Ya empezamos…

—¿Puedo saber dónde has estado?

—Estudiando, digamos.

—¿Qué significa ese «digamos»?

—Vale. Estudiando.

—¿Qué has estado estudiando?

—No me acuerdo.

—No te acuerdas. ¿Y esos cigarrillos extranjeros?

—Son un regalo.

—¿De quién? ¿Del asqueroso de Shlippenbaj?

—Supongamos que sí.

—¿De ese memo pretencioso que siempre anda diciendo lo mismo?

—Sí, pero lo dice en seis idiomas.

—¿Eso a qué viene?

—No importa.

—O sea, que estuviste en su casa.

—Venga, vale. Lo que tú digas.

—¿Cómo que «vale»? ¿Estuviste o no?

—No lo recuerdo. ¿Qué más quieres saber?

—La verdad.

—Te digo la verdad, pero la verdad no te interesa.

—Solo quiero saber dónde has estado, nada más.

—Eso no tiene ninguna importancia.

—¿Cómo que no tiene «ninguna importancia»?

—En la biblioteca.

Y así sucesivamente…

Ocurre a veces que estás hablando con una mujer, aportándole hechos elocuentes, razones persuasivas. Pero ella no parece dispuesta prestar atención a esas razones. Le repele hasta el sonido mismo de tu voz.

A veces, Tasia parecía a punto de dejarme. Yo se lo impedía poco menos que por la fuerza. Le suplicaba que se quedara, sabiendo que era capaz de pegarle un guantazo.

Tasia se quedaba y, de ese modo, poco a poco, mis propios raptos de violencia empezaron a dejar de parecerme verosímiles.

Estamos muy bien juntos, pensaba yo. Todo lo demás son fantasías. Fantasías de las que necesito curarme.

¿Y si el hecho de sentirse feliz implicara necesariamente el presagio de una catástrofe? ¿No sería por eso por lo que se entregaban a aquellos festines los mosqueteros de Dumas en la fortaleza asediada?

* * *

Volvimos al hotel en taxi. En el ascensor, me sentí inquieto. ¿En qué estaría ocupado mi cachorrito, con tanto tiempo a su disposición para hacer perrerías? No descartaba la eventualidad de haber sido desalojado.

En el pasillo nos cruzamos con una limpiadora. Su sonrisa casi consiguió calmarme. Aunque, la verdad, en América una sonrisa no significa nada. Solo Dios sabe el género de cosas que llegan a hacerse aquí con una sonrisa en la cara.

El cachorro dormía tranquilamente, tumbado bajo el aire acondicionado. Tasia le había preparado un nidito con mi pantalón de franela. El pantalón, por supuesto, estaba calado.

Saqué al cachorro de su nido con sumo cuidado. Sus ojillos color aguamarina turbia se entreabrieron. Las robustas patas temblaron y se tensaron.

El cachorro despedía un cálido olor familiar. Muchos años atrás, había percibido aquel mismo olor en los trenes de larga distancia.

Saqué de la bolsa la leche que había comprado de camino. Lavé meticulosamente uno de los ceniceros de bronce. Un segundo después, el cachorro ya estaba metiendo dentro su hocico soñoliento.

—Llámalo Pushkin —dijo Tasia—, como signo de reverencia por la literatura rusa. ¡Pushkin! ¡Pushkin, ven aquí!…

El cachorro respondió con un bostezo, exhibiendo sus minúsculas fauces del color de las capuchinas en flor.

—Y no se te olvide —dijo Tasia— que a las seis tenemos que estar en Beverly Hills.

Cierto, había una especie de reunión de la alta sociedad. «Tango a la luz de las velas» en la mansión de Doheny Greystone, como rezaba el programa del congreso. Nunca llegué a averiguar quién era la tal Doheny.

En el mismo programa se leía:

«El precio de la entrada es simbólico».

Y más abajo, en letra diminuta:

«Treinta dólares por persona aproximadamente».

Tampoco llegué a descifrar qué podrían simbolizar aquellos treinta dólares.

—¿Has aportado lo de la entrada? —preguntó Tasia.

—Todavía no.

—Aporta.

—Hay tiempo.

—¿Tú crees que puedo tirar aquí de la American Express?

—Déjalo de mi cuenta, tú no te preocupes.

—No, no me parece correcto.

—¿Por qué? Eres mi acompañante. O sea, invito yo.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti?

—Dispara.

—Eres calculador, pero no en exceso. Sueles conservar un mínimo de decoro…

—Hay quienes llaman a eso educación.

Tasia zanjó:

—Siempre has sido un cultureta. ¿No te acuerdas de que ibas a los conciertos de música clásica sin que nadie te obligara, por gusto?

Le pregunté:

—Y ahora, ¿dónde metemos al cachorro?

—Lo dejamos en el hotel. Fíjate en lo listo y educado que parece. En general, los salchichas suelen ser tremendamente despiertos… La

pena es que se va a sentir muy solito, el pobre…

—Si es tan espabilado —dije—, y visto que no tiene nada que hacer, podría lavarme el pantalón de franela.

—No te hagas el gracioso.

—De acuerdo. El último. Atiende. El perro salchicha… Un perro salchicha es un setter que ha sobrevivido a un accidente de tráfico.

Tasia contestó:

—Degeneras.

—Es algo temprano para ir a Beverly Hills, mejor nos tomamos un café —propuso Tasia—. Un café, simplemente. Como los de entonces, en la cafetería de la facultad.

Llamé. Al cabo de unos tres minutos se presentó un camarero con una bandeja. Me preguntó:

—¿Han pedido whisky?

Era la segunda vez que pasaba. Debía de tratarse de un singularmente extraño tipo de confusión.

Tasia comentó:

—Eso te pasa por el deplorable acento que tienes.

Dimos unos tragos. Arrebatado por la emoción, le solté:

—¿Sabes qué es lo verdaderamente importante de la vida? Lo verdaderamente importante es que solo tenemos una. Cada minuto perdido, se pierde para siempre… Nunca volverá… Ahora, por ejemplo, estamos aquí, tomando un brandy…

—Whisky.

—Da igual, whisky. Te quedas mirándome un segundo. Algo se te pasa por la cabeza. Y ya está, pasó el minuto.

—Quedémonos aquí —propuso Tasia—, ¿para qué vamos a ir a Beverly Hills?

Lo que faltaba.

En ese momento, llamó Abrikósov:

—Por casualidad, ¿no estará mi padre contigo?

—No —le dije—, ¿por qué?

—Ha desaparecido. Como si se lo hubiera tragado la tierra. No se me ocurre dónde buscarlo. Ni siquiera recuerdo su apellido. Y, a propósito, ya que hablamos de apellidos…

Abrikósov es poeta. De modo que su cabeza funciona de manera peculiar:

—Hablemos de apellidos. A ver si me puedes responder una pregunta. ¿Por qué sobran los Camisin, mientras que los Pantalónov son cuatro gatos? El mundo está colmado de Pepínov, pero ¿dónde, si

se puede saber, se han metido los Lechúgov?

Se quedó pensativo un segundo y continuó:

—Hay millones de Carpintérov y ni un Fresadórov.

Tras otra corta pausa, prosiguió:

—Conozco personalmente a un tal Sharil Guzbáyev, crítico azerbaiyano. Pero, sabe Dios por qué, nunca me he topado con ningún Jauduyudúyev.

Abrikósov se empezó a acalorar. Su voz sonaba cada vez más firme y convencida:

—¡Hay mogollón de Bókov, pero los Naricin son, por decirlo de alguna forma, infrecuentes! Con algún que otro Tulipánov aún puede uno encontrarse. ¡Pero no he conocido a nadie que se apellidara Magnolin!

Abrikósov se expresaba con una creciente grandilocuencia:

—¡Te encuentras con auténticas hordas de Merlúzov, de Perquin! Pero, dime, ¿dónde se han metido los Salmónov y los Truchin?

En el discurso del poeta hizo aparición el acorde trágico:

—Leónov, sí: los hay a punta pala. Pero ¿quién ha oído hablar de nadie que se apellide Tígrev?

A las seis de la tarde llegó el autobús. Unas luces brillantes iluminaban la pradera delante del hotel. Alguien del grupo volvió a subir a por más ropa de abrigo.

Nos instalamos en nuestros asientos y el bus arrancó. Con indisimulada resolución, Yuzovski extrajo de su maletín una botella de grappa. Quiso la casualidad que Venclova[25], el poeta lituano, llevara consigo vasitos de papel. Aunque el propio Venclova se negó a beber.

Los demás aceptamos el trago con mucho gusto. Daria Beliakova llevaba en su bolso una albóndiga calentita. Gurfínkel, el sionista, se sacó del bolsillo un descomunal bocata envuelto en papel de aluminio. Por último, míster Higgins le añadió una pizquita de sal a todo.

Yuzovski repitió nuevamente su fórmula:

—No importa la situación, una pizca de absurdo nunca está de más..

La botella circulaba de mano a mano. Colocamos los aperitivos en el suelo, entre los asientos. Los rostros se iluminaron.

Perdí de vista a Tasia en cuanto subimos al bus. Y eso que el vehículo era de tamaño estándar. La verdad es que siempre había mostrado un don insólito para esfumarse.

Podía hacerlo incluso en la cocina de ciertos disidentes. En la sala de un museo. Hasta en el bufete de un abogado o en la consulta de un neuropatólogo, aunque pueda parecer raro.

De repente, mi compañera desaparecía. Y, más adelante,

reaparecía, salida de Dios sabe dónde. Mejor dicho, se incorporaba al panorama de lo visible.

Yo preguntaba:

—¿Dónde te habías metido?

La respuesta podía ser absolutamente inverosímil. Del tipo: «Me he quedado dormida en el trastero». O: «Estaba domesticando al gato de los vecinos». O, por rizar el rizo: «Estaba en el balcón, tomando el sol». (¿En mitad de la noche? ¡¿En septiembre?!).

En fin, que Tasia desapareció. Volvió a aparecer cuando estábamos a punto de llegar. Para recordarme que tenía que pagarle la entrada.

La mansión de Doheny Greystone parecía una casa señorial de la provincia rusa. Un lecho de flores delante de la entrada principal. Dos alas simétricas a ambos lados. En las ventanas, cortinas de encaje. Incluso los cuadros de las paredes eran tan feos como los que, en otro tiempo, colgaban los aristócratas en las paredes de sus haciendas de la Rusia profunda.

La gente deambulaba ya por la sala. Unos, con sus copas. Otros, con sus platitos de papel.

Había un negro muy simpático cuya cara me resultaba familiar. Pregunté a Panáyev:

—¿Le parece posible que lo haya visto en alguna parte?

—Ya lo creo —respondió—. Es Sidney Poitier.

El objetivo de la reunión estaba claro. Los organizadores del simposio querían promover la creación de vínculos de amistad entre los dos aparatos intelectuales, el ruso y el local. Y es probable que también tuviesen el propósito de facilitar contactos profesionales. Porque, francamente, no hay escritor ruso que no sueñe con Hollywood.

Nada en aquel lugar resultaba especialmente impresionante. La sauna de cualquier secretario de comité regional suele ser mucho más lujosa. Por no mencionar la dacha de Yulián Semiónov[26] en Crimea.

De alguna parte brotaba una música divina. Un solo de violonchelo acompañado por una sección rítmica. No estaba claro dónde se habían instalado los músicos. Bajo los árboles del jardín, quizá. O puede que en la terraza, tras la cortina.

Gurfínkel hipotetizó:

—Lo mismo es Rostropóvich en persona.

—No es improbable —dije yo.

—Como «en las más distinguidas casas de Filadelfia»[27] —apostilló Bolshakov.

—De California —lo corrigió Lemkus.

Poco más adelante, todo se aclaró. En una de las habitaciones, escondido en el armario, había un magnetófono de transistores.

—¿Eso era todo? —concluyó, admirado, Yuzovski.

Tras la cena, llegaron los discursos. Llena de emoción, una señora habló en representación de los intelectuales americanos. No es imposible que fuese la tal Greystone.

Dijo exactamente lo mismo que suele decirse en circunstancias parecidas desde hace varias décadas. Habló de América como crisol de culturas. De los antepasados inmigrantes. Del enorme esfuerzo que había supuesto el actual bienestar económico. Finalmente, añadió:

—He visitado Rusia en tres ocasiones. Solo puedo decir que es un país maravilloso. Si hasta yo lo echo de menos, cuánto no lo echarán de menos ustedes…

Guliáyev era el representante de la intelectualidad rusa. Le otorgaron la encomienda por su condición de antiguo fiscal. Incluso hoy, en provincias, la gente sigue creyendo que los juristas saben hablar en público.

El discurso de Guliáyev fue largo y apasionado. Hizo mención de todo lo que venía a cuento. De la colectivización forzosa y de las purgas de Stalin. De la crisis agraria y de las atrocidades de la censura. De las tiendas reservadas para la nomenklatura y del antisemitismo de Estado. Al concluir, exclamó:

—¡En efecto, no hay mayor maravilla que Rusia! ¡Y allá hemos de volver, a lomos de un caballo blanco!

Litvinski se inclinó hacia Shaguin y susurró:

—¡Después de los comunistas no hay nada más asqueroso que los anticomunistas!…[28]

El siguiente en pedir la palabra fue el pintor Borovski. Comunicó que acababa de llegar en su coche. Gritó, descorazonado:

—¡Ha ocurrido una catástrofe! Traía conmigo un regalo de gran valor para los participantes en el simposio. Un retrato de Solzhenitsyn, de tres por cinco. Lo llevaba atado al techo de mi Toyota. Pero, a la altura de Detroit, el retrato se soltó y echó a volar. Intenté alcanzarlo, pero no lo conseguí. Hay quien opina que, a estas alturas, podría estar planeando por el cielo de México…

A continuación, llegó el turno de los escritores, tanto de los adeptos del autoritarismo como de los demócratas. Unos y otros aludieron al hecho de contar con Brodski entre los suyos. Reflexioné y por enésima vez me ratifiqué en mi idea:

«El genio no se opone a las masas. El genio se opone a los artistas

mediocres. Da igual que pertenezcan a la corriente autoritaria o a la democrática».

Me dije, además, ligeramente melancólico:

«Dios me ha concedido lo que le pedí. Hizo de mí un literato corriente. Mejor dicho, hizo de mí un periodista. Cuando conseguí serlo, quedó claro que aspiraba a más. Pero ya era demasiado tarde.

»Por tanto, no cabe reivindicación alguna».

Percibí cierto desvarío en el ambiente. Sentí como si estuviera en una sala repleta de gente. O, más bien, como si estuviera entre el público y en el escenario al mismo tiempo. Me temo que no voy a ser capaz de explicarlo.

Por cierto, que es por eso precisamente por lo que no soy poeta. Porque, mientras uno está experimentando sensaciones indefinidas, todavía no se encuentra en condiciones de escribir. Y, cuando por fin todo se hace evidente, lo único que queda es el silencio.

Hubo más intervenciones. Recuerdo que criticaron el formalismo del artista Bajchanián[29]. Lo acusaron de permitir que, en su obra, la estructura prevaleciera sobre el contenido. El artista trató de defenderse:

—¡Ya me sostiene a mí, la estructura! ¿Qué otro contenido queréis que sostenga?…

Apenas pude ver a Tasia. Se había esfumado. Y de repente aparecía con una porción de helado. O con un manojo de hojas de arce. O, ¿por qué no?, con un pequeño acuario, en el que chapoteaban pececillos de colores.

En un momento dado, se me acercó y dijo:

—Tienes que ayudarlo.

—¿A quién?

—Se llama Roald… Roald Manévich. Ha escrito un libro y necesita urgentemente editor. Por eso ha venido al simposio.

Divisé a un hombre relativamente joven, malencarado y nervioso. Se movía de un lado a otro por la galería. Incluso a distancia se percibía que tenía el pelo asombrosamente sucio.

—Búscale un editor —dijo Tasia.

—¿Qué es lo que ha escrito?

—Un libro.

—Ya. Eso está claro. ¿Y de qué trata?

—Trata del abismo.

—¿Qué?

—El libro, trata del abismo. Del abismo propiamente dicho. ¡¿Qué es lo que no entiendes?! Habla con algún editor. Si no, lo haré yo misma.

Entonces dije, con intención de ganar tiempo:

—Dile que me pase el manuscrito. Tengo que reflexionar sobre qué editor podría convenirle.

Tasia subió a la galería. Apareció apenas un minuto después con un grueso mamotreto entre las manos. En la tapa, escrito en letra gótica, podía leerse:

«El abismo y yo».

Dijo:

—Roald me dice que te advierta de que hay una errata, en la página seiscientas cuarenta y ocho.

—Eso no tiene la menor importancia —le dije, mientras pensaba: menudo viaje a California. Vuelvo sin blanca. Pero, eso sí, con un cachorro. Y con el mamotreto.

La tarde discurría con normalidad. Bolshakov, como era esperable, lanzó una filípica contra los liberales de la revista Partisan Review. Un tal míster Sims intervino en representación de los liberales:

—Sí, somos de izquierdas. Y no lo considero un insulto. Izquierdistas fuimos los primeros editores de Faulkner y de Hemingway en América. Los primeros en hablar de Modigliani y de Giacometti. Los primeros que salimos en defensa de Orlov y de Scharanski…

El siguiente orador fue Gurfínkel. Dijo:

—El idioma ruso es grande y poderoso. Hay palabras rusas que se han hecho internacionales: «inteliguentsia», «glásnost», «pogromo»…

Panáyev replicó a Gurfínkel. Recordó que, a menudo, los rusos habían salvado la vida a los judíos, ocultándolos de los pogromistas. Beliakov intervino, curioso: «¿Y qué pasa, qué los pogromistas no eran rusos, o qué?».

Con posterioridad, un dictamen condenando el estalinismo fue ratificado. El único que se negó a firmarlo fue Sherman, crítico literario. El profesor Sherman[30] explicó:

—No tengo por costumbre pelearme con muertos.

Llegó la hora de volver al hotel. El autobús llevaba alrededor de veinte minutos esperando a la entrada. De improviso, Tasia se acercó y me dijo:

—Lo lamento, pero me voy con Roald.

—¿Cómo?

—Que me voy con Roald. Debo hacerlo.

—Pero ¿por qué «debes»?

—Roald me da mucha pena. No puedo dejarlo solo.

—Ya estamos —dije.

Y proseguí:

—Ahora escúchame. Llevamos veinte años separados. Eres para mí una mujer perfectamente extraña. Pero hemos venido juntos. Nos ha visto gente que conozco. Y, verás, existen ciertas normas. Ciertas elementales normas de cortesía. O sea que de aquí vamos a irnos juntos.

—Lo siento —dijo Tasia—, no puedo abandonarlo…

De joven ya era así. Sus caprichos tenían prioridad absoluta.

* * *

El volante de la comandancia llegó un primero de abril. Desgraciadamente, no era la típica broma del Día del Idiota. Era el final. No había tenido presente la perspectiva del servicio militar.

No me apetecía contárselo a Tasia. Guardé el formulario color turquesa, con letras de trazo infantil, en el bolsillo interior, y no dije nada. Aquello me produjo una extraña satisfacción. Esperaba un momento propicio para sorprender a Tasia con la triste noticia. Apenas conseguía disimular la mueca irónica que se dibujaba, sin querer, en mi rostro.

Me sentía muy orgulloso de mis astucias. Seguramente, mi actitud recordaba a la de un enfermo terminal al que le dicen: abrígate bien, y que, consciente de su destino, se limita a soltar una risita amarga.

Un día vi mi volante de reclutamiento en el centro de la mesa, debajo del azucarero. Imagino que Tasia lo había encontrado en mi bolsillo por casualidad. Cuando volví del trabajo, estaba llorando. Dije:

—Cálmate. Si no lo haces, pensaré que no todo está perdido.

Tasia dijo:

—Lo malo es cuando la gente se separa con alivio. Pero tú y yo nos separamos con pena. Nos quedan los recuerdos.

Entonces dije, o puede que gritara:

—¡¿Y qué hago yo con los recuerdos?! Te necesito a ti. A nadie más.

Le di la espalda, fui al baño y me eché a llorar. Es decir, me di cuenta de que estaba llorando. Ahora tenía la impresión de que todas las desgracias nos habían caído encima por culpa del maldito volante. Y de que, hasta entonces, nuestra vida había sido maravillosa.

Llevaba un año comportándome como un imbécil. Siempre

descontento. Siempre quejándome. Echando la culpa de todo a los demás.

Porque lo cierto es que lo único que debería haber hecho era amarla. Sentirme orgulloso de que Dios me hubiera concedido aquella tan asombrosa merced.

Cuando uno lee los poemas de un genio, no debe pararse a discernir entre versos felices y versos menos afortunados. Debe tomar lo que se le ofrece, mientras le ofrezcan algo, y darse por satisfecho. Ha de mostrarse agradecido con el destino.

Lo único que me quedaba era querer a aquella chica. ¿Tan poca cosa era? Pero yo seguía protestando y quejándome. Parecía un jardinero que, para comprobar si la flor ha arraigado, la extrae a diario de la tierra.

Llegó el último día. Le pedí que no me acompañara. Agarré la mochila. Bajé por la escalera.

Sin motivo aparente, mi capacidad de observación se agudizó. Leí las groserías escritas en las paredes. Me fijé en una bicicleta de niño abandonada junto al ascensor. En el margen blanco de un periódico que asomaba del buzón. En las colillas aplastadas bajo el radiador. Salí a la calle y miré hacia arriba.

Tasia me estaba observando, escondida tras la cortina.

«Bien, pues nada, eso es todo», pensé para mis adentros.

Tasia movió la cabeza, manifestando su desacuerdo.

Me dirigí hacia la comandancia. Iba repitiendo una secuencia de cifras: 7-3-2-9-0-4.

Era un número de teléfono. La única combinación que tenía interés para mí entre la infinitud de los números.

Aquí tenemos una cabina telefónica. Un nombre, grabado en la pared con un clavo. En sus profundidades, una caja de metal con un disco y, en él, las cifras. Sacas una moneda, una pequeña rodaja de hierro con un relieve apenas palpable. La introduces en una rendija diagonal. El trocito de hierro se atora durante un segundo y resbala en el interior. Se pierde entre los invisibles conductos, luego se oye un crujido y, por fin, desde el vacío, emerge la voz áspera de Tasia:

—¿Sí?… ¿Oiga?… Dígame… ¡Dígame, por Dios!…

Nunca habría supuesto que hubiera tantas cabinas telefónicas en la ciudad.

Las caras de la gente pasaban flotando a mi alrededor sin rozarme, serias e indiferentes, como los periódicos de la mañana. No percibí en ninguna la impronta del genio. Aunque lo cierto es que tampoco descubrí signos de perdición.

Un grupo de chavales salió del patio de la comandancia. Llevaban vaqueros desgastados, zapatillas de lona y chaquetas rotas. Los acompañaba un joven oficial, con un abultado maletín. Una tirilla fina y blanca ceñía su cuello.

Debía seguir hacia delante.

* * *

Subí a mi habitación. Me quité los zapatos. Me miré en el espejo.

La frente estrecha de neandertal, los ojos sin brillo, el mentón abúlico.

He llegado a una edad en que estoy obligado a preguntarme ante cada par de zapatos que compro:

«¿Será este el par con el que me entierren?…».

No hace mucho me tocó cumplimentar un formulario burocrático. Había un apartado acerca del color del pelo. Anoté por costumbre: «brown». La secretaria lo tachó y escribió a un lado: «grey».

Me di una ducha. Pero no sentí que me devolviese la energía. Era incapaz de entender con claridad qué era lo que acababa de suceder. Nos habíamos separado veinte años atrás. Durante quince años, no nos habíamos visto. Tengo mujer e hijos. Todo está en orden.

Y de repente aparece esta desequilibrada, por llamarla de alguna manera. Convierte mi vida cotidiana en una sucesión de absurdos. Se dedica a agitar un pasado largamente olvidado. Y, como resultado, vuelvo a sufrir…

Sonó el teléfono:

—¿Dos copas de coñac, limón y soda?

—Pero ¿le importaría decirme qué está pasando aquí?

—¿No ha pedido usted coñac?

Ni siquiera me sorprendí.

—Por supuesto que lo he pedido —dije—. ¡¿Cuánto voy a tener que esperar?!

Decidí llamar a nuestra hija. Miré el reloj: eran las once menos cinco. En Nueva York, consecuentemente, serían casi las dos de la mañana. Pero la verdad es que mi hija se acuesta tarde. Sobre todo, los sábados.

Alguna vez le he comentado:

—Mi día acaba al atardecer. El tuyo, a la mañana siguiente.

Llamé. Respondió mi hija:

—Perdona —dijo—. Tengo invitados.

—Que sepas que llamo desde Los Ángeles. Solo quería preguntarte: ¿qué tal todo?

—Bien. He dejado el trabajo. ¿Cómo te encuentras?

—Así, así… ¿Y qué es lo que ha pasado?

—¿En el trabajo? Nada en particular… ¿Sabe mamá que estás en California?

—Lo sospecha… ¡Katia!…

—Venga, ¿qué pasa?

—Quiero decirte algo.

—Vale, pero rápido.

—Está bien.

—No te meto prisa por los invitados. Es que te va a salir cara la llamada…

—Escucha… Ya sé que crees que soy un mísero inmigrante del montón. Un fracasado con ambiciones. Como quien dice, uno de los de antes…

—Ya empezamos… ¿Por qué me sales con esas?

—¿Sabes quién soy en realidad?

—Vale, ¿quién eres? —preguntó mi hija, ligeramente molesta.

—Ahora te vas a enterar.

—¿Ajá?

Hice una pausa y anuncié con solemnidad:

—Soy… escúchame bien… Soy el campeón de América. ¿Y a que no sabes en qué deporte?

—Dios… Venga, ¿en qué deporte?…

—Soy el campeón de América… el campeón de los Estados Unidos de América… ¡en quererte a ti!

Colgué el teléfono. Sentía una enorme náusea moral. Ni siquiera me apetecía bajar al bar. Echas un trago y te pones peor aún.

¿Estaré en crisis? Pero ¿qué tipo de crisis? ¿Económica, artística, familiar?

Casi mejor así, pensé. La crisis es la época adecuada para una perestroika.

Fui a la habitación de Abrikósov, a buscar a mi cachorro.

Tasia apareció por la mañana temprano. Bastante decidida y mandona. Exigió saber por qué no había pedido café. Y dónde guardaba mis cigarrillos. Y, lo más importante de todo, ¿cómo estaba nuestro cachorro?

Yo también pregunté algo:

—¿Dónde anda ese Roald Manévich?

(El nombre se había grabado en mi memoria con innecesaria exactitud).

La respuesta fue algo nebulosa:

—¡Manévich! ¡Un espejismo, como todo lo demás!

Recordé a Tasia la hora que era. Intenté dormir. Mejor dicho, fingí que me había quedado dormido.

Pero en aquel momento la perrita despertó. Se estiró sobre las patas traseras. Luego se sentó para salpicar la alfombra del hotel. Dio unos respingos de satisfacción y, finalmente, se arrimó a las sandalias grecorromanas de Tasia.

—Qué preciosidad… —dijo Tasia—. Es todo un hombre. El único de toda la ciudad.

—Lamento decepcionarte —dije—. Es una perra.

—¿Cómo que es una perra? ¿Estás seguro?

—Tan seguro como lo estoy contigo.

—Pues a mí me parecía…

—La habrás confundido con alguien. Quizá con el tal Roald Manévich…

—O sea que… ¿es una perrita? ¡Pobre!… Si se hiciera idea de lo que le aguarda en esta vida…

Luego dijo:

—Iba a llamarlo Pushkin. Ahora la llamaré Bela[31]. Por Bela Ajmadúlina.

Tasia no cambiará nunca, pensé. A decir verdad, se veía venir. Nacemos, padecemos y morimos inalterables, como la fórmula del H_2O. Los únicos que saben transfigurarse son los actores cuando salen al escenario. Y ni siquiera todos ellos, únicamente los mejores.

Tasia no ha cambiado. Continúa siendo caprichosa, excéntrica e inmoral como una criatura.

Ni siquiera quise curiosear sobre su asunto con Roald Manévich. Sin duda había sido algo fantástico.

Los detalles carecían de importancia para mí. Además, el simposio estaba llegando a su término. Era el último día. Al día siguiente todos se habrían ido. Y, como quien dice, ¡adiós, recuerdos!

* * *

El servicio militar me pareció algo más decente de lo esperado. Aunque mis conocidos solían hablar del tema con exagerado dramatismo, yo no extraje sus mismas conclusiones.

Nuestro plan de vida había sido regulado hasta en sus más ridículos pormenores. Cualquier chorrada estaba prevista en el reglamento. Los días desfilaban como reclutas, completamente indiscernibles unos de otros.

Mi condición me evitaba la necesidad de actuar, y me limitaba a

cumplir con las directrices. No me quedaban fuerzas ni tiempo libre para agobiarme con reflexiones.

Tasia nunca me escribía. En cuanto aparecía el cartero, le daba la espalda con absoluta indiferencia.

Me enteré de que existía un equipo de boxeo vinculado al cuartel. Que además, como de costumbre, estaba a falta de un peso pesado. Así que volví a entrenar.

Por lo general, estaba contento con aquella vida. Durante el adiestramiento, mi sensación dominante era la indiferencia. Más tarde la reemplazaron la calma y la satisfacción. Ahora tenía más tiempo libre, pero el entrenamiento me fatigaba. Y no me quedaban ganas de complicarme la vida.

Pasaba las tardes jugando al ajedrez. Cuando nos trasladaron a un campamento deportivo a la orilla de un lago, me hice devoto de la pesca.

Seguir con la vista el corcho con la carnada ya me inquietaba lo suyo. No necesitaba nuevas emociones. Ya había tenido bastantes.

En diciembre me dieron un permiso de una semana. Fui a Leningrado. Mi tía me alojó en su casa. Al verme en el centro de la ciudad estuve a punto de echarme a llorar.

No fueron sus bellezas las que me inundaron de emoción. No fueron sus muros, sus farolas ni sus chapiteles. Las cajas de bombones de la fábrica Mikoyán reproducen a la perfección esa imagen de Leningrado. Tenía la impresión de que no me había alejado lo más mínimo de aquella ciudad.

Ahora, en cambio, me llamaba la atención el yeso agrietado del Palacio de las Artes. Pasaba horas sentado bajo los árboles desnudos que se yerguen a un costado del mercado Kuznechny. Me detenía junto a los destartalados quioscos de tabaco. Entraba en patios helados con fuentes en desuso. Viajaba en los tranvías, ruidosos y llenos de luz.

Hasta que volví a sentir que estaba en casa.

Llamé a los amigos. Estaba convencido de que, una vez de regreso, todo el mundo querría darme un apretón de manos.

Pero Kupriyánov no se encontraba en la ciudad. Liova Balíyev me explicó amablemente que estaba ocupado. Árik Batist ni siquiera me reconoció.

Solo Fiedia Chuikov pareció alegrarse de hablar conmigo por teléfono. Aunque nos despedimos sin haber quedado para vernos.

Aquello que a mí se me figuraba una auténtica fiesta era, para mis amigos, la misma vida de siempre. Una vida de a diario, insustancial y

llena de inconvenientes.

Fui a la calle Simánskaya, a la residencia de estudiantes. Tuve que hacer memoria para acordarme del número de la habitación que ocupaban Riábov y Lepkó. Sin ese dato, la conserje no me habría permitido pasar.

Encontré a Riábov en la sala de lectura. Me pareció que le hacía ilusión verme. Hablamos un rato acerca del servicio militar. Mi amigo me hacía preguntas con aire vagamente avergonzado.

Ambos nos sentíamos incómodos. Riábov era un estudiante de tercer grado. Yo, un militar con perspectivas inciertas. No teníamos mucho de que hablar.

Tan pronto liquidamos la botella de oporto, enmudecimos. Riábov sentía curiosidad por saber si me habían encomendado limpiar las letrinas. Le dije que sí, que más de una vez. Me preguntó que cómo me había ido. Bien, contesté.

Finalmente, resolví levantarme para irme. Eché el último vistazo a aquella habitación con las paredes forradas de pancartas llenas de ocurrencias. Aún recuerdo el eslogan de una de ellas:

«¡No se te ocurra hacer ponche con huevo duro!».

Sobre las camas colgaban fotos de músicos de jazz. Pilas de libros cubrían los muebles. Todo allí llevaba el sello de la desmadrada vida universitaria.

Mis amigos prefirieron no darme cuenta de sus asuntos. Probablemente juzgaban que habría sido una falta de tacto. Al despedirnos, Riábov me preguntó:

—¿Volverás a estudiar cuando acabes la mili?

Contesté que lo tenía que pensar.

—¿Y el uniforme? —inquirió, curioso, Lepkó, que acababa de aparecer—. ¿Dónde lo has dejado?

—En casa.

Ni siquiera llegamos a mencionar a Tasia. Mantuvimos al respecto un silencio elocuente.

Por fin, me marché. Creo que, al irme, mis amigos sintieron que les había quitado un peso de encima. Es comprensible.

Viene a ser lo mismo que cuando viajas en tren en compañía de unos colegas. De pronto irrumpe en el vagón un mendigo tocando el acordeón. O una mujer andrajosa con un niño colgado del pecho. Al instante, el ambiente se hace irrespirable. Dan ganas de soltarles algo de calderilla para que se larguen cuanto antes.

En esos momentos, uno trata de encontrar consuelo. Recuerda historias de mendigos que al final lograron hacerse con una dacha. O que hoy conducen sus propios automóviles en las horas de ocio. En

resumen, que evitan venturosamente cualquier trabajo socialmente útil.

La visión de un hombre con los zapatos agujereados puede ser muy turbadora. Nos obliga a meditar sobre las vicisitudes del destino. Remueve nuestra conciencia adormilada. Nos invita a pensar en la precariedad de la existencia…

¿Será que despido un olor a fracaso perceptible a kilómetros? ¿Es posible que mis amigos traten de olvidarme nada más perderme de vista?

Entré en una pastelería para llamar a Tasia desde un teléfono público. Sabía que, tarde o temprano, lo acabaría haciendo.

La asistenta que respondió no supo reconocerme. Un minuto después, oí unos tacones altos que se acercaban.

—Llevas los zapatos marrones con hebillas. Los que compramos en los almacenes Gostiny Dvor.

—¿Dónde estás? —gritó Tasia.

—¿Te apetece verme?

Silencio. ¿No supondría que la estaba llamando desde la península de Kamchatka?…

—Cariño, hoy no puedo… Vas a estar mucho tiempo, ¿verdad?

—No… Anda, ve a divertirte… Siento haber llamado.

—Pero si no tenía ni idea… ¿Quieres venir conmigo? Sería un poco inapropiado, pero… Nos vemos, ¿te parece?

—No.

—Cariño, corazón. Te quiero más que a nadie. Ya nos veremos. Pero no hoy, estoy ocupada.

Cuando a uno lo dejan tirado mientras le dicen que lo quieren más que a nadie, es normal sentir vértigo. Pese a lo cual, pregunté:

—¿Me dejas ir a buscarte esta noche para acompañarte a casa?

—No —contestó Tasia—. Llámame mañana por la mañana. ¿Me llamarás?

—Claro.

—Júrame que me vas a llamar.

—Te lo juro.

Tasia siguió hablando. Pero yo me quedé con una única palabra suya, con el «no». Todos sus intentos de mitigarlo con otras palabras me parecieron insultantes y, más que otra cosa, inútiles.

Aquella noche subí al tren para Arcángel. Iba diciéndome a mí mismo: «¡Ahora sí! ¡Se acabó! ¡El trotamundos solitario se aleja de todos! He vuelto a caer, pero este será mi último fracaso. A partir de ahora, pisaré solo tierra firme.

»Mis penas acabarán por diluirse en la saludable monotonía del

cuartel. Subir al ring me ayudará a librarme de emociones estériles. Conseguiré convertirme en un mecanismo infalible, capaz de resistir cualquier tipo de corrosión…».

Las luces amarillas de los apeaderos se disolvían en una difusa oscuridad. Alguien rasgaba una guitarra. «Flota en silencio la purpúrea niebla…».

—¡Eh, soldado, ven a darle al vodka! —me animaban los barbudos geólogos[32].

Yo rehusaba o fingía dormir.

Llegué al cuartel por la tarde. Entré en la secretaría. El comandante Schipajin estaba rellenando el cuadrante de las guardias. La huella rosada de la gorra atravesaba su frente. El tahalí yacía sobre la mesa.

Empecé mi informe. Schipajin me paró en seco:

—¿Te reincorporas antes de plazo? Bien hecho. ¿Te apetece una manzana? Toma.

* * *

Llegó la última jornada del congreso. (Cada quien tenía su propia manera de calificar el evento: congreso, foro, simposio…).

En total, se habían celebrado veinticuatro sesiones. Con dieciséis ponencias y cuatro rondas de debates públicos.

Mas allá de sus muchas discrepancias, los participantes del congreso lograron encontrar ciertos elementos de consenso. Y en algunos casos dieron muestra de una unanimidad asombrosa.

Todos vinieron a coincidir en que Occidente tenía los días contados, por haber dejado de lado los valores cristianos tradicionales.

Se puso de manifiesto un acuerdo general en considerar a Rusia un «país del futuro», dados su horripilante pasado y su incierto presente.

Por último, todo el mundo reconoció de buen grado que la emigración constituía en sí misma una honorable filial de la patria.

En numerosas ocasiones, las eminencias de la emigración se mostraron proclives a hacer concesiones en favor del consenso.

El sionista Gurfínkel aceptó que no solo había judíos entre los perseguidos en la época del culto a la personalidad. Como contrapartida, Bolshakov se manifestó dispuesto a admitir que no era imposible tampoco que algún gentil hubiera participado en la revolución.

Por supuesto, no dejaron de producirse discusiones e incluso conflictos. Verbigracia, Daria Vladímirovna Beliakova ofendió al crítico literario Erdman. Litvinski y Shaguin salieron en su defensa.

Entre otros argumentos, Shaguin observó:

—Ayer Liova Erdman era todavía amigo tuyo. Hoy resulta que Liova Erdman es una mierda. Mañana pregonarás que yo también soy una mierda.

Daria Vladímirovna admitió aquella posibilidad de buena gana:

—Es muy probable. Pero no te preocupes, te lo diré a la cara.

Shaguin se quedó pensativo un segundo.

—Eso me temía.

Durante una de las reuniones, se aludió a Sájarov y a Yelena Bónner[33]. Dio comienzo un debate en torno al futuro de la segunda. (Ambos estaban en Gorki en esa época). Decidieron redactar una petición dirigida a las autoridades soviéticas, exigiendo que dejaran a Yelena Gueórguiyevna salir a Occidente.

De repente, Bolshakov saltó:

——¡¿Y por qué no iba a querer ella ir una temporadita a la cárcel?! Todos hemos estado entre rejas. ¡¿Qué tiene ella que no tengamos los demás?! Que la encierren tres o cuatro añitos. En el exterior, eso tendría mucha resonancia.

La gente empezó a gritar:

—¡Pero si es una anciana! ¡Y está enferma!

Bolshakov se explicó:

—¡Miel sobre hojuelas! ¡Si la palma en la cárcel, el caso hará más ruido todavía!

Los congresistas reunidos en la biblioteca de Saint John habían elaborado una carta colectiva dirigida a Nancy Reagan. Aunque, de hecho, el objetivo de la epístola no me quedó del todo claro. ¿Por qué habían elegido a esa señora? ¿Por qué no la dirigieron al propio míster Reagan? En cualquiera de los dos casos, la carta no habría provocado reacción perceptible alguna.

Los emigrados deseaban a Nancy Reagan que gozara de buena salud. Además, expresaban su satisfacción por la labor social de la primera dama. Y, por encima de todo, le rogaban que cuidara y mimara a su esposo, «lo que procuraría el mayor contento —cito la fórmula textualmente— a toda la humanidad progresista».

El autor de tan extravagante misiva había sido Lemkus, nuestro enigmático activista religioso. Fue también el primero en estampar en ella su apelmazada y barroca firma.

Los presentes escucharon el insípido texto sin manifestar ninguna emoción. Votaron «a favor» en silencio. Solo Shaguin señaló, con evidente escepticismo:

—Estáis confundiendo a la señora esa con la Krúpskaya[34].

Hacia la una de la tarde, dejé de tomar apuntes y guardé el magnetófono. De los actos programados, solo faltaban las fantasmagóricas elecciones. De no ser por eso, habría podido irme en el primer vuelo.

Me despedí de Tasia. Se lo expliqué por la mañana:

—Digámonos adiós, por si las moscas.

—¿Cómo que «por si las moscas»? ¿De qué estás hablando?

—Puede que me vaya hoy mismo.

—¿Ahora?

—Por la tarde, más bien.

—En ese caso, nos veremos después.

—¿Y si no estás?

—Estaré.

Se me pasó por la cabeza: ¿y si se le ocurre ir a Nueva York? Sería el acabose… Andamos ya bastante sobrados de locos en la ciudad, como para que se les sume Tasia. Además, me sentía un poco agotado después de tantas aventuras.

Otra cosa se me pasó por la cabeza: he ahí mi juventud. Hela en carne y hueso. Observadla sentada, fumando, dejando caer las cenizas fuera del platillo de cerámica con la leyenda: «¡Acuérdate de Texas!». Aunque estábamos en el centro de Los Ángeles.

He ahí mi pasado encarnado: una mujer con exceso de maquillaje, descarada e inerme. Y, de repente, ese pasado se ha convertido en mi presente. Quiera Dios que no se convierta también en mi futuro…

—He de averiguar algo acerca del perro —dije.

—¿El qué?

—Acerca del transporte… Deben de existir ciertas normas…

—Es muy fácil, estoy al corriente. Hay que comprar una caja especial. Una especie de jaula o algo así. Son baratas, cuestan unos cien dólares.

—Entendido —le dije.

Lo más chocante es que desde siempre había soñado con tener un cachorro… Es la pura verdad.

En el pasillo, me abordó un hombre bajito, calvo, de mirada despierta y astuta. Me tiró de la manga y arrancó de este modo:

—Entiendo que tiene usted cierta relación con la prensa…

—Bastante indirecta… —comenté, tratando de esquivar el asunto.

—Es más que suficiente. El caso es que he escrito un artículo. Un breve estudio, más bien. Un ensayo, si lo prefiere. Me gustaría colocarlo en algún periódico.

—¿Qué tipo de ensayo? —pregunté—. ¿Cómo se titula?
El desconocido se explicó, muy animado:
—Se titula «Miguel Ángel vive en Flushing».
—¿Y de qué trata?
—Trata de la obra de un pintor y escultor excelente. Que reside en Flushing. Una suerte de Miguel Ángel, figuradamente hablando.
—¿Quién es el escultor? ¿Cómo se apellida?
—Turóver. Aleksandr Matvéyevich Turóver.
—¿Y el autor del ensayo? ¿Cómo se llama?
—El autor, si me permite, soy yo.
Entonces le pregunté:
—¿Y usted es…? Ya puede perdonarme, ¿con quién tengo el gusto…?
El desconocido bajó la voz y se presentó:
—Turóver. Aleksandr Turóver. Aleksandr Matvéyevich Turóver…

Evidentemente, era su modo habitual de presentarse. Primero, decía únicamente el apellido. Luego, decía el nombre y el apellido. Y finalmente, recitaba el nombre, el patronímico y el apellido. Como si con una única tentativa no fuera suficiente. Como si se viese incapaz de expresar toda la magnificencia de su personalidad de una sola vez.

Hecho, definitivamente, un lío, le dije:
—Un momento. Veamos. Corríjame si me equivoco. Usted es el pintor Turóver. Y es también el autor de un ensayo dedicado al pintor Turóver. En el que se muestra partidario del pintor. ¿No es así? En resumen, es el autor de un panegírico…
Aún no acababa de entenderlo del todo:
—¿Ha escrito usted un ensayo que trata de su propia obra? ¿Me estoy perdiendo algo?
El recién conocido me premió con una sonrisa:
—Su exposición se ajusta perfectamente a los hechos.
Cavilé un poco y dije:
—Deme una copia. La llevaré a la redacción de Palabra y Obra[35].
—Ya tiene su copia —dijo Turóver, con ojos chispeantes.
—¿Cómo que ya la tengo? ¿Dónde la tengo?
—En su maletín —respondió.
Abrí nervioso el maletín.
Dentro, entre el magnetófono portátil y los papeles de trabajo, había un sobre que no me sonaba de nada.
¿Cómo había ido a parar ahí? ¿Quién lo habría metido?…
Decidí pasar del tema. Yuzovski siempre repite que, independientemente de la situación, una pizca de absurdo nunca está de más..

(Nota bene: el reportaje de Turóver, titulado «Miguel Ángel vive en Flushing», vio la luz el 14 de enero de 1986, firmado por «A. Objetívov»).

Quise llamar al hotel. Enterarme de qué estaba haciendo Tasia. Preguntar por nuestro cachorro. Pero Tasia no estaba. Volví a llamar, no sé para qué. Y luego una vez más. Quizá esperaba que me contestase el perro…

Las elecciones debían celebrarse al aire libre. Con aquel fin, las autoridades municipales asignaron a los miembros del congreso un solar entre el juzgado y la biblioteca católica. Durante la noche, varios entusiastas levantaron una tribuna de madera. Alrededor aparecieron retratos de Guinzburg, Orlov y Scharanski, pegados a sendos tableros de contrachapado. La canción que brotaba de los altavoces resonaba por toda la zona:

Teniente Golitsin, saque las copas…
Corneta Obolenski, ¡sirva usted el vino!…

Se trataba de elegir a los tres líderes más importantes del futuro Estado ruso. Primero, al presidente. Después, al primer ministro. Y, finalmente, al jefe del partido de la oposición.

A continuación, los tres líderes electos diseñarían un gobierno de concentración nacional. La Duma Estatal sustituiría al Sóviet Supremo. El Consejo de Ministros se transformaría en el Collegium de Economía Nacional. El partido de la oposición reemplazaría al disuelto Partido Comunista. Quedaba por definir, desde luego, el carácter del partido opositor. ¿A qué podría oponerse? Tampoco aquello estaba del todo claro.

Había que elegir tres cargos públicos. Alrededor de cuarenta personas presentaron sus candidaturas. Es sabido que, en la emigración, abundan los estadistas.

Solo cabía considerar candidatos a las más destacadas personalidades. Veneradas por todo el mundo sin excepción. Es decir, a Bukovski, a Scharanski, a Orlov y a otros prohombres igualmente admirables.

Varias listas electorales circularon entre los presentes a lo largo de las jornadas del congreso. Algunos apellidos eran suprimidos. Rápidamente, otros los sustituían.

El nombre más debatido fue el de Solzhenitsyn. Los eslavófilos lo consideraban la figura perfecta. Los liberales protestaron

enérgicamente, tachándolo de antisemita. Al final se impuso un criterio conciliatorio: «Solzhenitsyn no es político, es escritor. Lo suyo es escribir». Por el mismo motivo fueron rechazadas las candidaturas de Aksiónov, Gladilin, Voinóvich y Lvov[36]. La lucha entre los demás aspirantes se hizo aún más encarnizada.

De repente, surgió una cuestión imprevista. Guliáyev, el antiguo fiscal, salió a la tribuna y dijo:

—¡Caballeros! Es posible que algunos de los presentes me tomen por antisemita. A pesar de lo cual, debo plantear una cuestión. A saber: ¿podría un judío presidir la Duma Estatal Panrusa? ¿Podría un judío dirigir el Collegium Panruso de Economía Nacional? Respondan: ¿podría un judío liderar la oposición panrusa? En resumidas cuentas, ¿podría un judío convertirse en timonel del futuro Estado panruso?

—¿Y por qué no? —preguntó Gurfínkel.

Y añadió, con enorme convicción:

—Claro que podría; es más, debería ser judío.

Contra lo esperable, Samsónov se solidarizó con él:

—¡Al menos, si es judío, no beberá!

Guliáyev aguardó a que se restableciera el silencio.

—¡Estoy convencido de que al frente de la nación rusa debe situarse un ciudadano de origen eslavo!

Desde la multitud se alzó un grito:

—Lástima que el camarada Stalin no tuviera oportunidad de oír ese consejo…

Sin embargo, la gente se quedó rumiando el asunto. La emigración era mayoritariamente judía. Los rusos apenas constituían un tres por ciento. Eso significaba que la abrumadora mayoría de candidatos en aquellas estúpidas elecciones eran judíos. ¿Serían capaces dichos judíos de liderar el futuro Gobierno ruso?

—¡Aparte de que —voceó Yuzovski— ya nos pasó esto mismo en el año diecisiete!…

Como consecuencia, el número de candidatos disminuyó de manera apreciable. Vorobiov, Chudnovski y Mijailóvich aspiraban al puesto del presidente de la Duma estatal. Guliáyev, Shaguin y Burdenko, al de presidente del Collegium. Glázov, Akúlich y un turbio individuo apellidado Jaritónenko pretendían capitanear la oposición.

A eso de las seis de la tarde se procedió a la votación propiamente dicha.

El acto se desarrollaría según el siguiente esquema:

Uno de los ponentes subía a la tribuna. Describía al candidato en cuestión. Daba un repaso a sus logros en defensa de los derechos

humanos. Invocaba las duras pruebas por las que había tenido que pasar. Ni la cárcel ni el gulag habían conseguido quebrantarlo.

A continuación, otro ponente salía a escena. Delataba algunos indecorosos antecedentes del mismo personaje. Y a renglón seguido proponía una nueva candidatura para el cargo.

Chudnovski fue acusado de darle al frasco. Vorobiov, de frivolidad política. Mijailóvich, de falta de cortesía y actitud cooperativa.

Al subir al estrado, Chudnovski prometió:

—Por una causa como esta, dejaría de beber.

Le preguntaron:

—¿Cuándo?

Chudnovski contestó:

—Mañana mismo, en cuanto acabe el banquete…

Acto seguido, dieron comienzo las votaciones. Míster Higgins y tres voluntarios americanos se ocuparon del escrutinio. El presidente electo de la Duma Estatal Panrusa fue Chudnovski.

Después había que nombrar al presidente del Collegium. Era preciso encontrar a alguien proclive al tejemaneje. Alguno trajo a colación que, cuando le llegó el turno de abandonar la URSS, el disidente Burdenko había sacado una buena tajada con la reventa de su moto. Guliáyev y Shaguin, sus rivales, no habían mostrado una destreza ni remotamente parecida. Hasta el punto de que Guliáyev había acabado alquilando un piso sin agua corriente en Astoria. Y en cuanto a Shaguin, su comportamiento había sido todavía más insensato: había liquidado su deuda con la Fundación Tolstói.

Así las cosas, Burdenko fue elegido presidente.

El tercer puesto en ser votado fue el de líder de la oposición. Glázov, Akúlich y Jaritónenko eran los aspirantes. Yuzovski salió a presentar a Glázov. Dio referencias de lo más halagadoras. Calificó a Glázov de eterno opositor. Luego explicó:

—Glázov ha sido opositor desde la infancia. En el colegio, ya militaba en la oposición. Y en la oposición siguió a lo largo de todo el bachillerato. Prisionero de campo, también fue opositor. Fue opositor hasta entre la disidencia de Moscú, dado que siempre se mantuvo completamente abstemio.

Ni emigrado siquiera el tal Glázov cejaba en su labor opositora. En primer lugar, no sabía inglés. Además, se obstinaba en usar sus viejos zapatos de la marca Skorojod. Para acabar de joderla, pagaba religiosamente la suscripción al periódico Sindicados Soviéticos.

Apenas consiguió seis votos.

Borís Akúlich estaba considerado una autoridad en pintura,

llamémosla así, underground. Su prestigio en ese campo era notorio. Había emigrado llevando por bandera su espíritu combativo y su tenacidad ideológica.

Lemkus se encargó de presentarlo. Habló del altruismo de Akúlich, de su valentía, de su integridad moral. De repente se oyó una voz femenina:

—¿Cuándo tienes intención de pagarme mis sesenta dólares?

Akúlich se aproximó al micrófono:

—¿Qué sesenta dólares? ¿Por qué?

—Por las diapositivas —respondió una atractiva fotógrafa—. Habíamos quedado en que me pagarías cinco dólares por cada una.

—Caballeros, por favor… —reprochó e incluso lamentó Akúlich—. ¿Qué pasa aquí? Estoy en plena batalla contra el totalitarismo, ¿y vosotros me sacáis a colación no sé qué deudas? Estoy pensando exclusivamente en el futuro de Rusia, ¿y me venís con unas dispositivas? No me esperaba algo así… No, no me lo esperaba…

Akúlich recibió dos votos, uno de Lemkus y otro de la fotógrafa. Que debió pensar que le sería más fácil cobrar la deuda al líder de la oposición.

En cuanto a Jaritónenko, era la primera vez que lo veía. Me dio la impresión de que su fama se debía principalmente a su mal genio. Aunque también se decía que había editado un periódico. Después, consiguió enemistarse con todo el mundo. Con algunos de sus adversarios incluso llegó a las manos.

La presentación de su candidatura corrió por cuenta de Daria Vladímirovna Beliakova.

Jaritónenko obtuvo tres votos. El de la propia Beliakova, el de su bien disciplinado marido y el del propio candidato, por increíble que pueda parecer. Al oír la pregunta «¿Quién está a favor?», Jaritónenko levantó la mano, ceñudo. Una mano poderosa de boxeador descalificado a perpetuidad en torno al año sesenta y cuatro.

Las horas iban pasando. El liderazgo de la oposición no acababa de definirse. La plaza seguía vacante. Los presentes empezaron a mostrar cierta incomodidad. Algunos lanzaban miradas furtivas al puesto de los dónuts.

En ese instante, Samsónov anunció desde el estrado:

—¡Caballeros! ¡Tenemos que liberarnos de prejuicios! ¡¿Acaso es obligatorio que el líder de la oposición parlamentaria tenga necesariamente que ser un hombre?! ¡¿Qué es lo que nos impide proponer como candidata a una mujer digna y venerable?! A mi juicio, contamos con la figura adecuada…

Un mal presentimiento se apoderó de mí al escuchar aquellas palabras. El mechero que sostenía en la mano cayó al suelo. Me incliné. Al levantar la cabeza, vi en la tribuna a una mujer joven, resuelta, con un vestido verde de corte militar.

—¡Anastasia Meleshko! —gritó Samsónov.

—¡Bravo! —vociferó al punto el público.

Del coro general brotó el sonoro barítono de algún viejo deportado:

—¡Veteranos, Dios sabe lo que se hace! ¡Voy con sus cartas! ¡Vosotros veréis, yo quiero probar esa mandanga!

Tasia obtuvo una abrumadora mayoría de votos.

Una vez elegida, nos endilgó un discurso digno de Deutsch, Axelrod y Bábushkin[37]:

—¡Sois testigos de un experimento político sin parangón! ¡El partido de la oposición rusa está naciendo ante vuestros propios ojos!…

En ese instante dejé de escuchar. Me dije que necesitaba un trago con urgencia. Si no, la cosa acabaría mal.

Fui al bar y me agarré una curda considerable. Quizá fuera el agotamiento de aquellos días. Algunos miembros del simposio también pasaron por allí. Hacían preguntas. Hablaban en voz alta. Denunciaban a alguien.

El último episodio del que tengo recuerdo fue como sigue. En el bar entraron Litvinski y Shaguin. Pidieron dos whiskies dobles con tónica. Acto seguido, Shaguin derramó el vaso sobre su pantalón. Sin soltar siquiera un juramento. Simplemente pidió otro cóctel.

Todo el mundo miró a Shaguin con respeto. Litvinski dijo en voz baja:

—Un santo…

Pedí un taxi para las ocho cuarenta. A todo esto, se acercaron a decirme adiós Yuzovski y Lemkus. Un poco antes yo mismo había buscado a Panáyev para darle un abrazo. Dos meses después sabría que aquel había sido el último abrazo. En marzo, murió de cáncer.

Conservo siete cartas suyas en mi archivo. Mejor dicho, siete postales. En dos de ellas, me pide algo. Las otras cinco contienen el mismo texto. A saber:

«De resaca, solo puedo releerlos a Bunin y a usted».

El autor de la necrología de Panáyev reconocía:

«En los momentos más difíciles de su vida, solía releer a los clásicos. Muy especialmente, a Bunin…».

Hice la maleta. Volví a dar de comer a la perra. Arrojé la colcha

hecha un asco al cesto de la colada.

Desde la ventana se divisaba una ciudad extraña, muy similar a Yalta. El cartel de la compañía aérea Pearl cubría casi por completo el horizonte. Una Biblia en un idioma extraño yacía en la cabecera de la cama. No la había abierto ni una sola vez.

Adiós, ciudad de Los Ángeles. (Si he de ser sincero, fui incapaz de detectar ángel alguno). Adiós, ciudad de las modelos esqueléticas. Ciudad como engalanada para un gran casting cinematográfico. Ciudad que, mucho más que ninguna otra cosa, anhela seducir.

Se me ocurrió entonces que prefería Nueva York y su inocultable grosería. Allí, por lo menos, puede uno chocar con un conocido por la calle y exclamar:

—¡Hombre, cuánto tiempo!…

En Los Ángeles, los viejos amigos solo chocan en la autopista.

Sentí una enorme repugnancia. El cachorro pataleaba en la bolsa de lona que le había preparado. Empezaba a hacer frío y se aproximaba la noche.

En ese instante, se me ocurrió un combinado salvavidas: un martini doble y una conversación telefónica con Nueva York.

Diez minutos después me sirvieron la bebida. Por primera vez la había encargado yo. Antes siempre había corrido por cuenta de esotéricos y bondadosos magos.

7-18-459-11-3-6… Siete, dieciocho, cuatrocientos cincuenta y nueve, once, tres, seis… Esas cifras poseían un mágico poder. Mil veces me habían sacado del reino del absurdo para devolverme a la frontera de la vida real. Solo necesitaba eso: un teléfono a mano.

Respondió mi hijo. Descolgó el teléfono y permaneció en silencio, muy serio y concentrado. Luego me preguntó, sin ninguna curiosidad, como aquella camarera que conocí en el restaurante Dniéper:

—¿Qué quieres?

Respondí:

—Hola, soy papá.

—Lo sé —contestó mi niño.

Hace poco mi mujer y yo le adjudicamos un sobrenombre algo aparatoso pero exacto: «Pequeña aunque bien equipada fábrica de emociones positivas que opera veinticuatro horas al día».

Le pregunté:

—¿Cómo estás?

—Yo no he sido —fue su respuesta.

—¿Que no has sido qué?

—Mamá dice que he sido yo. Pero yo no he sido. Se cayó solo. El cubo…

—No me cabe la menor duda.

—Ya he recogido la tierra. Y los peces siguen vivos…

Vacilé un segundo:

—A ver, ¿qué es lo que has volcado? ¿La barrica con la palmera o el acuario?

Oí un largo suspiro. Y después:

—El acuario también…

—¿Qué quieres que te lleve? —le pregunté.

La voz enronquecida disparó a quemarropa:

—¡Kétchup! ¡Kétchup! ¡Kétchup!

—Vale, avisa a mamá —le dije.

Mi mujer se puso al teléfono y me recordó:

—No te olvides del agua mineral.

—¿No quieres saber cuándo vuelvo?

—Sí, claro.

—Esta noche.

—Muy bien —dijo mi mujer.

Tenía intención de decirle lo del cachorro, pero me lo pensé mejor. ¿Para qué adelantar acontecimientos?

Tasia apareció repentinamente, como de costumbre. Tiró unas bolsas encima del sofá.

—Para ti—dijo.

Extrajo de un estuche de celofán una corbata estrambótica con una especie de motivo fálico…

—Para tu mujer.

Depositó una cajita sobre la mesa: perfume, o quizá jabón.

—Para los chicos.

Me arrojó a la cara unos trapos de colores.

—Para tu madre.

Y desplegó un abanico chino.

Después se tiró un buen rato llorando, apoyada en mi hombro. Es posible que su propia generosidad la hubiera conmovido.

Por enésima vez me puse a pensar: ¡¿qué coño está pasando?! Hace veintiocho años que me presentaron a esta tremebunda mujer. La quise. Le fui absolutamente fiel. Por su parte, ella despreció mis sentimientos. Todos los indicios apuntaban a que me engañaba. Estuvo a punto de arrastrarme al suicidio.

Yo era ingenuo, era puro y estaba lleno de idealismos de toda clase. ¿Ella? Cruel, egocéntrica y desatenta.

Por ella dejé la universidad. Acabé en la mili por su culpa…

Todo correcto. Entonces, ¿por qué esta sensación de culpa? ¿Qué maldad cometí contra esta mujer falsa, implacable y desleal?

Si hoy se le ocurriera decir: «No te vayas», me quedaría. Presiento que me quedaría. No, no lo presiento: lo sé.

¡¿Cuánto puede durar todo esto?! ¡¿Cuándo terminará de una vez esta infamia?!

Y de pronto comprendí, horrorizado, que siempre sería así. Una vez ha sucedido, no deja nunca de pasar. Jamás llega a su fin. Y seguiría siendo así, como quien dice, hasta la tumba. O, por decirlo con cierta delicadeza, hasta el límite fatal.

—Bueno… —le dije—. Adiós.

—Adiós… ¿Cuándo podremos vernos?

—No lo sé —dije—. ¿Por qué? El día menos pensado… Ya me llamarás.

—Llámame tú también.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¡Tasia!

—¿Qué? ¡Dime!

—¿Podrías —le pregunté— concentrarte un minuto?

—Sí, probablemente.

—Escucha. Te quiero.

—Lo sé.

—¿Y te parece normal?

—Más o menos… Ya está. Vete. Si no, puede que me eche a llorar.

Como si no llevara un cuarto de hora llorando.

Me dirigí hacia la puerta. Agarré el pesado pomo de bronce. De repente, oí:

—¡Espera!

Mi di la vuelta, despacio. Como si frenara, entre chirridos, el carromato de mi vida, lleno de injurias, decepciones y esperanzas.

Me di la vuelta y dije:

—¿Qué?

—Escucha.

—¡Dime!

Deposité la bolsa de lona en la alfombra. Dejé caer la pesada maleta marrón con sus prehistóricos refuerzos de metal.

Me hizo una pregunta poco original:

—¿Tienes dinero?

Una pausa. Luego me eché a reír nerviosamente…

Y después pregunté, sin mucho entusiasmo:

—¿Cuánto?

—Vale, veamos … ¿Cómo te lo explicaría?… ¿Cómo podríamos hacer si necesitase dinero en metálico?

Le tendí cierta cantidad. Tasia dijo:

—Muchísimas gracias….

Y añadió:

—Aunque la verdad es que esperaba un poco más…

Y un segundo después:

—Aparte de que no es ni la mitad de lo que necesito.

Bajé al vestíbulo. Me senté en un descomunal sillón frente a la entrada. Pensé en pedir un gin-tonic.

Por todas partes veía caras conocidas. Vi pasar a Beliakov, acompañado por Daria. Ruvim Kovriguin mantenía una afable conversación con Gurfínkel. León Matejka se despedía de una dama esbelta y guapa. Guliáyev arrastraba una maleta con ruedas. Yuzovski, en chándal, esperaba el ascensor.

Pasó Panáyev con el arquitecto Yudóvich. Me dirigió una pícara sonrisa y comentó:

—¡Va siendo hora de acabar con esa resaca!

En ese instante, tuve una revelación:

—¡Usted! —le dije—. ¿Era usted quién pedía coñac para mí a todas horas? ¿Y brandy?

El viejo respondió con una elevación de sombrero.

—De modo que… —casi grité— ¿los magos buenos no existen?

Panáyev volvió a sonreír, como diciendo: ¿y yo? ¿Qué otra cosa soy yo?

De pronto vi a Tasia. Caminaba del brazo de un turco malencarado. Aquel sujeto llevaba la cabeza cubierta con la pantalla de una lámpara. Aunque, vista de cerca, la pantalla resultó ser un fez.

Tasia pasó sin mirarme siquiera. Encendí un cigarrillo y salí del hotel, bajo la lluvia.

Nueva York,
noviembre de 1987

Breve catálogo de personajes y una cronología del autor, por Tania Mikhelson

La «Rusia de recambio» y sus piezas

Desde adolescente, Dovlátov fue aficionado al dibujo satírico, género que lo atrajo siempre por su énfasis en los rasgos característicos del individuo y su alegre renuncia al realismo. Hay que precisar que los apuntes de nuestro autor no tenían nada que ver con la caricatura soviética, enteramente subordinada a la propaganda. La prensa abundaba en representaciones de capitalistas gordinflones con sombrero de copa alta y espías repulsivos de nariz generosa y orejas puntiagudas, pero no admitía la más mínima burla de ningún ciudadano eminente. Para Dovlátov, sin embargo, la caricatura no tenía propósito moralizante: los rasgos dignos de subrayado no lo eran ni por censurables ni por ridículos, sino por su propia capacidad distintiva, por su mera singularidad.

La presencia más recurrente en las caricaturas de Dovlátov es sin duda él mismo. Pero el escritor dibujó también muy a menudo a aquellos que le servían de inspiración —en algunos casos como auténticos prototipos— para los personajes de sus relatos. Era frecuente que retratara a sus mejores amigos en alguno de sus cuadernos o que garabateara sus perfiles en las dedicatorias de sus libros. Pero si aquellas caricaturas dibujadas solían ser del gusto de los retratados, sus caricaturas literarias acabaron echando a perder más de una buena amistad.

En concreto, lo que solía despertar la indignación de sus víctimas era la frecuencia con que Dovlátov insertaba fantasías disparatadas entre episodios reales y descripciones reconocibles, así como su costumbre de citar comentarios textuales fortuitos a la primera de cambio para aludir a cualquier personaje, chismes y chascarrillos que no dudó en incluir en sus libros siempre que le parecieron pertinentes.

Dimitri Klenski, respetable padre de familia y candidato en las elecciones al Parlamento Europeo en 2009, no pudo perdonarle esta frase del capítulo noveno de Compromiso: «Mitia Klenski tiene gonorrea».

No fue la única víctima del libro: cuando Compromiso llegó a las

librerías de Tallin y el redactor jefe del periódico Estonia soviética, Guénrij Turónok, descubrió que el texto adjudicaba su nombre a un burócrata cobarde, ignorante y racista, el veterano funcionario sufrió un ataque al corazón.

Varios de estos ofendidos respondieron a Dovlátov —casi siempre tras el fallecimiento de este— con publicaciones en la prensa, biografías o parodias. Ejemplo de estos ajustes de cuentas es De cuando cantamos S. D. y yo (Simpozium, 2001), el prolijo y cáustico libro de memorias con el que el gran amor y primera esposa del escritor, Asia Pekuróvskaya, quiso distanciarse de la heroína de La filial y desmentir de paso la extendida idea de que Dovlátov «carecía orgánicamente de maldad».

Juntos, Asia y Serguéi habían sido una de las parejas más brillantes de Leningrado, habituales de toda fiesta y reunión bohemia que se preciase. Pero el suyo distaba mucho de ser un noviazgo idílico. El escritor Valeri Popov recuerda que producían la incómoda impresión de sostener un duelo permanente, el duelo entre dos antagonistas enamorados, tan crueles consigo mismos como con el otro.

Quizá observaciones como esta puedan parecer del todo irrelevantes al lector, por lo menos comparadas con el gozo inherente a la lectura. Sin embargo, eslavistas y biógrafos del escritor concuerdan en afirmar que Dovlátov no se limitaba a adornar a los personajes de sus ficciones con elementos de la realidad, sino que era capaz de convertir en ficción casi todo lo que lo rodeaba. Esto es, que malmetía entre sus colegas y se entregaba a la intriga con un afán puramente artístico, dispuesto a sazonar la cotidianidad con «una pizca de absurdo». No sin medida: el autor confiaba poco en los elementos estrictamente grotescos de la vida real y siempre prefirió mitigar sus excesos y efectos no deseados: la realidad resultaba, demasiado a menudo, inverosímil.

En líneas generales, los personajes de Dovlátov tienen un valor idiosincrásico propio, autosuficiente, independiente de sus posibles modelos. Resulta, pues, innecesario indagar en torno a las situaciones y las personas que inspiraron sus textos para disfrutarlos. Y, sin embargo, las diferencias entre unos y otras se antojan harto elocuentes.

¿Qué parte queda al margen de la literatura y qué otra es estricta ficción? El Dalmátov de La filial rechaza una vacante en la plantilla de su emisora y se dirige al simposio de eslavistas como un simple y desganado reportero. Por su parte, el Dovlátov de carne y hueso viajó a Los Ángeles en el mejor momento de su carrera periodística y figuró entre los doce ponentes del simposio de 1981 como uno de los literatos más influyentes de la última ola de la emigración rusa (esa «tercera ola» que da nombre a la emisora donde el personaje Dalmátov

oficia de anchorman y que se corresponde con Radio Liberty, la emisora creada por el Departamento de Estado y la CIA para contrarrestar la propaganda soviética). Dovlátov tiene para entonces varios libros a sus espaldas, pero llega al simposio en representación de El Nuevo Americano, semanario del que es redactor jefe. Como confiesa en carta a Ígor Yefímov, su amigo editor (a su vez, molesto por no haber sido invitado), Dovlátov sospecha que le han ofrecido participar a cambio de un espacio publicitario gratuito en el periódico.

Rodeado de gente que solo pretende extorsionarlo y remiso a quedar reducido a la miseria, el personaje Dalmátov permanece en guardia constantemente. Al tiempo que Tasia lo tacha de «calculador», dando voz a la mala conciencia del propio literato, sus amigos en la vida real recuerdan su imparable y autodestructiva generosidad: todo el mundo sabía de su frágil situación económica, pero el escritor, traumatizado quizá desde la época en que los presuntos amantes de Asia lo invitaban a cenar o le pagaban los taxis, derrochaba en restaurantes, costeaba de su bolsillo las dietas de sus subordinados en el periódico o renunciaba a cobrar para que ellos pudieran repartirse su salario; en el bar, pagaba cada ronda hasta quedarse sin blanca. Las deudas abortaban cualquier posibilidad de abrir una cuenta bancaria, de modo que Dovlátov había adquirido la costumbre de llevar siempre encima un puñado de billetes arrugados. Ese dinero efímero y fácil de extraviar le quemaba en los bolsillos. Todos los años, Serguéi enviaba a Tallin y Leningrado paquetes con abrigos de piel vuelta, chaquetas y pantalones vaqueros, zapatillas de deporte y botas de invierno, mecheros, bisutería. Acompañaba los envíos con largas misivas en las que rogaba al destinatario que confirmara la recepción y le comentara si le gustaban o no los regalos.

Al contrario que su trasunto en La filial, Dovlátov nunca llegó tarde al trabajo. Sus colegas de Radio Liberty lo recuerdan como uno de los pocos empleados cumplidores y puntuales de una emisora en la que ni los miembros de la plantilla ni mucho menos los colaboradores se tomaban muy a pecho las responsabilidades del oficio. Dovlátov se levantaba a las seis de la mañana y planificaba el resto del día en un voluminoso libro de contabilidad, apuntando cuidadosamente sus quehaceres hasta el último detalle. Gran amante de la correspondencia escrita en todas sus formas, solía elaborar un borrador de cada una de sus cartas e incluso copiaba las más importantes antes de remitirlas. El escritorio de su casa se veía siempre escrupulosamente ordenado y se irritaba cuando alguien tomaba prestado algo sin avisarlo. Toda suerte de notas, apuntes y fotografías clavadas con chinchetas a la pared junto a su mesa lo ayudaban a no perder de vista lo esencial y le servían de acicate. En 1990, su viuda procuró conservarlas tal y como estaban; solo retiró de la pared un sobre en el que podía leerse: «Abrir

después de mi muerte».

Dovlátov se tomaba muy en serio lo relativo a su legado artístico. Empezó a formalizar sus últimas voluntades con poco más de cuarenta años. Procuró muy especialmente expresar su deseo de que nunca volviesen a ser editados sus cuentos publicados en la Unión Soviética. Ni sus guiones de radio, redactados demasiado a la carrera como para reivindicar su paternidad. Lo atormentaba cada pequeña mácula, artística u ortográfica. Leía y releía las galeradas para no dejar pasar ni una errata, aunque siempre se colaba alguna; en esos casos, el autor se armaba de un bolígrafo negro para corregirlas metódicamente en toda la tirada. Cuando la corrección directa no parecía posible, componía y fotocopiaba una fe de erratas y la insertaba personalmente en cada ejemplar.

El destino póstumo de su obra le preocupaba más que el destino de la patria por la simple razón de que su obra solo lo incumbía a él. Alérgico a dogmatismos políticos de cualquier signo, Dovlátov creía vergonzosas y, sobre todo, estilísticamente falsas las pretensiones de los profetas de la «Rusia de recambio» (en expresión de Aleksandr Guenis). Si Siniavski afirmaba que sus discrepancias con las autoridades soviéticas eran menos éticas que estéticas, Dovlátov discrepaba también estéticamente de las autoridades morales antisoviéticas, cuya retórica ocultaba los más comunes atributos de la condición humana, ya fueran estos vicios o virtudes, y su correspondencia está llena de fastidio y de desesperanza ante la ruindad omnipresente. Aunque, a la hora de narrar ese caos, se produzca el milagro y la ficción caricaturesca de Dovlátov pinte el bien y el mal con trazos similares: simpáticos, mundanos, aparentemente inofensivos.

El grupo de secundarios de La filial concurrentes al coloquio angelino de mayo de 1981 compone un paisaje humano lleno de interés y de cómica extravagancia. Algunos, como es el caso de Eduard Limónov, comparecen protagonizando episodios reproducidos con notable verismo («Dovlátov lo cuenta con gran exactitud; lo único que olvida mencionar es que aquel congreso fue el de mi triunfo literario», señala el propio Limónov en su Libro de los muertos). Otros encarnan a personajes puramente ficticios, caso del «sionista» Gurfínkel, protagonista de ciertos poemas satíricos de Naúm Sagalovski, único autor editado en Dovlatov's Publishing, la fugaz casa editora creada por nuestro hombre en 1982. Con los más, Dovlátov se deja arrastrar a su vieja pasión por la caricatura. Todos ellos componen una cumplida nómina de varias de las figuras más relevantes de la literatura y el periodismo de la emigración rusa en los años ochenta del pasado siglo. Sus perfiles, que añadiremos a continuación, quizá permitan al lector percibir este importante ámbito contextual de la novela.

La filial concluye con una referencia a Hemingway. Su «Y salí del hotel, bajo la lluvia» invierte la frase final de Adiós a las armas: «Y volví al hotel bajo la lluvia». Quizá no esté de más apuntar que el tema dominante en la novela será, finalmente, la lealtad. O acaso el amor a las cosas que nos gustan menos, o que directamente nos han dejado de gustar. Esas que —Hemingway, Tasia, Rusia— han permanecido en su ser, mientras que nosotros íbamos cambiando.

Algunos personajes de La Filial y sus modelos reales

Tarasévich, el redactor jefe

El personaje de Barry Tarasévich, redactor jefe de la emisora La Tercera Ola, combina alusiones a tres colegas distintos de Dovlátov en Radio Liberty. El nombre está inspirado en el de Vladímir Borísovich Matusévich (1937-2009), nacido en Nueva York en el seno de una familia de diplomáticos. Antes de la guerra, la familia regresó a Moscú, donde Matusévich padre fue encarcelado. El hijo se convirtió en entusiasta detractor del comunismo. Estudió Historia del Teatro y preparó una tesis sobre el dramaturgo noruego Nordahl Grieg, tesis que se negó a defender al enterarse de que Grieg había sido estalinista y agente soviético. A finales de los sesenta, mientras participaba en un festival cinematográfico, Matusévich pidió asilo político en Dinamarca. En 1969, encabezaba la sección rusa de Radio Liberty en Nueva York. En 1980, invitó a colaborar al recién emigrado Dovlátov, que tuvo oportunidad de leer sus miniaturas en el programa Cultura y política, presentado por el propio Matusévich.

Pero el redactor jefe con el que Dovlátov trabajó durante más tiempo fue Yuri Lvóvich Guéndler (1936-2011). Micólogo aficionado, de temperamento apacible, amigo del sentido común y del chiste afable, Guéndler encaja mejor con ese director «bastante profesional y persona razonable» que se describe en La filial. Antes de emigrar en 1973, el periodista leningradense criticó el aplastamiento de la Primavera de Praga y fue condenado a tres años de trabajos forzados. Estuvo en la famosa cárcel de Las Cruces, en una celda contigua a la que en su día ocupó Lenin. Tras ser sometido a juicio, fue destinado al mismo campo de Mordovia donde cumplía condena entonces Andréi Siniavski (los campos de Mordovia fueron creados en los años treinta en una vasta y despoblada área en la cuenca del Volga, conocida por los vapores tóxicos de sus pantanos; desde 1960, tres colonias de Mordovia fueron reservadas a presos políticos). Aleksandr Guénis aseguraba que los recuerdos carcelarios de Guéndler eran tan

divertidos como Las aventuras del soldado Švejk.

La tercera figura que aportó rasgos al personaje Tarasévich fue un colaborador de la emisora, el satírico Aleksandr Sirotin (n. 1945), que había comprado un edificio para alquilar viviendas a otros emigrados. Dovlátov bromeaba acerca del talento comercial de su colega, pero no dejaba de admirarlo, con interés casi científico. En su opinión, como dejó escrito en La extranjera, «pobreza y riqueza son cualidades congénitas; parecidas al color del pelo o, digamos, al oído musical».

Beliakov, el prosista liberal

El escritor Andréi Donátovich Siniavski (1925-1997), figura clave en el proceso literario ruso de la segunda mitad del siglo xx, ejercía de crítico literario en Novi Mir (El Nuevo Mundo) en la misma época en que la importantísima revista publicó Un día en la vida de Iván Denísovich, de Aleksandr Solzhenitsyn.

A principios de los sesenta, Siniavski consiguió enviar al extranjero varios ensayos firmados por su heterónimo Abram Terts (o Terz) que causaron enorme disgusto a los funcionarios comunistas. Abram Terts glosaba a los clásicos rusos con un garbo y una osadía desconocidos en la crítica de la época. El ensayo más provocador llevaba por título «¿Qué es el realismo socialista?», un completo y destructivo análisis del estilo oficial dominante en la literatura soviética. Se sabía que el tal Terts era un tipo alto y delgado, de actitud sarcástica, y que solía ir armado con navaja. Un bigote fino y un modo de caminar peculiar terminaban de perfilar su estampa de delincuente. El propio Siniavski, bajito y barbudo, parecía más bien la antítesis de Terts.

Otra de sus más destacables mistificaciones tuvo que ver con la elección de un nombre como Terts. El antisemitismo —paradójicamente congénito— del Estado soviético había empujado a innumerables ciudadanos judíos —literatos oportunistas, dirigentes del partido— a adoptar apellidos terminados en -ov, -in o -ski. Incluso su cómplice y colaborador, Yuli Márkovich Daniel, eligió como seudónimo un apellido más «arraigado» como Arzhak. Siniavski, descendiente de una famosa familia de la aristocracia rusa, hizo lo opuesto. Ambos seudónimos remitían a personajes del folclore de los bajos fondos de Odesa: tal vez la admiración que los dos literatos y amigos experimentaban por el mundo del hampa se debiera a que ni uno ni otro lo conocían de cerca.

En 1965, Siniavski y Daniel fueron condenados a siete y cinco años de trabajos forzados respectivamente. En aquella época, los presos de conciencia, calificados como «criminales especialmente peligrosos», no se mezclaban con los delincuentes comunes. Maria Rózanova, esposa de Siniavski, logró poner de acuerdo a más de sesenta intelectuales

soviéticos para firmar una carta de protesta que fue publicada en el semanario Literatúrnaya Gazeta, y finalmente consiguió que su marido fuera liberado en el verano de 1971, once meses antes de que llegase a término su condena. Dos años después, Siniavski emigró a Francia, donde ejerció como profesor de Literatura rusa en la universidad de París IV.

En 1974 Siniavski publicó el artículo «Proceso literario en Rusia», en el que vinculaba la persecución de los judíos en la URSS con la censura literaria, y concluía que el gran tema de la literatura rusa era la liberación de todo tipo de dictadura, incluida la dictadura de «lo ruso». En sentido figurado, deducía Siniavski, todo escritor ruso debería hacerse judío para adquirir una voz literaria, en tanto que Rusia, «la madre Rusia, la perra Rusia», no merecía otra cosa que la condena de la historia por haber «escupido sobre sus cachorros». El manifiesto desató la ira de Solzhenitsyn, recién deportado de la URSS e ídolo moral de la Rusia del exilio. Su opinión cerró para Siniavski las puertas de todas las editoriales: publicarlo significaría ser desleal a «Solzh» e incluso podría acarrear una acusación de colaborar con el KGB. Desde 1978, Rózanova y Siniavski habían empezado a editar una revista propia, Síntaksis, de la que el autor del Archipiélago siempre echaría pestes, teniéndola por guarida de un nefasto pluralismo y de las más irreverentes interpretaciones de clásicos como Pushkin y Gógol.

Daria Vladímirovna, la mujer del prosista liberal

Maria Vasíliyevna Rózanova (n. 1929), la viuda de Andréi Siniavski, es editora. Apodada «la mariscal de campo» en los círculos de la disidencia moscovita y en la emigración, ha sido una de las mujeres más influyentes de la cultura rusa desde los años sesenta. Si su marido tuvo siempre un aire de personaje folclórico, Maria Vasíliyevna hace pensar en algunas heroínas de Dostoyevski y Tolstói: francas, arbitrarias, generosas e imprevisibles. Cuando los agentes del KGB entraron en su casa para una pesquisa domiciliaria y le dijeron que Siniavski había sido detenido, Maria, con un hijo pequeño en brazos, les contestó: «Menos mal. Me temía que estuviera con otra mujer». Los policías requisaron toda la biblioteca, salvo una edición de Borís Pasternak que no detectaron, y Maria Vasíliyevna decidió gastarles una broma. Escondió el libro en casa de una amiga —la hija de Stalin, Svetlana Alilúyeva— y, al no aparecer el título en el inventario de la requisa, fingió indignación y armó un escándalo en el KGB. Todo invitaba a pensar que alguno de los agentes se había llevado secretamente un libro antisoviético y, para hacer callar a Rózanova, le devolvieron la mayor parte de los libros. En otra ocasión,

logró destituir a una empleada de la colonia penitenciaria, que robaba e intimidaba a las mujeres que venían a visitar a sus maridos reclusos. Esta vez, Rózanova hizo uso de la difamación, asegurando a los directivos de la colonia que la mujer era lesbiana y que abusaba de las visitantes.

La mayoría de los disidentes desaprobaba los métodos de Rózanova, y su reputación de provocadora desembocó en una serie de rumores que apuntaban a una supuesta colaboración con el KGB. Es importante precisar que la desclasificación de los archivos del KGB demostró que Rózanova nunca delató a nadie. Antes bien, lo que buscaba realmente era engañar al sistema y manipularlo, aprovechando sus puntos débiles. Gracias al engaño, pudo publicar varios textos que Siniavski le enviaba desde la cárcel. Firmados por Rózanova, los textos aparecían en una revista de historia del arte de la que era colaboradora. Luego, enviaba las publicaciones a su marido, para que el recluso Siniavski pudiera leer sus textos en la prensa oficial.

Andréi Donátovich era bibliófilo y coleccionista, y sugirió a su mujer que vendiese la biblioteca familiar para sobrevivir. En lugar de eso, Maria aprendió a fundir, forjar y soldar metales, y se convirtió en una exitosa joyera. Con lo que no solo consiguió sostener a su familia, sino que le fue posible ayudar a muchos que trataban de emigrar. La emigración no era gratuita, y uno de los impuestos más gravosos era el pago por los diplomas recibidos en las universidades soviéticas. Rózanova creó una especie de fundación de micromecenazgo que ayudaba con esos pagos. Los mayores donantes eran ella y Yevgueni Pasternak, el hijo del poeta.

En París, volvería a utilizar el micromecenazgo para la edición de Síntaksis, revista en la que publicó a todos los parias de la emigración, lo mismo a su marido que a Eduard Limónov. Rózanova simpatizaba con el independiente e inmoral Limónov, el único ruso en París que solía ayudarle a ordenar los sótanos de la editorial. Limónov se sentía igualmente atraído por el temperamento de Maria Vasíliyevna, la mujer que había logrado ahuyentar, armada de un hacha, al ladrón que había entrado en su casa de Fontenay-aux-Roses. Cuando, en 2001, Limónov fue encarcelado, Maria Vasíliyevna viajó a Moscú para declarar a su favor en el FSB, y también movilizó a los escritores emigrados para que participasen en su defensa en Occidente.

Dovlátov también fue un admirador declarado de Rózanova. Tras conocerla en el simposio de 1981, escribió: «Dicen que la mujer de Siniavski es bruja. En París, se cuenta la siguiente historia. Maria Vasíliyevna compra una escoba. El tendero le pregunta: ¿quiere que se la envuelva o prefiere llevársela volando? Sospecho que ella misma inventó el chiste. Es una mujer sarcástica y ocurrente. En resumen, me

cae de fábula». Lo único que irritaba a Dovlátov era el poco entusiasmo que la editora ponía en su correspondencia. Bajo su fotografía, en el álbum No solo Brodski (1988), Dovlátov escribió: «Maria Vasíliyevna tiene una relación especial con la correspondencia. Ni siquiera abre las cartas. […] Los amigos suelen indicar en los sobres: "Dinero". O: "¡Un cheque!". O: "¡Sensacional cotilleo sobre Maksímov!". Lo que tampoco suele servirles de mucho…».

Bolshakov, el director de la revista Kompliment

Vladímir Yemeliyánovich Maksímov (1930-1995) nació bajo otro nombre: Lev Alekséyevich Samsónov. Su padre, un antiguo campesino que se había instalado en Moscú y trabajaba como obrero, fue acusado de trotskismo y desapareció en 1937. En cuanto a la madre, ser esposa de un «enemigo del pueblo» solía llevar aparejada una condena de hasta ocho años en los campos del Gulag, y los hijos eran enviados a internados especiales. Con siete años, Liova huyó de los órganos de tutela y se cambió el nombre para que no lo pudiesen encontrar. Más tarde, lo mandarían a un orfanato, pero ya no como «familiar de enemigo del pueblo», sino como un simple sintecho. Maksímov pasó por colonias penitenciarias para menores y por el Gulag, pero como delincuente común, nunca como preso político, y fue puesto en libertad a los 21 años. Empezó a trabajar como periodista en el sur del país, y finalmente regresó a Moscú en 1956 con un poemario recién editado. En la capital, publicó varias obras, pero las editoriales rechazaban sistemáticamente las dos novelas que el autor consideraba sus obras más importantes y que, finalmente, difundió en el samizdat. En 1973, lo encerraron en un psiquiátrico; al año siguiente tuvo que emigrar y fue privado de su ciudadanía.

A finales de 1974, Maksímov editó el primer número de la revista Kontinent, con textos de Solzhenitsyn, Eugène Ionesco, el académico Sájarov, Iósif Brodski, y con el controvertido «Proceso literario en Rusia» de Abram Terts, alias de Siniavski. El artículo contradecía las ideas del propio Maksímov, pero no podía negarse a publicar a un viejo amigo. La amistad terminó y la colaboración terminaría pronto también. En 1976, los eslavófilos dejaron de publicar a los liberales, y es ese año en el que el protagonista de La filial data el último beso entre Siniavski y Maksímov. Pese a su papel fundamental en la cultura rusa de la época, Maksímov era para Dovlátov una figura odiosa. En una carta a Ígor Yefímov, escribió: «Estoy desgraciadamente convencido de que no son los totalitarios y los demócratas quienes gobiernan el mundo, sino la maldad, la misantropía y la bajeza. El conflicto entre Maksímov y Étkind no es un conflicto entre un autoritario y un liberal, sino entre un palurdo y un profesor. El

enfrentamiento de Maksímov y Siniavski no es el de un terruñero y un occidentalista, sino el de un escritor aburrido y un escritor menos aburrido. Las discordias entre Maksímov y Mihajlo Mihajlov no son las de un patriota con un globalista, sino las de un antiguo delincuente con un represaliado político».

Panáyev, el autor que nunca mencionó a Stalin

El escritor Víktor Platónovich Nekrásov (1911-1987) procedía de la alta nobleza, era pariente lejano de los Romanov y no tan lejano de Ana Ajmátova. Su mejor amigo de la adolescencia era hijo de Anatoli Lunacharski, uno de los hombres más influyentes en la URSS de los años 20. Ni la procedencia, ni el entorno bolchevique de Nekrásov tuvieron en su caso las peligrosas consecuencias que solían acarrear. Víktor era un joven dichoso y alegre, y fue a la guerra como integrante de un grupo teatral que se dedicaba a animar a los soldados en el frente. Pronto tuvo que dejar la compañía para ser zapador, y se pasó la guerra cavando zanjas y trincheras y plantando minas. Las circunstancias que rodearon su debut literario, con el libro En las trincheras de Stalingrado, fueron paradójicas. Nekrásov empezó a escribir la novela recién terminada la guerra y, a principios de 1946, ya ofrecía el manuscrito a las editoriales. Su estilo era inesperadamente llano, las frases lacónicas y libres de adornos. En la época del pesado clasicismo estalinista, aquella simpleza resultaba atrevida y casi iconoclasta. Pero lo más chocante era su contenido. Los personajes no eran ni héroes ni villanos, sufrían la estupidez de los mandos y la omnipresente escasez: faltaban armas, ropa, agua. Los soldados, atravesados por proyectiles, se extraían las tripas con sus propias manos; y sus compañeros los enterraban en las trincheras sin olvidarse de arrebatar al cadáver el tabaco y el papel de fumar. No era extraño que nadie se atreviera a publicar el libro. Algún alma diligente se ocupó de hacer llegar el escandaloso manuscrito al Generalísimo, pero, en lugar de enfurecerlo, la obra del joven Nekrásov le encantó. En las trincheras de Stalingrado recibió el premio Stalin, se convirtió en la más importante obra sobre la Guerra y cambió el curso de la literatura soviética.

Entre los admiradores de Nekrásov estuvieron Andréi Platónov, Varlam Shalámov y Borís Pasternak; su estilo influenció a toda una generación de escritores. En parte, esa popularidad e incluso el título mismo de la novela provocaron que la desestalinización se llevara por delante la carrera de Nekrásov: los funcionarios de la época de Jruschov lo acusaron de haber enaltecido a Stalin. Semejante acusación era del todo insostenible, y Dovlátov apenas exagera cuando dice que el escritor prescindió totalmente del nombre de Stalin en su

novela (en realidad, aparecía en dos escenas: en ambas ocasiones en relación con retratos del Secretario General). Para el Politburó, el delito de Nekrásov consistía en su independencia, en una incapacidad natural para seguir las directrices sin reflexionar. Nunca fue un rebelde; al contrario, Nekrásov era tolerante y todo el mundo lo tenía por persona bondadosa. Simplemente, no podía actuar de otra manera. Como indica Dovlátov en la necrológica que le dedicó, los disidentes solían reprocharle su despreocupación, su miopía moral. Fuera o no del todo cierta, la sinceridad de Nekrásov acabó provocando la irritación de las autoridades. Se insinuó que los éxitos del escritor en la época de Stalin se habían debido solo a la arbitrariedad del tirano. Sus sucesores fueron más coherentes. Cuando Nekrásov publicó un artículo sobre la necesidad de un monumento a las víctimas de Babi Yar (los barrancos a las afueras de Kiev donde, durante la ocupación nazi, fueron fusiladas alrededor de 200 000 personas) lo acusaron de «propaganda sionista». Y, tras una gira por América y Europa, de «adulación a Occidente». La gota que colmó el vaso fue su apoyo expreso a Brodski, Solzhenitsyn y Siniavski. A finales de los sesenta, lo dejaron de publicar y sus libros desaparecieron de las bibliotecas. A principios de los setenta fue expulsado del Partido y de la Unión de escritores y el KGB lo sometió a vigilancia permanente.

En 1974 Nekrásov y su mujer solicitaron permiso para viajar a Europa y no regresaron. En París, fueron acogidos por Siniavski y Rózanova. Vladímir Maksímov propuso a Nekrásov ser editor adjunto de la nueva revista Kontinent. Ese cargo y el temperamento bondadoso del escritor lo convirtieron en el mediador entre eslavófilos y liberales (él mismo llegó a calificarse como «ajada paloma de la paz»). En el simposio de 1981, los jóvenes autores —Limónov, Bókov, Tsvetkov— acusaron a la revista de Maksímov de tendenciosa y conservadora. Nekrásov, único representante de Kontinent, se vio forzado a pedirles perdón. Dovlátov desaprobaría el ataque contra Nekrásov: «No digo que la revista de Maksímov no merezca ningún reproche, yo mismo tengo serios reproches que hacer a Maksímov. ¿Pero qué tiene que ver Nekrásov con eso? […] Nekrásov estaba triste después de aquella sesión. Y a mí me avergonzó nuestro comportamiento».

Ruvim Kovriguin, el poeta eslavófilo

El poeta Naum Moiséyevich Mándel, conocido artísticamente como Korzhavin (1925-2018), tenía veintidós años y era estudiante del Instituto Literario de Moscú cuando lo arrestaron por «recitar poemas ideológicamente equivocados». Pasó casi un año en la cárcel del MGB

(futuro KGB) y en el instituto psiquiátrico Serbski. Permaneció tres años desterrado en Siberia y otros tres, en Kazajistán, desde donde regresó a Moscú en 1954. Durante el deshielo de Jruschov, pudo publicar un libro de poemas y poner en escena una obra teatral. Sin embargo, el apoyo que prestó a Siniavski y Daniel, sus futuros adversarios, llevó a la prohibición de su obra y a un nuevo período de acoso al poeta, cuyos libros empezaron a circular en el samizdat. Durante un interrogatorio, en 1973, los «órganos» le sugirieron que emigrara. En Occidente, vino a colaborar con el editor Vladímir Maksímov, y fue el único representante de los «eslavófilos empedernidos» en el simposio de mayo de 1981. Sus intervenciones fueron las más llenas de indignación: Korzhavin reprochaba a la crítica literaria que no vigilara el desarrollo «correcto» de la literatura ni tampoco estableciera su «camino principal». En cuanto a Dovlátov, que, como redactor jefe, procuraba que su semanario fuese ameno, Korzhavin le negó papel alguno en el proceso literario ruso. De hecho, tampoco lo reconocía como escritor y lo tenía por un simple periodista sin escrúpulos. En alguna ocasión, expresó su displicencia al respecto en forma de falsa anécdota histórica: «¿Qué corriente predomina en su gaceta?, preguntó un gobernador de Petersburgo al editor del diario Kopek. A lo que el editor respondió: La corriente dominante son las ganas de comer, excelencia».

Samsónov, el popular prosista

Los padres de Vasili Pávlovich Aksiónov (1932-2009), exitosos funcionarios bolcheviques, fueron arrestados uno después del otro en 1937, y el niño inmediatamente internado en una institución para hijos de «enemigos del pueblo». A los dieciséis años, Vasili obtuvo autorización para trasladarse a Magadán y reunirse allí con su madre, Yevguéniya Guínsburg, superviviente de los campos de Kolimá y futura autora de El trayecto abrupto (El vértigo. Galaxia Gutenberg, 2005).

Pese a su penosa infancia, Aksiónov no se sumó al coro de la taciturna literatura clandestina de la época. Desde sus primeras novelas, exhibió un estilo elegante y refinado en el que dominaban los retruécanos, los experimentos narrativos y un erotismo insólito en el medio literario soviético, convirtiéndose en uno de los escritores más populares entre la juventud intelectual. En 1961, con solo veintisiete años, publicó en la prestigiosa editorial Soviétski Pisátel su primer libro, Colegas, con una tirada de 150 000 ejemplares. Al año siguiente, el libro fue llevado al cine, y Aksiónov aumentó su popularidad, acompañada de un considerable bienestar económico.

En un viaje a Leningrado, conoció a Asia, recién casada con

Dovlátov. Cuando, en julio del mismo año, Serguéi fue llamado a filas, su mujer «ya se había enamorado de un famoso literato capitalino», como cuenta en Oficio. Los éxitos de Aksiónov durante el deshielo no impidieron que, a finales de los setenta, dejaran de publicarlo. Aprovechando su estatus de ídolo de la nueva prosa rusa, el escritor decidió emigrar. Carl Proffer, de Ardis, iba a publicar su novela autobiográfica Quemadura, y Aksiónov pidió a su viejo amigo Iósif Brodski que hiciera promoción del libro. Desgraciadamente para Aksiónov y para Ardis, el poeta se negó a elogiar la novela, e incluso llegó a observar que «parecía escrita con una fregona». Aquel comentario privado se convirtió en un secreto a voces y terminó amargando la llegada de Aksiónov a los Estados Unidos. Justa o no, la frase parecía destinada a destronar al rey. Dovlátov decidió entonces apoyar a su antiguo rival; estuvo entre los que recibieron a Aksiónov en el aeropuerto de Nueva York y compartió con él su experiencia de recién emigrado. En sus cartas, confesaba no ser capaz de terminar los libros de Aksiónov, aunque le era simpático por su actitud ligera, amable y cosmopolita. Además, seguía siendo «autor personal» suyo, uno de los ídolos literarios de su juventud, lo que le producía atracción y repulsión a un tiempo. Aksiónov dejó alrededor de cuarenta libros de prosa, ocho obras de teatro y el guion de once películas.

Yuzovski, el apologista del absurdo y de la lengua rusa

Yuz, o Iósif Yefímovich Aleshkovski (n. 1929). Cantautor, guionista y escritor, emigrado desde 1979. Autor de una de las canciones rusas más importantes del siglo, que durante años se creyó de naturaleza «popular», elaborada con alusiones a los escritos de Stalin (El marxismo y los problemas de la lingüística), clichés ideológicos y jerga del Gulag:

Camarada Stalin, es usted un gran estudioso,
que de lingüística entiende más que nadie.
Yo, en cambio, soy un simple preso soviético
que merece ser camarada de los lobos…
… A decir verdad, ignoro mi delito,
pero seguro que el fiscal tiene razón.
Donde yo estoy ahora encerrado,
estuvo usted desterrado por el zar…
… Aquí, en la Siberia profunda,
los vigilantes son crueles como perros.
Desde luego, lo entiendo todo
como una escalada en la lucha de clases…

… Ora llueve, ora nieva, ora muerden los mosquitos,
talamos árboles del alba al amanecer.
Aquí encendió usted la llama: ¡gracias!
Con este fuego entro ahora en calor…
… Siga fumando otro milenio, camarada Stalin,
y aunque yo la palme en la taiga,
sé que se duplicará la forja de acero
per cápita, gracias a usted.

Aleshkovski empezó a componer canciones tras cumplir condena por haber robado el coche del secretario del Comité Regional en Vladivostok, mientras cumplía su servicio militar en la Armada soviética. Al ser liberado, trabajó como peón de la construcción, de conductor en un koljós y, finalmente, de fontanero en Moscú. En la capital, pudo publicar varios libros infantiles y dedicarse a tiempo completo a la literatura. Sus canciones, entretanto, iban ganando popularidad sin que nadie conociera su autoría. En 1979, Aleshkovski publicó la letra de varias canciones en Metropol, una colección de textos censurados editada en samizdat. Poco a poco, se vino a saber que tras las populares baladas carcelarias había un literato de éxito, autor de cuatro libros infantiles con tiradas de cientos de miles de ejemplares. Aquello puso fin a su carrera en la URSS y lo abocó a una más que probable persecución legal. Aleshkovski y su familia tuvieron que emigrar, y la tercera emigración recibió con laureles al popular cantautor, tan admirado por Brodski como por los taxistas neoyorquinos. Su ingenio y virtuosismo para combinar diferentes registros del habla y reinterpretar frases hechas, citas y lugares comunes lo convirtieron en un clásico de la canción rusa y, al mismo tiempo, en un autor perfectamente intraducible, como puede percibirse en el intento de la página precedente.

En Los Ángeles, Aleshkovski dirigió contra Limónov una crítica tan feroz que más tarde pediría que su intervención fuese eliminada de las actas. A Dovlátov aquella desavenencia le extrañó: «Parece increíble el fervor con el que Aleshkovski criticó a Limónov. Ambos pintan la vida en tonos sombríos. Ambos recurren a las más coloridas expresiones. Ambos son eminentes representantes del género “negro”. Puede decirse que lo que se produjo fue un conflicto entre lo terrible y algo más monstruoso todavía…».

Foguelsón, el editor que no publicaba a los currantes

Antes de su emigración en 1973, Víktor Borísovich Perelmán (1929-2003) había sido colaborador y editor de los periódicos Trud (Trabajo), Soviétskiye profsoyuzy (Sindicatos soviéticos) y, desde

1968, del semanario Literatúrnaya gazeta, uno de los periódicos más progresistas y liberales de la época. En el semanario, de plantilla mayoritariamente judía, solo Perelmán llevaba su verdadero apellido, y con él firmaba sus textos (los linotipistas trataban de disimularlo, abreviando la última sílaba y utilizando letra pequeña).

En su último artículo publicado en la URSS, Perelmán criticaba las restricciones territoriales para antiguos presos, que tenían prohibido instalarse en un radio de cien kilómetros alrededor de las ciudades importantes. Aludía a que era una inhabilitación anticonstitucional, y aunque no comparaba abiertamente los dos fenómenos, su argumentación evocaba el «límite de asentamiento» para los judíos en el Imperio Ruso. El artículo provocó la ira de las autoridades; Perelmán fue despedido y solicitó la repatriación a Israel, donde se estableció en 1973. En 1975, Perelmán fundó en Tel Aviv la revista mensual Vremia y My (El Tiempo y Nosotros), que editaría la primera parte de Oficio —El libro invisible— en 1977. Perelmán sacaba adelante la revista prácticamente solo, con la mínima ayuda de su esposa y de algunos voluntarios. La colaboración entre ambos continuaría hasta la muerte de Dovlátov, pese a que varias veces Perelmán juró que no volvería a publicar al escritor. Desde 1980, Perelmán vivía en Nueva York, y desde allí viajó a Los Ángeles en compañía de Dovlátov, invitados los dos al congreso de eslavística. Recordando el viaje, Dovlátov caracterizaría a Perelmán como «el director de nuestra mejor revista y un hombre enigmático. […] Su revista es igual de enigmática. Observen si no: allí, la prosa es terrible; la poesía, horripilante; la crítica literaria, inexistente; y, pese a todo lo anterior, ¡es nuestra mejor revista!».

La anécdota del grafómano que hostigaba al editor en la URSS y en la emigración figura en las memorias del propio Perelmán. El individuo tenía la costumbre de acompañar sus cartas con cierta suma en efectivo, suficiente para responderle. Cuando Víktor Borísovich, ya en Israel, recibió un manuscrito y 250 chelines austriacos de un tal Naúm Lífshits, al instante reconoció a su antiguo corresponsal, que había emigrado y cambiado de apellido. Finalmente, ambos se instalaron en Nueva York, y Perelmán, incapaz de librarse de Lífshits, tuvo que contratarlo como responsable de las suscripciones de la revista.

Cuando Dovlátov dimitió de su cargo de redactor jefe en El Nuevo Americano y Borís Métter, su antiguo director, lo demandó, Víctor Perelmán fue tan imprudente como para aceptar reemplazarlo. Dovlátov le comentaba en una carta a Ígor Yefímov: «Perelmán, en lugar de pedirme consejo, aceptó mi maldito puesto. De resultas, cuatro policías lo sacaron en volandas de la redacción, y encima tuvo que pagarle a Métter doce mil dólares».

Lemkus, el enigmático activista religioso

Lemkus el «enigmático activista religioso», comparece en varios libros de Dovlátov: concretamente en Oficio, La filial y La extranjera, donde recibe el nombre de Grigori. El personaje está inspirado en Mijaíl Morgulis (1942-2021), vecino de Dovlátov emigrado en 1976, editor del semanario El Correo Literario y autor de una obra abundante y prolija. Durante años fue cliente asiduo de Yelena Dovlátova, que componía sus relatos para la revista Vremia y My de Víktor Perelmán. Como miembro de la comuna baptista, Morgulis ayudó a inscribir a Katia Dovlátova en un campamento infantil de dicha iglesia.

Dovlátov no exagera al presentar a Lemkus como director de la emisora Radio Transmundial. Aparte de evangelizador radiofónico y televisivo, fue también fundador y líder del movimiento Diplomacia Espiritual, presidente de la Asociación Panamericana Puente Cristiano, embajador honorífico de Aleksandr Lukashenko en el Estado de Florida, consejero de George Bush hijo en los asuntos de Rusia, Ucrania y Belarús y autor de varios manifiestos, como Contra la invasión masiva de Estados Unidos en Ucrania (2014) y Trump: América ha despertado (2016). Condecorado con la medalla Beato del Mundo y con el premio Pluma de Plata de Rus. Es también autor de la colección de relatos Añorando el paraíso y del libro de memorias Cara a cara con la vida.

Dovlátov tuvo varios altercados con su vecino en el terreno periodístico. Entre otras cosas, se lamentó de que Morgulis hubiera conseguido ser el primero en entrevistar a Vasili Aksiónov en el continente americano, y también de que hubiera sembrado la entrevista de errores gramaticales (hijo, sobrino y marido de correctoras, Dovlátov era muy sensible acerca del particular). Más tarde, Morgulis acusaría a Dovlátov de difamación y de plagio. Y, efectivamente, aunque Dovlátov solía razonar su desinterés por los relatos de Morgulis, asegurando que nadie los recomendaba, la realidad es que los leía y que llegó a utilizar giros del extravagante individuo en alguno de sus textos.

Erdman, el crítico literario

Traductor, filólogo y teórico de la poesía, Yefim Grigóriyevich Étkind (1918-1999) desató la furia de las autoridades soviéticas en 1964, durante el juicio a Íosif Brodski, cuando testificó en favor del acusado. Durante los siguientes diez años sufriría el acoso de esas

mismas autoridades por su apoyo a Solzhenitsyn y a Sájarov. Finalmente, tras participar en la edición clandestina de los poemas de Brodski, Étkind se vio obligado a emigrar. Vivió el resto de su vida en París, donde fue profesor de la Universidad de Nanterre. Amigo de Siniavski y Rózanova, fue colaborador habitual de Síntaksis. Pese a ciertas discrepancias teóricas, los tres pertenecían a la corriente liberal y «occidentalista» de la emigración rusa. Dovlátov se refiere también a Étkind en Oficio (pp. 77-78, 285).

Litvinski y Shaguin, los santos ateos

Pável Mijáilovich Litvínov (n. 1940) es físico y defensor de los derechos humanos. Nieto del comisario popular de asuntos exteriores Maxim Litvínov, en 1968 Pável se manifestó contra la agresión soviética en Checoslovaquia. Su participación en la así llamada «Demostración de los Siete en la Plaza Roja» y su actividad editorial clandestina le costaron seis meses de cárcel y un posterior destierro. En 1974, emigró. Pertenecía al bando «liberal» y era colaborador de Síntaksis, la revista de Rózanova y Siniavski.

Por su parte, Borís Iósifovich Shraguin (1926-1990) fue filósofo, disidente, presentador de Radio Liberty y, por supuesto, colaborador habitual de Síntaksis. Al igual que Litvinski, Shraguin emigró en 1974 y se sumó rápidamente a los «liberales». Aunque siempre ironizó acerca de su estilo periodístico, «aburrido y ruidoso» a la vez, Dovlátov se consideraba amigo de ambos y, a grandes rasgos, de su misma cuerda. En agosto de 1990, Dovlátov escribió para Síntaksis la necrológica de Shraguin. Nueve días después, seguía los pasos de su amigo. La revista parisina publicó las dos necrológicas en el mismo número.

Serguéi Dovlátov. Una cronología

1941: Serguéi Donátovich Méchik nace en Ufá, al oeste de los Urales meridionales, el 3 de septiembre. Sus padres —la actriz Nora Dovlátova, de origen armenio, y el director de teatro Donat Méchik, de familia judía— han sido evacuados desde Leningrado hasta la ciudad baskiria en los inicios de la invasión alemana. Serguéi es el nombre preferido de Nora. No solo lo elige para el niño sino que, por razones de eufonía, cambia su propio patronímico. Así, Nora Stepánovna pasa a llamarse Nora Serguéyevna.

1942: Según los archivos de la contienda, la familia es evacuada de nuevo a un emplazamiento más occidental: Novosibirsk. Dovlátov nunca menciona este hecho en su obra, mientras que su lugar de nacimiento y su legendario y fortuito encuentro con Andréi Platónov merecen varias menciones.

1944: Los Dovlátov regresan a Leningrado para instalarse en las dos habitaciones concedidas a Nora Serguéyevna por su trabajo en el Teatro Dramático Regional de Leningrado. La acompañan su marido, su suegra, el pequeño Seriozha y Anelia, una de las hermanas de Nora. El resto de la vivienda comunal en la céntrica calle Rubinstein está ocupado por otras dos familias y por cuatro solteros; uno de ellos, el antiguo propietario del piso nacionalizado.

1946: Los padres de Serguéi Dovlátov se divorcian. Donat Méchik, al que el hijo suele dirigirse simple y amistosamente como «Donat», se va de casa. (Años más tarde volverá a casarse, esta vez con la que había sido la niñera de la familia, una muchacha solo siete años mayor que Seriozha). La madre de Donat ha muerto y Anelia se ha casado, de modo que Nora y Seriozha se quedan las dos habitaciones para ellos solos, lo que provoca la envidia de los vecinos y la consiguiente sucesión de intrigas y delaciones. Logran conservar la superficie habitable gracias a la ayuda de la influyente Nina Cherkásova, la

mejor amiga de Nora. Unos pocos años antes, su esposo, el actor Nikolái Cherkásov había recibido el primer Premio Stalin; sus interpretaciones de Alejandro Nevski y de Iván el Terrible en las películas homónimas de Serguéi Eisenstein tendrán una importancia decisiva para la construcción del mito ideológico ruso.

1948: Precedida por el asesinato del director teatral Solomón Mijoels en enero de este año, da comienzo la persecución estatal de los judíos, a los que se califica de «cosmopolitas sin raíces». Seriozha ingresa en el colegio clasificado en función del apellido y la etnia de su padre (contra la costumbre judía, la burocracia soviética da prioridad a la transmisión paterna) y el primero de septiembre debe presentarse ante los compañeros de clase. Al oír «Seriozha Méchik, judío», los niños se mofan del chico gordito, cuyo apellido recuerda la palabra «pelota» (miáchik, en ruso) y cuya etnia sería públicamente reprimida a lo largo de las dos décadas siguientes.

1955: Una de las tías de Serguéi, la correctora Margarita Stepánovna Dovlátova, inaugura un seminario para jóvenes literatos en el que participan unos cuantos escritores que publicarán sus primeras obras en el siguiente decenio. Las sesiones suelen terminar en la vivienda de la tía Mara, en la misma calle Rubinstein, y su sobrino adolescente no pierde ocasión de asistir. El periódico Léninskiye Ískri (Las Chispas de Lenin) acoge los primeros poemas de Serguéi Méchik: «Acerca de un gato» (1955), «Estadio», «Turistas», «Primavera» (los tres en 1956), «Diez años después», «Aparato milagroso», «¿Dónde está el disfraz de elefante?» (los tres en 1958).

1956: Aparte del trascendental XX Congreso del Partido Comunista, que marca el principio de la desestalinización y del deshielo, hay otra aportación de Jruschov que resulta decisiva para Leningrado: la ciudad se abre para los vecinos finlandeses, que obtienen el derecho de visitarla como turistas. Comienza la era del estraperlo. Las calles céntricas se convierten en pasarelas llenas de jóvenes vestidos a la última con prendas «de marca», es decir, de fabricación extranjera. Miles de botellas de champán son descorchadas mientras los vendedores ilegales de uno y otro lado cierran sus acuerdos.

1957: Serguéi recibe su primer pasaporte tras cumplir dieciséis años. Gracias a que sus padres están divorciados, puede indicar «Dovlátov» en la casilla del apellido y «armenio» en el infame quinto epígrafe del documento. Después de las clases, se dirige al Palacio de los Pioneros, una antigua residencia de los Románov en la avenida

Nevski, donde se inscribe en el club de jóvenes poetas Derzanie (Audacia) y entrena con el equipo de boxeo.

1959: Se matricula en la facultad de Filología de la Universidad Zhdánov. Entre los profesores que que pasaron por la facultad en distintas épocas estuvieron Tadeusz Zieliński, Vladímir Propp y Borís Eijenbaum. Como especialidad, elige Filología Finesa, calculando que podría serle útil en el mundo del comercio ilegal. Y, efectivamente, pese a sus discretos éxitos académicos, pronto organiza un cursillo clandestino de finés para estraperlistas. En diciembre, conoce al amor de su vida, Asia Pekuróvskaya.

1960: Asia y Serguéi son una de las parejas más brillantes de Leningrado, asiduos en las mejores fiestas y reuniones bohemias. Sin embargo, las turbulencias están presentes casi desde desde el primer día en la relación, y Serguéi exaspera a Asia con sus frecuentes arranques de celos. Asia viste prendas caras de importación. Serguéi, por el contrario, hace gala de cierta aristocrática negligencia y sale a la avenida Nevski con zapatillas de andar por casa.

1962: A principios de año, los novios se separan. Serguéi encomienda entonces a varios amigos la misión de persuadir a Asia de que su matrimonio es necesario e inevitable. En marzo se casan, y Asia se muda al piso comunal de la calle Rubinstein. Una tarde, comunica a su marido que lo abandona por otro. Serguéi saca una escopeta, apunta a Asia y dispara al techo. Una nube de escayola los cubre a ambos. Alarmada por el ruido, Nora Serguéyevna irrumpe en la habitación y le sacude un bofetón a su hijo. Asia vuelve a la casa paterna. Serguéi deja los estudios; en verano lo expulsan de la universidad y se ve abocado al servicio militar. Es destinado a los campos de la república polar de Komi como carcelero.

1963: Rodeado de delincuentes y de soldados desequilibrados, Dovlátov se siente cada vez más amenazado física y, sobre todo, mentalmente. Para colmo, los padres de una novia komi, a la que conoce en Syktyvkar, a unos 200 km al sur de la colonia penitenciaria, aseguran que la chica está embarazada. Dovlátov pide ayuda a Donát, que tiene amigos influyentes en el Ministerio del Interior, y en mayo consigue el traslado a una unidad cerca de Leningrado. Al estar casado, goza de frecuentes licencias para ver a su esposa. En realidad, ya no cuenta con seguir viéndose con Asia, por aquel entonces enamorada de Vasili Aksiónov, el prosista más exitoso de su generación. Los permisos transcurren en cafés y restaurantes, con los viejos amigos, y en las reuniones de los numerosos grupos literarios

que brotan como hongos en ese lustro, el más liberal de la historia soviética hasta la Perestroika. Un día, en el legendario café Séver, se topa con una antigua conocida, Yelena Ritman. Desde hace tres años, se veían en las fiestas de amigos comunes; algunas veces, Serguéi, siendo todavía el novio de Asia, acompañaba a Lena hasta su casa. Esta vez, la atracción mutua acaba en noviazgo, y Dovlátov pasará con Lena el resto de sus permisos.

1965: Dovlátov se licencia en agosto; un mes después Yelena está embarazada. Dovlátov intenta normalizar su vida. En primer lugar, empieza a trabajar en el periódico del Instituto de Construcción Naval de Leningrado, que se reparte gratuitamente entre los estudiantes y en el Astillero. Los contenidos de ese boletín son estrictamente ideológicos, y Dovlátov odia el trabajo. En segundo lugar, debido a que Nora Serguéyevna ha alquilado una de las dos habitaciones a un estudiante del Conservatorio, Lena y Serguéi buscan un cuarto en una vivienda comunal en las afueras. Es el único período en la vida leningradense de Dovlátov en el que no reside en la calle Rubinstein. En varias ocasiones, Serguéi resulta incapaz de identificar su casa y acaba en el punto de detención de los borrachos.

1966: En abril, se mudan a la casa de Nora Serguéyevna. Un enorme armario de finales del siglo XVIII delimita dos mitades de su habitación: la de la cuna, y la de la futura abuela, tras el armario. El 6 de junio, aniversario de Aleksandr Pushkin, nace Yekaterina Serguéyevna. Poco antes, Serguéi llama a Asia para pedirle el divorcio.

1967: El primer intento de divorcio termina en fracaso. Los dos están muy ilusionados por verse después de una larga separación: Serguéi bromea, Asia ríe, él intenta calmarla tapándole la boca. La jueza aduce que parecen dos tortolitos y rechaza la solicitud de divorcio. En febrero, Dovlátov es nombrado redactor jefe del periódico. Tras la Guerra de Los Seis Días, la URSS y otros países socialistas rompen las relaciones diplomáticas con Israel. Crece el antisemitismo oficial y también la presión sobre los círculos creativos. Yuri Andrópov es nombrado jefe del KGB. En diciembre, Dovlátov lee sus relatos en la Casa del Escritor; el auditorio, a rebosar, elogia al autor casi unánimemente. Es el mayor reconocimiento que obtendrá el escritor en su patria antes de su partida.

1968: En enero, se celebra una concurrida velada en la Unión de escritores. Intervienen jóvenes poetas, prosistas y críticos literarios. Alrededor de una decena de autores, entre ellos Serguéi Dovlátov y Iósif Brodski, leen sus últimos textos. Presenta sus obras el poeta y

pintor Yákov Vinkovetski. Al día siguiente, varios miembros de la Unión dirigen una denuncia al Comité Central y a los órganos municipales en la que califican el evento como un «bien organizado mitin sionista». Por primera vez, la revista Krokodil publica un relato de Dovlátov, «Hubo un tiempo en que habitábamos en los montes», sobre una familia armenia que vive en un gran bloque de apartamentos pero conserva sus costumbres montañesas. La redacción de Krokodil recibe una oleada de cartas de indignación remitidas desde Armenia, y Dovlátov se ve obligado a ir a Moscú para presentar una nota explicativa. Sus disculpas ante el pueblo armenio ven la luz en el siguiente número de la revista. La venerada escritora Vera Panova emplea a Dovlátov como secretario y asistente. Se consuma el divorcio entre Asia y Serguéi.

1969: En abril, Dovlátov deja su cargo en el periódico naval e ingresa en un taller de tallado de piedra. Aspira a una cualificación con la que poder sostenerse en el futuro. Trabaja en cementerios y ayuda a cincelar diversos monumentos, incluido el de Lomonósov en una nueva estación de metro. Dovlátov conoce allí a quien luego, en 2016, será el autor de la estatua dedicada al escritor en la calle Rubinstein. Por fin legaliza su matrimonio con Yelena. En diciembre, huye a Kurgán, en los Urales del Sur, donde vive su amigo, el antiguo aviador Viacheslav Veselov. Piensa pasar allí varios meses, publicando en la prensa local y trabajando en una piscifactoría.

1970: A principios de año, Dovlátov se desilusiona con la severa vida en los Urales, y regresa a Leningrado. Se entera de que Asia Pekuróvskaya está enferma de gripe y le hace una visita amistosa. En noviembre, su exmujer da a luz a María, la segunda hija de Dovlátov, que se muestra dispuesto a reconocerla con la condición de que Asia vuelva a estar con él. Ninguno de los dos acepta las propuestas del otro. Comienza la ola de la emigración judía: un millar de ciudadanos soviéticos abandona el país con visados israelíes.

1971: En este año, trece mil personas obtienen autorización para emigrar a Israel. Entre ellos, el escultor Mijaíl Shemiakin, figura de culto no oficial de Leningrado. Serguéi y Yelena Dovlátova se divorcian, pero se ven obligados a seguir compartiendo techo. La vida se hace imposible. En una sola ocasión, Dovlátov decide visitar a Asia, pero se niega a acercarse a la cuna de su hija. No volverá a ver a Asia hasta al cabo de diez años. Nunca verá a María.

1972: Más de treinta mil personas emigran de la URSS con visados judíos, entre ellos, Iósif Brodski. Dovlátov empieza a escribir una

novela biográfica titulada Cinco esquinas. La primera parte, «Solo en el cuadrilátero», trata de su relación con Asia Pekuróvskaya y verá la luz quince años después, refundida en La filial. En septiembre, Serguéi escapa a Tallin, donde confía en poder publicar gracias a la menor presión ideológica que espera encontrar en Estonia. Se aloja en la casa de Tamara Zibunova, a la que ha conocido en una fiesta en Leningrado. Como recordará Tamara, su huésped le da dos opciones: llamar a la milicia para que lo desaloje o iniciar una relación con él. Para poder empadronarse en Tallin, Dovlátov se contrata como fogonero en una sala de calderas, empleo habitual entre los intelectuales disidentes de la época, miembros de una «generación de barrenderos y de guardas». A finales de ese año, empieza a colaborar con varios periódicos locales.

1973: Dovlátov encuentra una vacante en la plantilla del semanario Marinero de Estonia, donde ejerce de secretario. En verano abandona ese cargo para convertirse en corresponsal de Estonia Soviética, el diario oficial de la república, vinculado al Partido. Mientras tanto, dos revistas, una en Moscú y otra en Leningrado, publican sus relatos. La novela autobiográfica inédita alcanza ya los dos volúmenes. El número de ciudadanos que abandonan la URSS como repatriados judíos alcanza los treinta y cuatro mil. Asia Pekuróvskaya y su hija María emigran usando visados israelíes.

1974: Varios amigos son encarcelados; entre ellos, Mijaíl Jéifets y Vladímir Maramzín, editores de Brodksi; otros, como Valeri Voskobóinikov, personaje de Oficio, y Vladimir Soloviyov, uno de los futuros biógrafos de Dovlátov, empiezan a colaborar con el KGB. En Moscú, ve la luz el relato «Entrevista». Dovlátov se avergüenza de la calidad del texto, por el que cobra la inverosímil suma de cuatrocientos rublos. Paga sus deudas y se compra un reloj decente, jurándose que no acabará en una casa de empeños. Tamara lleva el reloj a un grabador para que escriba en su envés: Própity Dovlátovym (lo que se traduce literalmente como: «empeñado por Dovlátov para comprar bebidas alcohólicas»). Una amiga que trabaja en la editorial Eesti Raamat recomienda la novela inacabada de Dovlátov a su jefe. Partiendo de diversos episodios narrados en la novela, Dovlátov compone una colección titulada Cuentos urbanos. El libro apasiona al editor y la publicación se programa para comienzos del año siguiente, pero el proceso se paraliza en diciembre: unos chequistas han hallado el manuscrito de Zona en la casa de un amigo disidente. Dovlátov intenta a la desesperada que la publicación salga adelante. Tamara está embarazada.

1975: La edición está paralizada. Los manuscritos de Dovlátov han sido confiscados por el KGB. Los colegas de Estonia Soviética lo someten a un «tribunal de camaradas» y Dovlátov se ve obligado a dimitir. El 8 de marzo, superando la borrachera y la desesperación, Serguéi sube al tren para Leningrado. Antes de partir, aprovecha para felicitar a Tamara: es el día de las mujeres; a la mañana siguiente, hace lo propio con Lena y Nora Serguéyevna. Su amigo Valeri Voskobóinikov, redactor literario de la revista Kostior, le ofrece sustituir a una editora durante sus meses de baja por embarazo, apenas hasta el verano. Unos amigos le aconsejan entonces que pruebe a trabajar de guía en el parque Pushkin, cerca de Pskov, pero a Dovlátov le intimida la perspectiva de desempeñarse en otra profesión desconocida. Termina la tercera parte de su novela y escribe fragmentos de lo que luego será Compromiso. A principios de septiembre viaja a Tallin, donde se pasa los días de juerga a la espera del nacimiento de su tercera hija. Los padres la bautizan Aleksandra, en homenaje a Pushkin. A finales de mes, Dovlátov regresa a Leningrado y consigue recuperar el empleo en Kostior. Emigran sus amigos el poeta Yákov Vinkovetski y el editor Vladímir Maramzín.

1976: Debido a su conflicto con el KGB y catalogado como «autor ideológicamente inestable», Dovlátov es excluido de la Unión de Periodistas, sindicato al que había pertenecido durante diez años. Menos prestigiosa que la de Escritores, en la que solo se admiten autores con obra impresa, la Unión de Periodistas al menos protegía a Dovlátov social y jurídicamente. Desde el punto de vista legal, cualquier pérdida de empleo podía derivar en una acusación de parasitismo, como le sucedió a Brodski en 1965. Al quedarse definitivamente sin su cargo en la revista Kostior, Dovlátov se arriesga a publicar en el extranjero y envía sus manuscritos a París con una contrabandista francesa de origen ruso. De mayo a septiembre, trabaja como guía en el Parque Pushkin. En otoño se contrata como vigilante en una gabarra. Entre los emigrados de este año se encuentra su amigo, el poeta y exredactor de Kostior Lev Lósev.

1977: A principios de año, llega a Leningrado Carl Proffer, director de la editorial estadounidense Ardis, especializada en la literatura rusa censurada por los comunistas. Dovlátov le ofrece El libro invisible, la tercera parte de su novela autobiográfica, que narra su calvario editorial. Proffer no muestra gran interés en el libro, pero sí en su autor, de modo que se lleva el manuscrito consigo a Estados Unidos, donde inmediatamente lo publica en ruso y emprende su traducción al inglés. Dos revistas de tamizdat, la parisina Kontinent y la israelí Vremia y My, publican fragmentos de Zona. Dovlátov pasa su segundo

verano en el parque Pushkin y empieza a describir esa experiencia en un texto que más tarde se convertirá en Retiro. Yelena tramita los visados para salir de la URSS junto a su hija Yekaterina.

1978: Ardis publica la traducción inglesa de El libro invisible. En febrero, Lena y Katia vuelan hacia Viena. Durante la despedida, Serguéi sacude su bufanda mientras el avión se prepara para despegar, y a la mañana siguiente despierta con una faringitis aguda. Pide que le cubran las espaldas en la gabarra: un amigo falsea su firma. Al día siguiente está peor y no le queda otra opción que llamar al médico, quien lo encuentra tan beodo a causa de la cura tradicional rusa que, en lugar de concederle la baja, lo denuncia por beber en horario laboral. La denuncia y el fraude del primer día bastan para el despido. Ya no vive en el piso comunal: mientras estaba en Tallin, Nora consiguió cambiar sus dos habitaciones por una vivienda particular en la misma calle Rubinstein. Es allí donde Dovlátov se atrinchera, mezclando día y noche en un interminable delirium tremens. Sus publicaciones en Occidente provocan el interrogatorio de varios amigos; también el de Tamara, su compañera de Tallin. El KGB intenta que la milicia lo detenga, pero Dovlátov logra evitar el arresto gracias a un vecino que lo advierte con la consigna «¡Ya vienen las putas!» cada vez que hay policía a la vista. Finalmente es sorprendido una mañana al salir de casa y encarcelado quince días en una celda diminuta y atestada de delincuentes. Lo acusan de parasitismo, gamberrismo y «regencia de burdel». Aterrorizado, por fin sobrio, Dovlátov se decide por la emigración. El KGB lo ayuda a arreglar los papeles. Su mujer y su hija, mientras tanto, dejan atrás Viena y Roma y, el 6 de junio, cumpleaños de Katia y de Pushkin, aterrizan en Nueva York. Dos meses después, emprenden el mismo viaje Dovlátov, Nora Serguéyevna y Glasha, una fox terrier de ocho años. La noticia de la publicación de El libro Invisible en inglés los sorprende en Viena. El numero anual de emigrados no baja de cincuenta mil.

1979: A finales de febrero, Serguéi, su madre y la pequeña fox terrier aterrizan en Nueva York. Contra lo que se lee en Oficio, Lena y Katia están presentes en el aeropuerto. Sin embargo, la situación entre los exconyugues es crítica: «En Nueva York me aguardaba una penosa experiencia personal. Recorrí la ciudad interrogando a la gente al estilo de Fiodor Karamázov. No lo había pasado tan mal desde los tiempos de Asia». Dovlátov recibe sus derechos de autor por El libro invisible, que son destinados en su totalidad a indemnizar a los padres de un niño mordido por Glasha en una calle neoyorquina. No halla un trabajo estable, pero empieza a colaborar en Radio Liberty, y esta se convertirá en su única fuente relativamente regular de ingresos hasta

el final de sus días. En la emisora conoce a Piotr Vail y a Aleksandr Guenis, futuros propagandistas dovlatovianos y más que fieles amigos. Los tres idean la creación de un nuevo periódico ruso. El plan apasiona a Dovlátov y se vuelve el tema dominante en las cartas del escritor, que se lanza a la caza de financiación. En junio, Brodski le presenta a Anne Frydman, filóloga eslavista, que se encargará de la traducción de algunos relatos al inglés, textos que más tarde formarán parte de Zona y Compromiso.

1980: En febrero ve la luz el primer número del semanario El Nuevo Americano. Dovlátov es su redactor jefe, Vail y Guenis son redactores adjuntos. La tirada del segundo número es de 12 000 ejemplares y la cantidad de suscriptores pronto supera los 8 000 en todo el territorio estadounidense. El semanario presume de una línea periodística inédita en lengua rusa: es ligero, irónico, está exento de sermones ni pro ni antisoviéticos y se precia de estar abierto a los puntos de vista más diversos, salvo a los dogmáticos. Uno de sus suscriptores, Naúm Sagalovski, envía a la redacción desde Chicago sus poemas satíricos, y pronto se convierte en colaborador permanente y buen amigo de Dovlátov, que lo caracteriza como «uno de los individuos más brillantes de la emigración». En junio, The New Yorker publica la historia del recién nacido cuatrocientos mil de Tallin. Es el primero de los diez relatos de Dovlátov que serán publicados en la prestigiosa revista a lo largo de la década. Dovlátov compila sus textos de Tallin en Compromiso y encomienda a Anne su traducción al inglés. En París, ven la luz sus Solos de Underwood, compuestos de notas y breves anécdotas. Donat Méchik, que había perdido su empleo tras la marcha de su hijo, se instala también en Nueva York con su nueva familia. Otro emigrado es el antiguo rival de Dovlátov, Vasili Aksiónov, «el rey de la prosa rusa».

1981: Con la aparición de Compromiso en febrero, Dovlátov se convierte en uno de los autores emergentes más populares de la América rusófona. Goza, además, de cierta influencia como redactor jefe de un periódico de importante tirada, y como tal es invitado a un simposio sobre la literatura rusa en la emigración. El evento se celebrará en Los Ángeles, a mediados de mayo, y producirá en Dovlátov un incómodo sentimiento de déjà vu: los autores antisoviéticos reproducen las pautas bolcheviques de las que habían salido huyendo. En sus cartas al editor Ígor Yefímov, Dovlátov resume: «Todos mostraron cierta preocupación. En parte por el destino de Rusia, en parte por si se les pagarían sus dietas. [...] Limónov resultó ser el más decente de todos». Entre el público descubre a Asia Pekuróvskaya: es la primera vez que se encuentran en el extranjero.

Los exconyugues se saludan con cortesía y cenan en compañía de amigos comunes. En ningún momento se ven a solas. Dovlátov trabaja con sus relatos de Komi, comentando con Yefímov la posible estructura de Zona: se decide por enlazar los episodios con supuestas cartas al editor; Yefímov, por su parte, le sugiere algunas ideas para el argumento, como la de un tribunal militar. Dovlátov confiesa en una carta (en esta ocasión, privada) al mismo Yefímov que Zona es un libro mucho menos redondo que Compromiso, pero más paradójico desde un punto de vista ético, por lo que le augura cierto impacto sobre la intelectualidad rusa. En diciembre nace Nicolas, el hijo menor de Lena y Serguéi. La mujer de Donat, otrora niñera de Dovlátov, ayudará a sus hijos políticos cuidando del niño.

1982: Los conflictos en la redacción de El Nuevo Americano, sumados a los problemas financieros, hacen imposible la continuidad de Dovlátov en la jefatura de redacción del semanario. En marzo deja el periódico junto a Vail, Guenis y otros colegas solidarios. Los tres, junto a sus esposas, intentan crear un nuevo semanario, esta vez de carácter erótico, pero el proyecto, que podría haber sido pionero en su género, fracasa: ninguno tiene la más mínima experiencia empresarial. Paralelamente, Dovlátov intenta arreglar sus asuntos literarios y firma un contrato con Andrew Wylie, un agente principiante, aún un desconocido en el mundo literario. También, con la intención de editar a su admirado Sagalovski, registra una editorial propia, Dovlatov's Publishing, que publica un único poemario: Paladín envuelto en piel de judío. En septiembre, Yefímov publica Zona. Dovlátov termina Los nuestros y se dispone a dar término a Retiro, el libro que comenzó cuando aún estaba en Leningrado. La edición de este último correrá nuevamente a cargo de Yefímov.

1983: Yefímov, que ha leído ambos manuscritos, pide que el autor traslade el episodio del encuentro con su futura mujer Yelena desde Los nuestros a Retiro, pero semejante manipulación resulta imposible: Karl Proffer ya tiene los derechos para publicar Los nuestros. Dovlátov propone entonces incorporar a Retiro una historia completamente distinta y, de hecho, más acorde a su biografía. Finalmente, los dos libros se publican en la misma pequeña ciudad del Estado de Michigan, Ann Arbor: Retiro en la editorial Hermitage de Yefímov y Los nuestros en Ardis. Ve la luz también la traducción de Compromiso: es su segundo libro en inglés. Wylie vende rápidamente los derechos de Compromiso a seis editoriales en diferentes lenguas, dando precoces muestras de su talento, aunque aún faltan algunos años para que lo apoden «Chacal». Una de esas editoriales licenciatarias es cubana, y el agente no tarda en recibir una llamada del FBI: «¿Acaso

el señor Dovlátov es comunista?». El interés de los «órganos» preocupa al autor, que reside en EE.UU. sin la infame green card, pero no le amarga el triunfo: «A ver dónde meto ahora el dineral que voy a ganar», ironiza Serguéi en una carta a Naúm Sagalovski. Sin embargo, los éxitos editoriales transcurren sobre un fondo de continuos procesos judiciales iniciados por sus excolegas del periódico, y la anhelada estabilidad económica no llega.

1984: En Texas se suicida un amigo de la época leningradense, el pintor y poeta Vinkovetski. Carl Proffer, que había empezado a preparar la edición de Oficio, muere de cáncer. Diagnostican un tumor a la fox terrier Glasha. Junto con Vágrich Bajchañán y Naum Sagalovski, Dovlátov prepara La marcha de los entusiastas, una especie de tríptico satírico que reúne sus antiguos relatos (incluido aquel «Hubo un tiempo en que habitábamos en los montes»), poemas de Sagalovski y collages de Vágrich Bajchañán. Empieza a escribir una serie de textos basados en objetos que cayeron en sus manos por casualidad—regalados, robados, olvidados, extraviados—, que terminará siendo La maleta. Envía a la revista Grani el relato «El superfluo», que se incorporará a las futuras ediciones de Compromiso como décimo capítulo.

1985: Ardis edita Oficio —compendio de dos libros: El libro invisible y El periódico invisible— con una dedicatoria in memoriam a Proffer. En marzo, envia el manuscrito de La maleta a Ígor Yefímov, que planifica su edición a principios del año siguiente. La marcha de los entusiastas aparece en Sintaksis, la editorial parisina de Maria y Andréi Siniavski. Tras seis meses de tratamientos y operaciones, los Dovlátov se deciden por la eutanasia animal para Glasha. Radio Liberty suspende la colaboración con Dovlátov, y el escritor se dedica a componer libros ajenos en el IBM doméstico, turnándose con su mujer. Varios relatos de La maleta aparecen en la revista Grani, lo que añade notoriedad al libro antes de su aparición.

1986: Radio Liberty invita a Dovlátov a leer capítulos del libro para el auditorio soviético: de este modo sus compatriotas podrán conocerlo en la voz de su autor. Con el objeto de publicar dos de los relatos de La maleta en The New Yorker, Dovlátov rechaza el premio del PEN Center USA, pese a que sus asuntos financieros no acaban de arreglarse. Las deudas crecen; el escritor llega a solicitar un puesto de guardia de seguridad dos días a la semana. En mayo, Dovlátov llama a Aleksandr Pólovets, redactor jefe del semanario angelino Panorama, para ofrecerle los derechos de un libro nuevo por mil dólares. Ya en la siguiente carta a Pólovets, confiesa que el libro no existe y que lo

escribirá por entregas. El primer fragmento de La extranjera aparece en Panorama en julio; unos meses más tarde, el libro es publicado en Russica Publishing, la editorial de Aleksandr Súmerkin. En sus cartas privadas, Dovlátov se queja de una inapetencia absoluta para escribir: no habría alumbrado La extranjera si no fuese por su pésima situación económica. El libro se le figura «una mierda», «una alucinante chapuza». Para animarlo, en su cuadragésimo quinto aniversario, los amigos le regalan un perro salchicha. Dovlátov lo llama Yasha, o Yákov Moiséyevich, en honor al viejo redactor jefe de La Nueva Palabra Rusa, que despidió a Yelena tras la creación de El Nuevo Americano.

1987: Entre los manuscritos extraídos de la URSS, queda uno que Dovlátov aún no ha incluido en sus libros, el más personal y del que más inseguro se siente. Se trata de la primera parte de la novela Cinco esquinas, dedicada a su relación con Asia Pekuróvskaya. La historia es muy breve y carece de desenlace, pero sus puntos más débiles son otros: un lirismo no compensado con humor y unos personajes algo incorpóreos, como suelen serlo los fantasmas del pasado. Dovlátov decide entonces fantasear con un reencuentro con su primer amor muy distinto al que tuvo lugar en 1981. En una carta a su antiguo amigo Andréi Áriyev, dice: «El estilo punteado a lo Rózanov me permite encadenar párrafos enteros, y así el conjunto del texto va pareciéndose a una ristra de salchichas». Su trabajo en el libro se solapa con nuevos y alarmantes problemas de salud: Dovlátov empieza a sufrir dolores. Al principio intenta ignorarlos, ya que no tiene seguro médico. Finalmente acude a un doctor, que insinúa un posible cáncer; aunque queda descartado por los análisis, el médico, en connivencia con la familia del paciente, recurre a una mentira piadosa: le «diagnostica» una supuesta cirrosis y le da tres semanas de vida si no deja de beber.

1988: «Si dejo de beber, tampoco viviré más de tres semanas», explica Dovlátov a Asia en el entierro de un amigo común víctima del SIDA. «No creo que te des tanta prisa para venir a mi entierro». Hablan de la muerte; Asia le sugiere que conozca finalmente a su hija María, que le mande una carta. Serguéi asiente, pero al cabo de dos meses escribe a Asia: «No soy en absoluto capaz de decirle nada que no suene falso, estúpido y hasta vulgar. Además, me trataste tan mal que no consigo creer que sea su padre. No consigo creerlo físicamente». Curiosamente, la idea de una criatura incierta se cuela en el texto de La filial: el protagonista comete un lapsus, atribuyéndose un tercer hijo, y luego vuelve a incurrir en él, mientras que Tasia está embarazada «de no se sabe quién». Dovlátov escribe a

Leningrado con la esperanza de poder publicar en su patria: la perestroika ha hecho posible numerosas ediciones de autores silenciados. Su amigo Andréi Áriyev, redactor jefe de la revista Zvezdá, empieza a tramitar la publicación de La filial y Retiro. Paralelamente, Dovlátov escribe una serie de anécdotas sobre personalidades de la cultura rusa. Estas se suman a los retratos de su amiga fotógrafa Mariana Vólkova para componer el álbum No solo Brodski, publicado por la editorial ruso-neoyorquina Word. Junto con los libros anteriores, Dovlátov envía el álbum al semanario Nedelia en la URSS.

1989: En marzo, Weidenfeld & Nicolson edita Los nuestros en inglés bajo el título Ours. A Russian Family Album. Mientras tanto, la publicación de No solo Brodski encuentra en Moscú una inesperada resistencia: los textos de Dovlátov resultan demasiado frívolos para retratar a los ídolos culturales del país, sean los de la cultura oficial o los de la disidente. Finalmente, Nedelia se atreve a publicarlo el 1 de abril, haciéndolo pasar por una broma inofensiva. Varios relatos de La maleta ven la luz en la respetada revista Oktiabr. En octubre, la revista Zvezdá publica La filial. Arranca la fama de Dovlátov en su patria: las revistas literarias se editan en tiradas de cientos de miles de ejemplares, y se valoran entre el público más que los libros tradicionales. Áriyev pasa varias semanas en la casa de Dovlátov en Nueva York: Serguéi lo lleva a ver a todos los amigos que tienen en común y permanece estoicamente abstemio hasta el último día de la visita, en el que de pronto compra una botella de vino. Al ver que sorbe algo de un paquete marrón, Áriyev le pregunta qué es. «Un refresco», responde Serguéi. A los dos amigos les gusta repetir una cita de Hemingway: «En cuanto tomo un trago, todo se vuelve casi como antes». Terminan los dos años de sobriedad, y comienza uno de los últimos zapói del escritor. En diciembre, The New York Times incluye La maleta en su lista de los cien mejores libros del año.

1990: Inspirado por el principio constructivo de La maleta, Dovlátov escribe ahora La nevera. A comienzos de abril, ya tiene tres capítulos. «La maleta iba de ropas, ahora estoy con la comida y, para el próximo, me reservo a las mujeres. Así podré abarcar todo el círculo de la perdición», le escribe a Áriyev. La nevera quedará inconcluso. Estos últimos meses Dovlátov bebe y pasa la mayor parte del tiempo en casa de Alevtina Dróbish, su nueva amiga: sus resacas y borracheras infunden miedo en la familia del escritor. Serguéi llega al ecuador de agosto con unos extraños dolores en el vientre, y el día 24 Alevtina llama a urgencias. Sin seguro y en un barrio alejado de su lugar de empadronamiento, los dos enfermeros rusos tardan en decidir

a qué hospital llevar a su compatriota, y Dovlátov muere de un ataque de corazón en la ambulancia. Lega a Yelena sus derechos de autor y cerca de noventa mil dólares en deudas. Su último libro, La filial, ve la luz en inglés en la editorial Word. Es la primera vez que una edición patria se adelanta a la americana.

NOTAS

1 El general Andréi Vlásov (1901-1946) abrazó el bando de Hitler con el propósito de hacer caer el régimen de Stalin. No fue el único: se estima que más de 1 300 000 combatientes se pasaron de bando durante la contienda. Tras la guerra, la historiografía soviética utilizó como sinónimos los conceptos «colaboracionista» y «vlásovets».

2 Svetlana Iósifovna Alilúyeva (1926-2011), hija de Iósif Stalin, huyó de la URSS en 1966. Al año siguiente apareció su autobiografía epistolar Veinte cartas a un amigo (en España titulada Rusia, mi padre y yo, Planeta, 1967), que fue difundida en su totalidad por Radio Liberty.

3 Borís Iósifovich Shraguin (1926-1990), Valentín Fiódorovich Turchín (1931-2010) y Vladímir Konstantínovich Bukovski (1942-2019) fueron destacados intelectuales disidentes, emigrados a Occidente en la década de los setenta. Shraguin es también el modelo del Shaguin que aparecerá más adelante.

4 El protopapa Avvacum Petrov (1620-1682) se opuso a la reforma eclesiástica rusa del siglo xvii, pasó 14 años en una mazmorra y finalmente fue quemado vivo junto con sus seguidores.

5 Afanasi Afanásiyevich Fet (1820-1892). Celebrado poeta, precursor del simbolismo ruso.

6 En la jerga del Gulag se utilizaba la palabra popka («lorito»; también «culito») para aludir a los centinelas apostados en las atalayas de los campos, similares a loritos en su perchas.

7 Platos tradicionales georgianos y típicos del Cáucaso.

8 «Es un hecho», en ruso.

9 Piotr Grigóriyevich Grigorenko (1907-1987) y Andréi Alekséyevich Amalrik (1938-1980). Historiadores disidentes y defensores de los derechos humanos.

10 Anatoli Borísovich Scharanski (n. 1948), Gleb Pávlovich Yakunin (1934-2014) y Mustafá Dzhemílev (n. 1943) fueron activistas y defensores de la libertad de conciencia, perseguidos y recluidos en campos durante años. Los tres obtuvieron la libertad en 1986-1987, poco antes de la escritura de La filial. El disidente lituano Juozas Boleslauskas, sin embargo, es un personaje inventado, probablemente inspirado por Balys Gajauskas (1926-2017), luchador por la independencia de Lituania que pasó más de cuarenta años en prisión y seguía aún desterrado en 1987, probable razón por la que Dovlátov elude su nombre real —si descontamos su conocida afición a la

fabulación, por supuesto—.

11 En realidad, Terpandro vivió en Esparta en el siglo vii a. C., y es considerado el inventor de la lira de siete cuerdas, origen de la escala diatónica que rige en la música occidental hasta hoy.

12 Ann Getty, nuera del magnate Paul Getty, organizó a finales de los ochenta una serie de congresos literarios anuales con una amplia representación de las letras eslavas. El primero de todos ellos, dedicado a la literatura en el exilio, se celebró en Viena en diciembre de 1987, y tuvo a Eduard Limónov como escandaloso protagonista. El mismo Limónov lo cuenta en El libro de las aguas (Fulgencio Pimentel, 2019). Dovlátov participó en la segunda, que tuvo lugar en Lisboa en mayo de 1988.

13 Mijaíl Izráilevich Armalinski (n. 1947). Escritor y editor de literatura erótica y pornográfica. Pleiteó contra Dovlátov por reproducir un fragmento de la portada de un libro suyo en el periódico El Nuevo Americano sin indicar su autoría.

14 Anani Samuílovich Bobóvich (1904-1988). Prestigioso filólogo, traductor de lenguas románicas y germánicas.

15 Ígor Pávlovich Smirnov (n. 1941) fue amigo y compañero de facultad de Dovlátov. En su casa, a principios de 1960, se conocieron Dovlátov y Brodski, ambos admiradores y pretendientes de Asia Pekuróvskaya. Smirnov emigraría en 1982 y sería profesor de Eslavística en la Universidad de Constanza, Alemania.

16 La canción Piedra lunar se haría popular mucho después, en 1966, interpretada por Maya Kristalínskaya. En cambio, la traducción de la novela homónima de Wilkie Collins vio la luz en 1959, con una tirada de 450 000 ejemplares.

17 Las ediciones de Isaak Emanuílovich Bábel y de Gilbert Keith Chesterton aparecieron en 1957 y 1958 respectivamente, por primera vez desde 1935 (Bábel) y 1928 (Chesterton), en tiradas módicas para la época, 20.000 y 24.000 ejemplares respectivamente. Chesterton era, además, muy popular en el samizdat, donde circulaban sus ensayos, nunca traducidos oficialmente. A finales de los cincuenta se desarrolló una especie del culto a Chesterton, cuya ironía era muy apreciaba entre cierta disidencia para mantener la cordura en medio de la realidad soviética. El poeta lituano Tomas Venclova, mencionado más adelante en el libro, era integrante de la Sociedad Chesterton de Moscú, presidida por el gato de la traductora Natalia Leonídovna Trauberg (1928-2009).

18 Otro probable anacronismo. Estos expendedores automáticos aparecieron en época posterior, hacia 1966.

19 Canción de Guennadi Fiódorovich Shpálikov (1937-1974). Shpálikov era amigo de Vasili Aksiónov (prototipo de Samsónov). Sus canciones solían aparecer en las adaptaciones fílmicas de los libros de

Aksiónov y en las películas en que este ejercía de guionista.

20 La Leningrad Dixieland Band es uno de los más antiguos grupos de jazz existentes en Rusia. Fue creado en 1958.

21 El poema fue escrito por el propio Dovlátov en otoño de 1962, en Komi, y dedicado a Svetlana, su novia de entonces. Aparece en la primera versión de El libro invisible, publicada en la revista Vremia y my en 1977, pero fue eliminado de versiones posteriores y, como tal, no aparece en la versión definitiva del libro, incluida en Oficio (Fulgencio Pimentel, 2017).

22 El jojlomá es una técnica tradicional de pintura laqueada sobre madera, con motivos vegetales en rojo, verde y dorado sobre fondo negro. Se utiliza en objetos de vajilla, muebles y utensilios de madera.

23 Leonid Ivánovich Dobychin (1894-1936), uno de los autores preferidos de Dovlátov, sufrió hostigamiento continuo desde la publicación de su novela La ciudad de N (1935) y desapareció el 26 de marzo de 1936. Se cree que se suicidó.

24 Se trata de uno de los poemas favoritos de Dovlátov, la séptima de las Octavas de Ósip Mandelshtam, recogido en Poesía acmeísta rusa (versión de Amaya Lacasa y R. Ruiz de la Cuesta. Visor, Madrid, 2001).

25 Tomas Venclova (n. 1937), emigrado en 1977, era amigo de Serguéi Dovlátov, y los dos coincidieron en varios eventos literarios, incluido el simposio de mayo de 1981.

26 Yulián Semiónov (1931-1993). Popular autor de novelas de espionaje y pionero del periodismo de investigación en la URSS.

27 Cita textual de Las doce sillas, folletín satírico de Iliá Ilf y Yevgueni Petrov y fuente interminable de frases hechas y dichos populares.

28 Uno de los aforismos que, con ligeras variaciones, Dovlátov pone en boca de diferentes personajes de sus libros. Tamara Zibunova, pareja de Dovlátov en su período estonio, lo atribuye a Iósif Brodski.

29 Vágrich Acópovich Bajchanián (1938-2009), artista conceptual y escritor, emigrado en 1974. Coautor, junto a Dovlátov y Naum Sagalovski, de Protesta de los entusiastas, tríptico satírico editado en 1985 por María Rózanova. Fue Bajchanián quién, en 1965, bautizó con el apodo de «Limónov» a su amigo Eduard Savienko.

30 Ilya Zajárovich Serman (1913-2010), emigrado en 1976, fue un promotor de la obra de Dovlátov. Su artículo «Teatro de S. Dovlátov» vio la luz en 1985 en la revista Grani e iba a servir de prólogo para La maleta, pero Dovlátov prefirió editar el libro sin prólogo alguno.

31 Isabella, o Bela Ajátovna Ajmadúlina (1937-2010) fue una poeta muy popular y un icono cultural de la época. En numerosas ocasiones ofreció recitales en escenarios norteamericanos.

32 Las expediciones geológicas eran muy populares entre la

juventud de los sesenta, los llamados «sesenteros», sobre todo en Leningrado, sede del Instituto de Geología y Oceanografía. Muchos cantautores y poetas ayudaban como asistentes aficionados en dichas expediciones.

33 La doctora Yelena Gueórguiyevna Bónner (1923-2011) fue la esposa del académico Sájarov (1921-1989) y una tenaz defensora de los derechos humanos. La energía de Bónner y la fama mundial de Sájarov los convirtió en activistas de enorme influencia. Entre 1980 y 1987 sufrieron destierro en Gorki, la actual Nizhni Nóvgorod, prácticamente bajo arresto domiciliario.

34 Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya (1869-1939). Revolucionaria, estadista soviética y esposa de Vladímir Lenin.

35 El periódico Palabra y Obra aparece en Oficio. Su nombre alude al diario Nóvoye Rússkoye Slovo (La Nueva Palabra Rusa), el más antiguo periódico en lengua rusa en los Estados Unidos, editado de 1910 a 2010.

36 Vasili Pávlovich Aksiónov es el prototipo de Iván Samsónov. Junto a los escritores emigrados Anatoli Tíjonovich Gladilin (1935-2018) y Vladímir Nikoláyevich Voinóvich (1932-2018), autor de Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin (1974), Aksiónov participó en el simposio angelino de 1981. Arkadi Lvóvich Lvov (1927-2020), ausente en LA, fue un prestigioso autor de ciencia ficción y colega de Dovlátov en Radio Liberty.

37 Lev Grigórievich Deutsch, también llamado Déich, (1955-1941) y Pável Borísovich Axelrod (1950-1928) fueron destacados revolucionarios bolcheviques, cofundadores del Grupo para la Emancipación del Trabajo. Iván Vasíliyevich Bábushkin (1873-1906) fue un eminente bolchevique, fusilado en 1906 como cabecilla de la revolución de 1905.